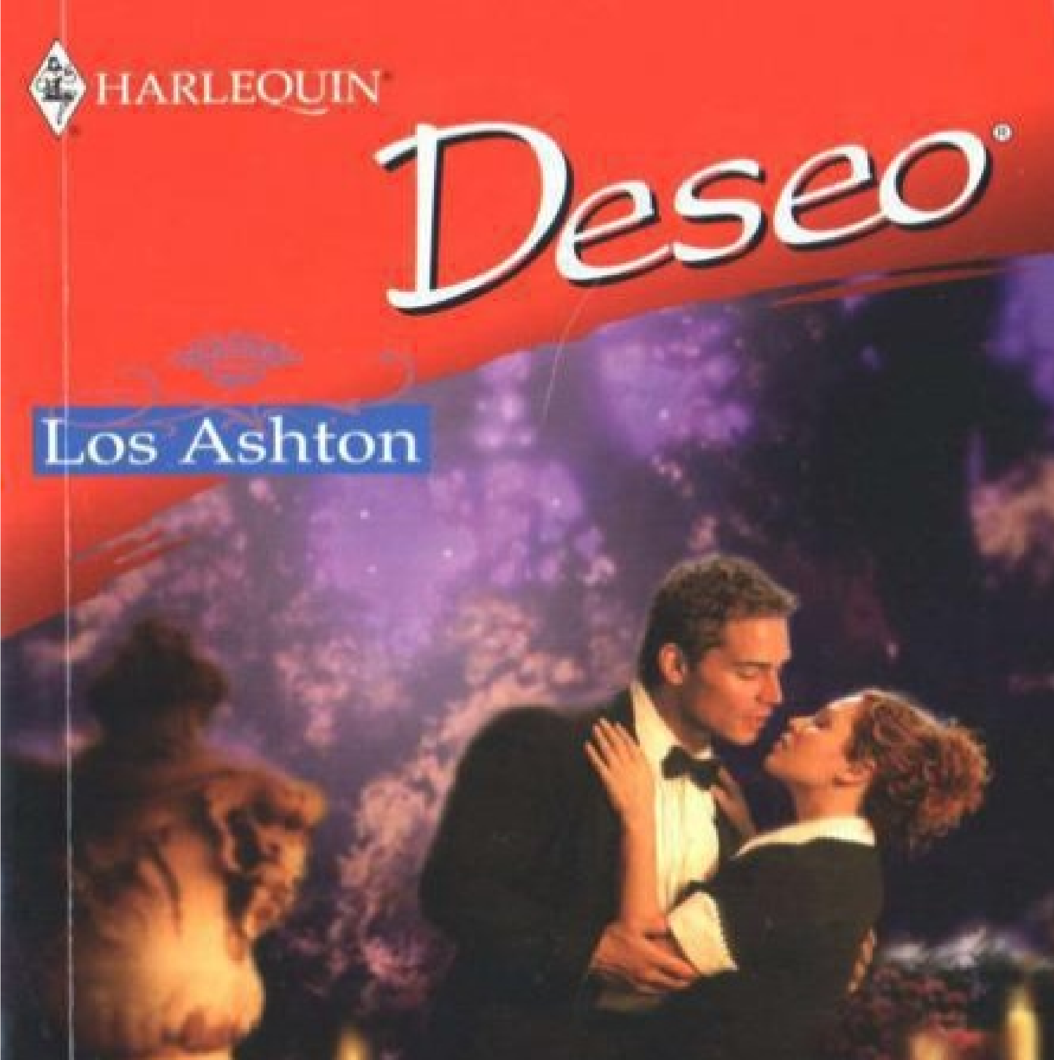


Amar a un desconocido

Sara Orwig

Sara Orwig

Amar a un Desconocido

Los Ashton nº 6

No era propio de ella pasar la noche con un completo desconocido...

El misterioso amante de Lara Hunter parecía un príncipe del pasado, sensual y primitivo… cuya misión era sacarla de su monótona vida, alejarla de la humillación a la que la sometía su jefe y hacerle sentir un deseo que sólo conocía a través de los libros…

Pero Eli Ashton no era ningún príncipe. En realidad, resultó ser el hijo de su odiado jefe. Lara estaba harta de la arrogancia de los Ashton y, aunque su cuerpo parecía obedecer a los deseos de Eli, su naturaleza independiente le impedía entregarle el corazón…

WINE COUNTRY COURIER

Crónica Rosa

La Cenicienta y el príncipe Ashton

El asesinato de Spencer Ashton sigue aún sin resolver y en todo el Valle de Napa la gente especula. Spencer Ashton fue un hombre hábil para los negocios, pero tenía pocos amigos y a lo largo de los años se había granjeado muchos enemigos. Además, los escándalos de su vida amorosa han dejado a su muerte tres familias envueltas en disputas y múltiples resentimientos, por lo que no es de extrañar que la policía esté buscando a un posible sospechoso entre su prole.

De hecho, los últimos rumores apuntan a que Eli, uno de sus vástagos, podría haber estado buscando una manera de vengarse de su padre por haberlos abandonado a su madre, a sus hermanos y a él, y por haberle robado a su madre las tierras y la empresa que le pertenecían, y por haberlos excluido en su testamento. Y es que últimamente ha sido visto coqueteando con Lara Hunter, una sirvienta de la mansión Ashton. Naturalmente a todos nos gustaría que fuera una versión moderna de la Cenicienta, y que haya un zapato de cristal, pero a uno le surge la duda de si esto será de verdad amor, o el intento de un hijo abandonado de introducirse en el hogar paterno a expensas de una pobre chica docente para perpetrar su venganza.

Prologo

Junio de 1976

Aquello iba a ser desagradable, pero tenía que hacerlo, se dijo Spencer Ashton de pie junto a una de las ventanas de la biblioteca de su casa de San Francisco. Fuera reinaba la oscuridad de la noche, pero en su mente estaba viendo los extensos viñedos de la finca Ashton como si estuvieran a plena luz del día.

Se giró y paseó la vista por las estanterías repletas de libros elegantemente encuadernados, las pinturas al óleo con marcos dorados que adornaban las paredes, los sillones de cuero, su enorme escritorio... Una oleada de profunda satisfacción personal lo invadió. Había recorrido un largo camino desde que saliera de Crawley, Nebraska, años atrás.

La puerta se abrió en ese momento y tras ella apareció su esposa. Los ojos de Spencer la recorrieron de arriba abajo con desagrado. Llevaba puesto un vestido rosa... tan soso y recatado como ella, se dijo. Esa noche por fin la perdería de vista para siempre. Lo único que lamentaba era no haber podido hacerlo antes.

—¿Me has llamado? —inquirió Caroline tímidamente.

—Sí; pasa —contestó él, preguntándose cómo podía una persona ser tan apocada. Desde luego no era la mujer para él.

Al principio se había sentido atraído por ella y había creído que podía resultar lo bastante excitante en la cama como para mantener su interés, pero pronto esa atracción se había desvanecido. Sin embargo, Caroline había sido el
instrumento del que se había valido para conseguir lo que quería; había servido bien a sus propósitos.

Su joven esposa cerró la puerta tras de sí y fue hasta donde se encontraba él.

—¿De qué querías hablarme?

—Voy a dejarte, Caroline —le dijo sin andarse por las ramas, satisfecho de romper al fin el vínculo entre ellos—. Nuestro matrimonio ha acabado... aunque yo diría que hacía ya mucho que estaba acabado.

La joven palideció y se tambaleó como si la hubiera golpeado, haciendo que su desagrado hacia ella se incrementara aún más. ¿Por qué reaccionaba como si aquello la sorprendiese? ¿Acaso había albergado alguna esperanza de poder retenerlo a su lado?

—¿Que vas a dejarme? —repitió anonadada, como si no hubiera oído bien—. Spencer, tenemos cuatro hijos pequeños... pronunciamos unos votos ante Dios...

—He cursado una solicitud de divorcio en los juzgados —la cortó él—. Ya está hecho y mañana saldrá en los periódicos, pero he creído que preferirías enterarte por mí.

—Pero ni siquiera has hablado conmigo de ello.

—No hay nada que hablar. Ya no quiero este matrimonio. Y creo que debes saber también que voy a quedarme con la empresa de tu padre, ya que tan generosamente me legó sus acciones al hacer el testamento —le dijo Spencer yendo directo al grano.

—¡No puedes hacer eso! —le espetó ella temblando como una hoja —. Si mi padre te dejó todo su patrimonio fue de buena fe. Como marido mío y padre de mis hijos... de sus nietos, te confió las tierras, las acciones, y su fortuna, ¡pero no para que nos dejaras sin nada! ¡No te permitiré que lo hagas!

Sus ojos relampagueaban de un modo que sorprendió a Spencer. Había esperado que se echase a llorar y suplicase, pero Caroline tenía los puños apretados y estaba temblando... aunque ya no de pánico, sino de ira, el mismo sentimiento que había encendido sus mejillas, blancas hasta hacía un momento.

—Caroline, me lo legó todo a mí; todo es mío. Fin de la discusión

—De eso nada —replicó ella—. Llamaré a mi abogado y haré que impugne el testamento. ¡No puedes quitarles a nuestros hijos su herencia ni dejarme a mí sin un céntimo!

—¿Eso crees?

No le gustaba que le llevaran la contraria, y no había esperado ni mucho menos que Caroline fuese a plantar batalla. Dio un paso hacia ella y la agarró por los hombros hincando los dedos en ellos hasta que la vio contraer el rostro de dolor.

-Si intentas detenerme te quitaré a los niños y no te quedará absolutamente nada. Hay varias personas del servicio que estarían dispuestas a testificar que eres adicta a las drogas.

—¡Eso es falso! ¡Yo jamás me he drogado!

—Pero ellos testificarán bajo juramento que sí.

—¿Serías... serías capaz de sobornarles para que mintiesen? —musitó ella indignada en un hilo de voz—. Eres un ser horrible y repugnante, Spencer —masculló—. ¡No puedes quitarme a mis hijos!

Finalmente las lágrimas acudieron a sus ojos y comenzaron a rodar por sus mejillas, tal y como él había esperado. Apartó las manos de sus hombros y las dejó caer.

—Intenta siquiera impugnar el testamento y no volverás a verlos. ¿Lo has comprendido, Caroline? —le repitió, furioso por que se hubiera atrevido a amenazarlo.

Caroline se quedó mirándolo fijamente con la vista enturbiada por

las lágrimas. ¿Cómo podía haber estado tan equivocada respecto a él? Desde el día en que se habían casado había tenido la sensación de que había algo raro en él porque se mostraba frío con los niños y con ella, pero había resistido por ellos.

Sin embargo, finalmente se había quitado la careta y podía verlo tal y como era en realidad: un bastardo sin corazón, frío y calculador. Nunca había sentido afecto alguno por sus hijos ni por ella; únicamente había ido detrás de su herencia.... y ella había sido tan estúpida como para creer sus mentiras.

—Los niños no se merecen tener por padre a un monstruo como tú —le dijo con voz temblorosa—. Tal vez no pueda impedir que te quedes con lo que mi padre te dejó, pero sí puedo criar a mis hijos para que sean personas cariñosas, honradas e íntegras el día de mañana, para evitar que se parezcan a ti. Además me quedan los viñedos que me legó mi madre. Eso no puedes quitármelo. Márchate si es lo que quieres. En el fondo nos haces un favor.

Spencer se quedó mirándola sorprendido y vio en sus ojos algo que nunca antes había visto: fuerza; valor.

—¿Estás diciéndome que no vas a pelear? Caroline irguió los hombros a pesar de que las lágrimas seguían aflorando a sus ojos sin cesar.

—Sí, eso es lo que estoy diciendo.

Spencer paladeó el dulce sabor de la victoria.

Había conseguido librarse de ella y de los niños y no tenía intención de volver a verlos nunca más. Salió al pasillo y casi chocó con su hijo mayor, Eli.

El chiquillo de ocho años estaba plantado allí en medio con unos ojos como platos, y su rostro estaba tan pálido como lo había estado el de su madre hacía unos momentos. Se quedaron mirándose fijamente el uno al otro durante largo rato y de pronto el niño se abalanzó sobre él.

—¡Te odio! —le gritó golpeándolo con sus pequeños puños.

Spencer levantó la mano y descargó una bofetada sobre la mejilla de Eli que lo arrojó al suelo. Pasando por encima de él, se dirigió hacia el vestíbulo, donde había dejado las maletas que una hora antes había preparado, y se marchó. Atrás quedaban para siempre Caroline y los niños.

Capítulo Uno

Veintinueve años después

¿Quién había asesinado a Spencer Ashton? Eli Ashton paseó la mirada por los rostros de las personas que se habían acercado a la finca Ashton para asistir al funeral y ofrecer sus condolencias a la viuda y sus hijos, que ocupados como estaban hablando con los amigos y conocidos, no parecían haber reparado en su presencia. Si lo hubiesen hecho estaba seguro de que ya lo habrían echado de allí.

¿Cuántas de aquellas personas habrían sentido realmente simpatía por Spencer?, se preguntó. Su padre biológico probablemente habría contado con toda una legión de enemigos.

Era el único de su familia que había acudido al funeral... y por supuesto sin haber sido invitado. Ninguno de ellos era bienvenido allí, pero la curiosidad había podido con él y había sentido la necesidad de ir allí, de ver con sus propios ojos la casa que debería ser propiedad de su madre. Aquella finca había pertenecido a su abuelo materno, la casa, los viñedos... y todo se lo había arrebatado Spencer, pensó con amargura.

Apretó los puños dentro de los bolsillos del pantalón de su traje gris oscuro, atravesó el enorme salón y salió a los jardines. ¡Spencer le había robado todo aquello a su madre!, se repitió indignado. Los había dejado tirados a ella, a sus hermanos, y a él, pero no habían sido los únicos que habían sufrido su desprecio. Meses atrás se había desatado un auténtico escándalo cuando se había presentado en el valle Grant Ashton, hijo de un matrimonio anterior de Spencer del que hasta entonces nadie había tenido noticia. También a su madre, a su hermana y a él los había abandonado. Pero lo peor era que no se había divorciado de esa primera esposa, por lo que durante el tiempo que había estado casado con su madre había estado cometiendo bigamia. Precisamente por eso no podía ser legal que hubiese heredado todas las posesiones de su abuelo.

—Necesita alguna cosa, ¿señor? —inquirió una voz de una mujer detrás de él.

Eli no se molestó siquiera en volverse

—Lo que necesito ahora mismo es soledad —contestó con aspereza —, y soledad es justamente lo que estaba buscando cuando decidí salir aquí.

Sabía que había sido bastante grosero y que debía controlar su ira, pero en ese momento no estaba de humor para hablar con desconocidos.

—Y yo que pensaba que no podía haber nadie más arrogante que Spencer Ashton...— oyó mascullar a la mujer entre dientes.

Aquello lo dejó tan sorprendido que por un momento se olvido de su enfado y se giró para mirar a la mujer, que estaba volviendo dentro.

Piernas largas y torneadas, zapatos de tacón, un vestido negro sin mangas que le quedaba por encima de las rodillas... Su cabello era de un tono castaño rojizo, rizado, y lo llevaba recogido con varias horquillas. Los mechones sueltos en la nuca lo hicieron imaginarse a sí mismo acariciándolos entre sus dedos.

—De modo que tira la piedra y luego sale corriendo —murmuró en un tono provocador.

La mujer se volvió y se giró lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo. En el instante en que sus miradas se encontraron Eli sintió algo parecido a una descarga eléctrica, y cuando ella avanzó hacia él, el sensual contoneo de sus caderas hizo que el pulso se le disparara. Tenía unos ojos preciosos de color miel y las pestañas más espesas que había visto nunca.

—¿Qué cree, que le tengo miedo? Nada de lo que pudiera hacer usted me haría salir corriendo —le contestó deteniéndose a un par de pasos de él y poniendo las manos en las caderas.

—¿Nada? —repitió él con voz ronca, acercándose a ella—. Vaya; ésa es una afirmación interesante... y hace que se me ocurran una serie de cosas que me gustaría hacer para comprobar si es cierta.

—¿Como cuáles? —le preguntó ella en un tono desafiante.

No sólo era una mujer muy sensual, pensó Eli, sino también intrigante y con una gran seguridad en sí misma.

—Como estrecharla entre mis brazos y sentir las suaves curvas de su cuerpo contra el mío; como devorar sus labios en un beso lento y húmedo. —murmuró, algo sorprendido de su atrevimiento. Por lo general no se comportaba así con mujeres a las que no conocía, pero aquélla le había abierto una puerta y lo había invitado a pasar—. Claro que, para empezar, me contentaría con tomar una copa con usted, para después llevarla a cenar. —añadió.

—Lo siento pero no nos conocemos de nada, y no tengo por costumbre salir con extraños —contestó ella.

—Eso puede arreglarse —murmuró él—. Soy Eli. —dijo tendiéndole la mano—. ¿Y tú eres...?

—Lara —contestó ella extendiendo su mano hacia la de él.

Eli la tomó y apretó suavemente sus estilizados dedos deleitándose en la calidez y la suavidad de su piel. De nuevo volvió a sentir esa

especie de chispa eléctrica que al instante se tornó en una ola de calor que descendió hasta su entrepierna. Bajó la vista a sus labios sonrosados y se preguntó cómo sería besarlos.

—Ven conmigo a tomar una copa, Lara. —le dijo saboreando el sonido de su nombre- Sabes que quieres hacerlo.

—No creo que sea una buena idea.—respondió ella quedamente.

—Pues yo creo que lo es. —murmuró Eli tocando su esbelto cuello —... y tu pulso lo dice también.

Lara acarició lentamente su muñeca con el índice, sin despegar sus ojos de los de él.

—Yo diría que el tuyo también está algo acelerado.

—Lo está —asintió él—, y si somos capaces de hacer que el pulso del otro se acelere me parece que deberíamos conocernos mejor.

—Está bien, Eli. Mandaré a paseo el sentido común y me dejaré llevar por mis impulsos -claudicó ella finalmente—. Espero que valga la pena.

Eli entrelazó el brazo de ella con el suyo y la condujo hacia el lugar donde había dejado aparcado su coche admirando mientras caminaban su bello perfil por el rabillo del ojo.

—Midnight desire —dijo quedamente.

Lara alzó el rostro sorprendida.

—¡Sabes qué perfume llevo puesto! —exclamó—. Debes conocer a muchas mujeres para haberlo reconocido con tanta rapidez.

—No es porque haya muchas mujeres en mi vida —repuso él—; es que tengo buen olfato... y tengo hermanas.

—Hermanas, ya... seguro... —masculló ella como si no lo creyera en absoluto.

Habían llegado junto a su coche, un reluciente deportivo negro, y Eli le sostuvo la puerta caballerosamente. Lara entró y lo observó mientras rodeaba el vehículo. Era un hombre muy apuesto y tenía unos ojos verdes increíbles, pero no era sólo su físico lo que había hecho que aceptara su invitación.

También había tenido que ver la fuerte atracción que había sentido hacia él desde un primer momento y la curiosidad que había despertado en ella. Era tan misterioso, tan intrigante...

Pasó una mano por el cuero marrón que cubría el asiento. Nunca había estado en un coche tan caro como aquél, ni tampoco con un hombre tan excitante. Sabía que estaba fuera de su elemento, que si tuviera sentido común debería salir de allí, alejarse de él y volver a donde pertenecía. Servía como doncella en la mansión de los Ashton, y cuando llegara el mes de octubre volvería a sus estudios en la facultad de Derecho. No tenía idea de quién podía ser aquel hombre ni

de a qué se dedicaba, pero a la vista estaba que debía tener mucho, mucho dinero.

Cuando se sentó tras el volante y puso en marcha el motor, le llegó el aroma de su loción de afeitar y se giró ligeramente en el asiento aprovechando que tenía la vista fija al frente para admirar sus atractivas facciones y fantasear con enredar los dedos en los mechones de su corto cabello castaño.

Rodearon el estanque que había frente a la mansión y se alejaron de ella.

—Bueno, ¿vas a decirme dónde me llevas? —le preguntó Lara cuando ya estaban en la autopista.

—Hay un pub a orillas del río Napa. Allí tomaremos una copa y charlaremos. Luego iremos a otro sitio a cenar.

Apartó brevemente la vista de la carretera para mirarla.

—No llevas anillo, así que supongo que estás soltera —dedujo en voz alta—. ¿Hay algún hombre en tu vida?

—No; y observo que tú tampoco llevas anillo.

—Ni hay ninguna mujer en mi vida... o al menos no la había hasta hace media hora.

Lara se rió.

—Yo no diría que formo parte de tu vida —replicó—; acabamos de conocernos.

—Precisamente; acabas de entrar a formar parte de mi vida y tengo la intención de hacer que permanezcas en ella al menos el tiempo suficiente para que nos conozcamos mejor.

—¿Persigues todo lo que te propones con tanta determinación?

Eli enarcó una ceja.

—Ni te lo imaginas.

Lara esbozó una sonrisa divertida.

—Bueno, Eli, déjame adivinar a qué te dedicas. No creo que sea un puesto de poca responsabilidad porque tienes un aire de hombre con dinero —comenzó—... aunque por otra parte yo diría que estás acostumbrado al trabajo físico.

—¿En qué te basas para decir que soy un hombre con dinero?

—En este coche, en el traje a medida que llevas...

—¿Y qué te hace pensar que estoy acostumbrado al trabajo físico?

Lara esbozó una sonrisilla traviesa.

—Pues... Bueno, es que cuando entrelazaste mi brazo con el tuyo noté que estabas muy fuerte, y no creo que hayas conseguido esos músculos pasándote ocho horas sentado tras un escritorio.

—Eso no puedes saberlo; a lo mejor me paso ocho horas sentado tras un escritorio y voy al gimnasio tres veces por semana -apuntó él.

Lara se quedó dudando un instante pero de inmediato sacudió la cabeza.

—Aun así no creo que trabajes en una oficina porque estás demasiado moreno —replicó—. Y sea cual sea tu negocio yo diría que debe ir mejor que bien.

—¿De dónde sacas que mi negocio va bien? —inquirió él divertido —, ¿también de mi coche y de mi traje?

—En absoluto; de la seguridad que tienes en ti mismo —contestó ella—. Se nota en tu forma de hablar, de mirar, de caminar...

Eli esbozó una sonrisa sardónica y le lanzó una breve mirada antes de volver la vista a la carretera. —Me dedico a la elaboración y la venta de vinos —contestó—, pero basta ya de hablar de mí. Respecto a eso que decías de caminar... —murmuró extendiendo una mano y acariciándole el antebrazo—... tu forma de andar es tan sexy que podrías hacer a un hombre estallar en llamas.

Aquella inesperada caricia le produjo un cosquilleo delicioso y Lara sintió que las mejillas se le teñían de rubor. —Lo dudo mucho.

—Pues es la verdad, pero creo que será mejor que no discutamos sobre eso mientras estoy conduciendo.

¿De verdad podía excitar a un hombre como de ese modo? A Lara le parecía imposible.

Minutos después estaban sentados en la terraza de un pub que tal y como había dicho Eli estaba situado a orillas del río Napa.

Eli pidió una botella de Chardonnay y unos aperitivos y, una vez les hubieron servido y el camarero se hubo retirado, levantó su copa y dijo:

—Por nosotros.

Luego se inclinó sobre la mesa, puso su mano sobre la de ella y le acarició suavemente los nudillos con los dedos.

—Me gustaría invitarte a cenar también el sábado —le dijo—. Incluso podríamos ir a bailar.

—Deberías esperar a que acabe la velada para al menos conocerme un poco antes de invitarme de nuevo —contestó ella con una sonrisa —; quizá te aburra y no quieras volver a verme.

—Lo dudo mucho —replicó Eli—, pero si el problema es que no nos conocemos, podemos empezar a conocernos ahora mismo. Háblame de las cosas que te gustan y las que no.

—Pues me gustan las mismas cosas que a todo el mundo, supongo —respondió ella encogiéndose de hombros—: bailar, nadar, leer... No hay nada de inusual en mí.

—Te equivocas —replicó él—; tus ojos son inusualmente hermosos.

—¡OH, venga ya! —exclamó ella riéndose con incredulidad a pesar de sentirse halagada.

El sí que tenía unos ojos bonitos, pensó. Eran de un verde intenso y resultaban hipnotizadores.

—De hecho, todo en ti es inusual —continuo él—, y me tienes tan intrigado que por eso quiero conocerte mejor.

Lara sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Has probado esta salsa? —le preguntó él, mojando un trozo de pan y ofreciéndoselo

Ella hizo ademán de tomarlo, pero él atrapo su mano con la que tenía libre.

—Muerde —le dijo con voz ronca.

Lara se inclinó hacia delante y dio un mordisco al trozo de pan. Al hacerlo sus labios rozaron levemente uno de los dedos de Eli, y durante ese breve instante los ojos de Eli no se apartaron de los suyos.

—Es verdad; sabe muy bien —murmuró ella sin aliento, después de tragar el bocado, bajando la vista a su boca.

Las mesas que había en torno a ellos estaban empezando llenarse y el ruido de las conversaciones estaba aumentando, aunque Lara apenas lo advirtió. En ese momento, en el mundo no existían más que ellos dos.

—Lara... —murmuró él apretándole la mano e inclinándose hacia ella—. Deja que te lleve a otro sitio donde podamos cenar a solas. Podríamos ir a un hotel y pedir que nos dieran una suite...

Las palabras de Eli quedaron como flotando en el aire, y cuando Lara lo miró a los ojos pudo leer en ellos la promesa de una noche de pasión.

Capítulo Dos

Lara inspiró profundamente. El sentido común le decía que debía negarse, pero por otro lado quería mandar el sentido común a paseo e irse con él.

Eli alzó su mano a los labios, imprimió un suave beso en la palma, y la miró a los ojos, esperando una respuesta.

—De acuerdo —murmuró Lara finalmente.

Eli pagó la cuenta, dejó una generosa propina y fueron paseando hasta un hotel que había cerca de allí.

Mientras Eli pedía una habitación en el mostrador Lara lo esperó sentada en un mullido sofá que había junto a una columna. El corazón estaba latiéndole como un loco y no podía apartar los ojos de Eli. Se moría por pasar los dedos por su corto cabello castaño, por besarlo, por...

«¿En qué estás pensando, Lara?», se reprendió. «Esto es una locura; no deberías haberle dicho que sí; no lo conoces de nada». Sin embargo, en ese momento Eli se dirigía de nuevo hacia ella y todo pensamiento abandonó su mente cuando la tomó de la mano para ayudarla a levantarse.

Subieron en el ascensor con el botones hasta la última planta, y éste les abrió la puerta de la suite y les encendió las luces.

Mientras Eli le daba una propina al hombre Lara se paseó por la espaciosa y elegante sala de estar. Había un espacio que hacía las veces de comedor y a la izquierda estaba el dormitorio, que tenía un enorme ventanal a través del cual había una magnífica vista del río y las montañas. Oyó a Eli cerrar la puerta y se volvió.

—Bueno, no me negarás que esto está mucho mejor —dijo quitándose la chaqueta y dejándola sobre una silla.

Antes de que Lara pudiera contestar llamaron a la puerta y una voz anunció: -Servicio de habitaciones. Eli abrió y entró un hombre con un carrito. Dejó sobre la mesa una bandeja con una botella de champán, dos copas, y una fuente con fruta, y les deseó que pasaran buena noche antes de retirarse. La fruta, pelada y cortada, tenía un aspecto delicioso, pero parecía como si su apetito se hubiese desvanecido por completo.

Eli sirvió para ambos un poco de champán.

—Nunca en mi vida había hecho algo tan impulsivo como esto —le confesó Lara tomando su copa.

—Tampoco yo —murmuró él. Lara se preguntó si estaría diciéndole la verdad. Sin lugar a dudas un hombre tan atractivo como él debía haber seducido a unas cuantas mujeres más sofisticadas y

hermosas que ella.

—Por esta velada tan maravillosa —dijo Eli alzando su copa.

Lara brindó con él y tomó un sorbo del dorado y burbujeante líquido.

—Sí, esto está mucho mejor —repitió Eli desanudándose la corbata y arrojándola también sobre la silla.

—Aun así sigo pensando que ésta es la cosa más descabellada que he hecho nunca —dijo Lara.

Al verlo desabrocharse los dos primeros botones de la camisa blanca que llevaba se le secó la garganta.

—Pues yo creo que es una de las cosas más acertadas que he hecho nunca —contestó él mirándola con ojos oscurecidos por el deseo.

Extendió una mano para quitarle una horquilla y un mechón ondulado cayó sobre su hombro. A continuación fue quitándole las demás, una tras otra, hasta que finalmente toda su cabellera quedó suelta.

—Esto es lo que estaba deseando ver —murmuró admirándola—. Tienes un pelo precioso.

Tomó la copa de Lara y la dejó sobre la mesita, junto a la suya, y cuando la tomó por la cintura la joven le rodeó ansiosa el cuello con los brazos. El corazón le martilleaba contra las costillas y quería besarlo, explorar cada centímetro de su cuerpo... de ese cuerpo perfecto.

—Desde el momento en que te vi he estado deseando tenerte en mis brazos —murmuró Eli mirándola a los ojos.

Hasta ese día Lara había pensado que frases como ésa en labios de un hombre eran sólo una manera de seducir a las mujeres, pero en los ojos de Eli podía leerse un deseo tan ardiente que la hizo estremecer por dentro.

Trazó con el índice el contorno del labio inferior de Eli y cuando lo escuchó inspirar tembloroso se sintió excitada de pensar que una caricia tan leve pudiera tener semejante efecto en él.

—Lara... —murmuró con voz ronca—. Quiero hacerte el amor...

Bajó la mirada a sus labios, e inclinó la cabeza para rozar una comisura con la punta de la lengua.

Aquel leve contacto hizo que una oleada de calor invadiera a Lara, que de pronto se notó los labios hinchados, como si estuvieran ansiosos por probar los de él. Enredó los dedos en su cabello.

Finalmente la boca de Eli rozó la suya y segundos después le abrió los labios con la lengua para introducirse en su interior.

Lara respondió al beso acariciando su lengua con movimientos

lentos, y él la imitó, lanzándose a una exploración ardiente de cada rincón de su boca.

A Lara jamás la habían besado de esa manera, y pronto estaba tan excitada que le hincó los dedos en la espalda para aferrarse a él, como si temiera desmayarse.

Un brazo de Eli le rodeó la cintura y se apartó de ella lo justo para poder acariciarle los senos con la otra mano. Incluso a través del vestido de algodón y del sujetador que llevaba debajo sus caricias resultaban tan electrizantes que Lara sintió que un escalofrío de placer le recorría la espalda. Los pezones ya se le habían endurecido antes incluso de que la tocara, pero el roce de sus dedos le estaba provocando en ellos un cosquilleo que iba en aumento.

Ella le desabrochó la camisa, botón a botón, y la abrió para poder pasar las manos por su pecho desnudo. Enredó los dedos en el vello castaño que lo cubría, y acarició sus pezones.

Eli gimió y bajó la cabeza para reclamar sus labios en un nuevo beso igual de ardiente y la mano que tenía rodeando la cintura de Lara bajó a sus nalgas.

La joven le sacó la camisa de la cinturilla de los pantalones, desabrochó los botones restantes y se la quitó, dejándola caer al suelo. Se detuvo, abrió los ojos con esfuerzo pues le pesaban los párpados por el placer que estaba experimentando, y se recostó hacia atrás para devorarlo con la mirada. Sus hombros eran anchos, su pecho como el de una escultura griega, y la mata de vello se estrechaba en una fina línea a la altura del estómago y desaparecía por debajo del pantalón.

Quería desabrocharle el cinturón y liberarlo. Volvió a alzar la cabeza y de nuevo fue como si se produjera una explosión de calor cuando sus miradas se encontraron. Eli la tomó por los hombros y le hizo darse la vuelta, inclinándose hacia ella para que pudiera sentir su cálido aliento en la nuca. Luego su lengua dibujó arabescos en la piel de esa zona, e imprimió sensuales besos en ella antes de que sus dedos bajaran la cremallera del vestido mientras seguía su trayectoria descendente por toda la espalda, hasta que llegó a la cintura.

La hizo volverse de nuevo, le bajó el vestido por los hombros, y éste cayó al suelo, quedando hecho un remolino en torno a sus tobillos. La mirada de Eli, sin embargo, estaba fija en sus senos.

—Oh, sí... Son perfectos... —murmuró subiendo una mano para rozar los pezones con los nudillos.

Extasiada, Lara aspiró bruscamente por la boca, volvió a rodearle el cuello con los brazos y lo besó de nuevo, pero Eli despegó sus labios de los de ella y la apartó un poco.

—Quiero mirarte, Lara —le dijo con voz ronca cuando ella lo observó confundida—. Quiero explorar tu cuerpo y besarte y saborearte... Quiero llegar a conocer tan bien tu cuerpo como conozco el mío, descubrir la suavidad de tu piel, tus reacciones... Quiero saber qué es lo que te gusta, lo que te excita... Quiero hacerte enloquecer.

Sus palabras resultaban casi tan excitantes como sus caricias.

Lo único que la tapaba en ese momento era el sujetador rosa, unas braguitas de algodón a juego, y unas medias. Eli le bajó primero una y luego la otra, muy lentamente, acariciándole las piernas al mismo tiempo. Luego se puso de pie y le acaricio con los dedos los pezones, que se endurecieron aun más, empujando a través de la tela. Lara se estremeció de deseo, le desabrochó el cinturón, le bajó la cremallera, los pantalones, y cuando tiró hacia abajo de los calzoncillos se quedó boquiabierta al ver su magnífico miembro erecto.

—Eli...—suspiró acariciándolo. Él emitió un gemido y volvió a inclinar la cabeza para dejar un reguero de besos por toda su garganta y mordisquear el lóbulo de su oreja, al tiempo que le desabrochaba el sujetador y se lo quitaba. Cuando sus manos se cerraron sobre las perfectas circunferencias de sus senos fue ella quien gimió.

Eli agachó otra vez la cabeza en busca de los pezones endurecidos y trazó un círculo con la lengua en torno a uno primero y luego en torno al otro. Volviendo a rodearle la cintura con un brazo la hizo ladearse un poco, y mientras continuaba estimulando un seno con la boca su otra mano descendió hasta encontrar las braguitas y las bajó hasta dejar al descubierto el triángulo de rizos castaños rojizos de entre sus muslos.

Lara se estremeció y lo besó en el cuello, en el hombro, frotó las manos por su pecho...

Eli se arrodilló frente a ella y sus dedos se deslizaron hacia sus muslos mientras sus labios depositaban besos por toda la superficie de su vientre.

Luego su boca descendió, y su lengua dejó ardientes rastros primero por la cara interna de un muslo y luego por la del otro. Lara cerró los ojos y se aferró a sus hombros. Los dedos de Eli se adentraron en la parte más íntima de su cuerpo, deslizándose por entre los rizos que cubrían su pubis para acariciarla.

Cuando halló la parte más sensible e hizo presión sobre ella con los dedos un grito ahogado escapó de la garganta de Lara, y agitó las caderas hacia delante, abandonándose al deseo, que estaba apoderándose de ella.

Mientras la besaba, Eli introdujo el índice en su interior y la joven gimió excitada dentro de su boca. Lara nunca había imaginado que

pudiera llegar a desear a un hombre de esa manera ni a mostrarse tan desinhibida.

Cuando los dedos de Eli se detuvieron Lara protestó con un suave gemido. Cuando él se puso de pie se agarró a su cintura y Eli la miró, apartándole el cabello del rostro con una mano y acariciándole un seno con la otra.

—¿Qué es lo que quieres, Lara? —le susurró—. Dímelo.

—Oh, Eli, estas volviéndome loca y lo sabes. Por favor... —murmuró sintiendo que estaba derritiéndose por dentro—. Por favor vuelve a poner tu mano donde estaba —le rogó acariciando su palpitante miembro.

El la atrajo hacia sí, tomo de nuevo sus labios en un beso devastador, imitando con la lengua el acto sexual, y Lara se aferró a sus hombros y le clavo las uñas.

Luego, Eli introdujo una pierna entre las de ella.

—Cabalga sobre mí, Lara —le susurró al oído lamiéndole luego la curva de la oreja.

Lara había perdido a esas alturas toda la vergüenza. El la había vuelto loca con lo que le había hecho con la boca y con los dedos, y la sensación de su pierna entre las de ella era demasiado excitante como para ponerse tímida en ese momento. Empujó las caderas hacia delante, frotándose contra el muslo de Eli mientras se besaban con fruición y cerró la mano en torno a su miembro para acariciarlo, pero apenas era consciente de lo que estaba haciendo, centrada como estaba en el calor húmedo que se estaba generando entre sus piernas.

—¿Estás disfrutando con esto, Lara? —le preguntó él despegando sus labios de los de ella para luego volver a devorarlos.

Lara no podía contestar; le faltaba el aliento. Pronto sintió que estaba llegando al límite y agarrándose a él jadeó extasiada.

—¡Eso es! Así, Lara, así... —exclamó él—, eso es lo que quiero, volverte loca.

Ella apenas lo estaba escuchando. El pulso le martilleaba en los oídos y estaba atrapada por una fuerza que no podía controlar. Mientras sus caderas seguían empujando contra su muslo, Eli incrementó la presión de su pierna entre las de ella y por fin Lara alcanzó el orgasmo, sintiendo que estallaban en su interior auténticos fuegos de artificio.

—Eres maravillosa —susurró él contra sus labios.

Bajó una mano, y poniéndola en el lugar que había ocupado su pierna comenzó a estimularla generando en ella una nueva tormenta

de placer.

—¡Oh, Eli, por favor...! —jadeó Lara poniéndose de puntillas y haciéndole bajar la cabeza para besarlo.

Eli la estrechó entre sus fuertes brazos, y Lara sintió su caliente erección apretada contra su vientre. Tomó su rostro entre ambas manos y despegó sus labios de los de él para susurrarle:

—Te necesito dentro de mí... por favor.

Eli inspiró profundamente antes de volver a agachar la cabeza para besarla de nuevo, mientras tomaba en las palmas de las manos sus senos.

Dibujó lentamente círculos en torno a los pezones con las yemas de los dedos, y cuando Lara creyó que ya no podría aguantar más si seguía tocándola así se liberó de su abrazo y se puso de rodillas ante él, alzando el rostro para recorrerlo con ojos ávidos: las atractivas facciones de su rostro, los anchos hombros, el pecho, los fuertes muslos...

Acarició su miembro primero con la mano, y luego con la lengua, trazando círculos en torno a la sedosa punta para luego tomarlo dentro de su boca.

Eli gimió y sus dedos se enredaron en el cabello de ella mientras Lara succionaba, lo besaba, y lo lamía. Las manos de Lara no permanecieron quietas, sino que comenzaron a acariciad lo también, a masajearlo, y cuando Eli sintió que no podría mantener el control mucho más tiempo la hizo levantarse para besarla apasionadamente antes de alzarla en volandas.

Lara le rodeó el cuello con los brazos y Eli la llevó a la cama, donde la depositó y la hizo rodar para que quedase tumbada boca abajo. Luego se subió él también, y colocándose a sus pies le separó las piernas. Ella se retorció ansiosa por sentir de nuevo su boca y sus manos sobre ella.

—Eli...

—Sss... Deja que te bese, Lara —murmuró él recorriendo con las manos la cara interna de sus muslos.

A sus manos las siguió su lengua, y Lara cerró los ojos y se aferró a las sábanas ante el nuevo bombardeo de deliciosas sensaciones que únicamente venían a avivar más el fuego que ya crepitaba dentro de ella.

Las manos de Eli se deslizaron sobre sus nalgas mientras su lengua continuaba lamiendo la cara interna de sus muslos. Ella se revolvió de nuevo, intentando darse la vuelta, pero Eli se lo impidió suavemente apretando una mano contra el hueco de su espalda.

—Espera, Lara. Deja que descubra qué cosas te dan placer. ¿Te

gusta esto? —inquirió lamiéndola otra vez—. ¿Te gusta? —insistió alternando caricias de su lengua y besos

—¡Sí! —exclamó Lara extasiada.

Por fin Eli la hizo girarse de nuevo. Luego volvió a situarse entre sus piernas y le subió los brazos, colocándoselos a ambos lados de la cabeza. Las palmas de sus manos descendieron por ellos hasta llegar a sus senos, y con Lara arqueándose hacia él comenzó a describir círculos con un dedo en torno a un pezón al tiempo que inclinaba la cabeza para tomar el otro en su boca. Lo mordisqueó con cuidado, sólo lo justo para hacerla jadear de placer.

—Por favor, Eli, por favor... —le rogó una vez más—. ¡Te quiero dentro de mí!

—Voy a buscar un preservativo —le dijo él bajándose de la cama.

Sacó la cartera del bolsillo de su pantalón y extrajo un preservativo de ella. Lara lo observó mientras se lo colocaba, y cuando volvió junto a ella extendió sus manos hacia él.

Eli se inclinó para besarla y se subió otra vez a la cama, colocándose entre sus piernas. Lara le rodeó las caderas con ellas y lo atrajo más hacia sí sin despegar sus labios de los de él, mientras sus manos recorrían su espalda y sus firmes nalgas.

Eli la penetró despacio, saliendo de ella y volviendo a deslizarse en su interior una y otra vez. Lara se arqueó y sus piernas se tensaron. —Eli... —murmuró—... Eli, te necesito... —Lara... —jadeó él mientras balanceaban las caderas, moviéndose al mismo ritmo.

Lara sabía que él estaba conteniéndose, intentando que aquello durara más tiempo, pero ella tenía la sensación de que moriría si no alcanzaba pronto el orgasmo. Deslizó las manos hacia sus nalgas y lo atrajo hacia sí. En pocos minutos él estaba ya perdiendo el control y sus embestidas empezaron a volverse más fuertes y rápidas.

Lara finalmente llegó a la cima del placer pero se mantuvo aferrada a él, moviéndose con él, y de nuevo empezó a excitarse hasta que le sobrevino otro orgasmo. Sus gemidos de placer fueron ahogados por los besos de Eli y cuando sus embestidas se fueron haciendo más lentas los dos estaban jadeantes.

Lara podía sentir los latidos de su corazón contra su pecho, tan rápidos y fuertes como los suyos. Lo besó de nuevo y lo abrazó con fuerza. Eli apartó el cabello de su rostro, la besó con ternura en la frente y rodó sobre el costado llevándola con él y manteniéndola apretada contra su cuerpo.

—Hacer el amor nunca había sido algo tan intenso para mí —murmuró mirándola con solemnidad.

—Tampoco para mí —susurró ella trazando ton las yemas de los dedos la línea de su mandíbula.

—Has hecho que me derrita —dijo Eli—. Ahora mismo me siento como si mi cuerpo se hubiese vuelto de gelatina.

Lara le dio con un dedo en el pecho.

—A mí no me pareces de gelatina.

Eli sonrió.

—Pues te aseguro que estoy tan desmadejado que si sé declara un incendio en el hotel tendrás que sacarme a rastras.

Lara se echó a reír.

—Si se declara un incendio estaremos los dos en un lío, porque yo no estoy muy segura de poder encontrar toda mi ropa.

—Está todo por aquí, en algún sitio —respondió él con una sonrisa picara—... recuerdo muy bien habértela quitado.

Se incorporó un poco, apoyándose en el codo para poder mirarla.

—Eres preciosa, Lara.

El corazón de la joven palpitó con fuerza al oír esas palabras y acarició su fuerte hombro con los dedos.

—Gracias, me siento muy halagada, aunque me temo que es tu entrepierna la que está hablando en este momento.

—Ni hablar —replicó él—. No soy de esos hombres que se dejan cegar por el deseo; soy perfectamente capaz de dejarlo a un lado y juzgar con objetividad. De hecho, en este momento estoy dándome cuenta de que tengo hambre. Al final no nos tomamos esa fruta que nos dejaron ni nos bebimos el champán. Aunque para el hambre de lobo que tengo me parece poco. Podríamos llamar al servicio de habitaciones y pedir algo para cenar. Me muero por hincarle el diente a un buen...

Sin embargo no acabó la frase, sino que bajó la vista a uno de los senos de Lara y se puso a acariciarlo con aire distraído.

—¿A un buen que? —inquirió ella sin aliento

Eli se inclino y comenzó a besarla en el cuello haciendo que un cosquilleo le recorriera la espina dorsal. Al cabo de un rato dejó su cuello, fue descendiendo hasta llegar a su estómago, y entonces levantó la cabeza y se bajó de la cama para después alzarla en volandas.

—¿Vamos a algún sitio? —inquirió ella rodeándole el cuello con los brazos, entre curiosa y divertida.

—Me parece que es el momento perfecto para darnos una ducha. Después le echaremos un vistazo al menú y decidiremos qué vamos a pedir para cenar.

—¿Y si lo que quiero pedir es un hombre alto, moreno y guapo? —

inquirió ella. Eli enarcó una ceja.

—No sé dónde podría encontrar uno a estas horas, y sinceramente no tengo el menor interés en buscar a otro hombre que me reemplace. Lara se rió.

—Bueno, tú eres guapo. De acuerdo, me conformaré con un hombre alto, moreno, y sexy. ¿Mejor?

—Veré qué puedo hacer -contestó él con una sonrisa.

Las paredes del cuarto de baño estaban recubiertas de mármol y había una bañera inmensa con grifos dorados. Eli llevó a Lara a la ducha, entró con ella y la dejó en el suelo.

—¿Vamos a ducharnos juntos? —inquirió la joven fingiendo sorpresa.

—Por supuesto —contestó él—. Yo me siento dispuesto.

Lara bajó la vista a su miembro erecto. —Yo diría que estás más que dispuesto.

—¿Y por qué no hacemos algo al respecto? —murmuró él.

Lara se acercó a él, le pasó un brazo por el cuello y se puso de puntillas para besarlo mientras Eli le rodeaba la cintura y la atraía hacia si.

A pesar de que acababan de hacer el amor el deseo que sentía era tan fuerte que Eli se notaba bullir de impaciencia. Nunca le había ocurrido nada igual. Parecía que nunca fuese a quedar saciado de ella. Hacía unos minutos se había sentido tan exhausto que no había creído poder mover un músculo, pero de pronto el deseo había vuelto a apoderarse de él... ¡y de qué modo!

Abrió el grifo de la ducha, comenzaron a enjabonarse el uno al otro, y pronto los suaves jadeos de Lara empezaron a aumentar su excitación.

Se enjuagaron, tocándose y frotándose, y Eli hizo que Lara se diese la vuelta. Su miembro se apretó contra las nalgas de ella mientras sus manos jugaban con sus senos. Cerró el grifo y extendió el brazo para tomar una de las toallas de rizo que había en un mueble metálico junto a la ducha. Comenzó a secar con ella a Lara sin ninguna prisa, frotándola suavemente entre las piernas mientras la observaba.

Lara parecía estar en otro mundo. Había cerrado los ojos y sus manos estaban aferradas a sus brazos mientras jadeaba de placer.

—Dame un minuto —le dijo Eli apresurándose a ir a por otro preservativo a su cartera.

En menos de un minuto estaba de vuelta.

Cuando entró en el cuarto de baño Lara estaba envolviéndose en

un albornoz, pero en cuanto se hubo colocado el preservativo la atrajo hacia sí y se lo quitó, dejándolo caer al suelo.

Tomando sus labios en un beso muy intenso, la alzó por la cintura, y cuando Lara le rodeó las caderas con las piernas separó los pies para mantener el equilibrio mientras la hacía descender lentamente sobre su miembro erecto. Sintió cómo los pliegues internos de Lara lo recibían, abrazándolo, y tuvo la impresión de que no sería capaz de mantener el control tanto tiempo como la primera vez… sobre todo cuando Lara le pasó la lengua por la oreja.

—Quiero hacerte el amor toda la noche —le susurró Eli.

Comenzaron a besarse de nuevo y Eli siguió sacudiendo sus caderas contra las de ellas hasta que a ambos les sobrevino el orgasmo. Él se estremeció de satisfacción y Lara dejó escapar un hondo y largo gemido.

Eli se derrumbó sobre la pared y unos minutos después la dejó en el suelo.

—Esto que me haces es pecaminoso —le susurró—; maravillosamente pecaminoso.

Volvió a entrar en la ducha llevándola con él, abrió el grifo, y comenzaron a enjabonarse de nuevo el uno al otro.

—¿Crees que esto es una buena idea? —inquirió Lara—. Si seguimos así corremos el peligro de no salir nunca de este cuarto de baño.

—No me importaría quedarme para siempre en este cuarto de baño —murmuró Eli con voz ronca, depositando un beso en su hombro.

Minutos después Lara salió de la ducha, se secó, se puso de nuevo el albornoz y volvió a la sala de estar antes de que la tentación fuera demasiado fuerte para resistirla.

Al poco rato Eli se unió a ella. Tomó dos copas limpias del bar y sirvió champán en ambas para reemplazar las que apenas habían tocado antes. Tomó asiento en el sofá y asiendo a Lara por la muñeca la sentó en su regazo.

—Ahora podemos mirar el menú tranquilamente y decidir qué queremos cenar —le dijo alcanzando el menú que había sobre una mesita a su izquierda.

Finalmente se decidieron por unos solomillos de ternera. Eli llamó al servicio de habitaciones para pedir que se los subieran, y cuando hubo colgado desanudó el cinturón del albornoz de Lara —Me han dicho que tardarán unos cuarenta minutos, y sé cómo hacer que ese tiempo pase volando —le susurró tomando uno de sus senos en la mano y acariciándole el pezón.

Lara inspiró y se inclinó hacia delante como si fuera a besarlo, pero se detuvo a unos milímetros de sus labios.

—Eres insaciable —murmuró.

—Yo creo que lo somos los dos. -respondió él- Y me encanta.

Enredó los dedos en su cabellera y la atrajo hacia sí para besarla mientras ella le abría también el albornoz y sus manos comenzaban a explorarlo.

Eli creía que tenía hambre, pero cuando finalmente llegaron sus filetes lo único que quería era volver a llevarla a la cama. De hecho, cuando advirtió que ella tampoco parecía tener mucho apetito, finalmente dejó a un lado su plato, se levantó, y alzándola en volandas de su silla la llevó de vuelta al dormitorio.

Fue una noche de pasión salvaje, pero el cansancio acabó por hacer mella en ambos. Eli la apretó contra sí, deleitándose en la suavidad de su piel, y entrelazando sus piernas con las de ella. Se quedó dormido unos minutos, pero luego se despertó y le acarició con ternura el sedoso cabello.

—Lara… —murmuró sintiéndose completamente relajado y casi incapaz de hilar dos palabras—. Mira en qué estado me has dejado.

—Y te ha encantado, no lo niegues —respondió ella riéndose, sintiéndose adormilada también. Se acurrucó contra él, enredando los dedos en el vello de su pecho y sonrió. A ella desde luego le había encantado cada minuto que había pasado con él. ¿Qué ocurriría a la mañana siguiente?, se preguntó. Seguiría habiendo esa magia entre ellos, o se desvanecería con la llegada del nuevo día y cada uno retomaría su camino y no volverían a verse?

Pronto lo sabría, se dijo. Eli la rodeó con el brazo y ella alzó el rostro para mirarlo pero había vuelto a cerrar los ojos y se había dormido. Con un suspiro de dicha cerró los ojos ella también y se dejó arrastrar por el sueño.

Cuando se despertó a la mañana siguiente Lara se quedó mirando el techo desorientada por unos momentos. La luz del sol bañaba la habitación, y cuando estuvo un poco más despierta se dio cuenta de que había alguien a su lado. Se volvió y vio a Eli, que aún tenía el brazo rodeándole la cintura y una pierna entrelazada con la suya. Mechones de cabello castaño le caían sobre la frente, y su pecho subía y bajaba plácidamente.

Excitantes imágenes de la noche anterior acudieron en tropel a su mente. Querría haberlo besado, pero le dio pena despertarlo y se bajó con cuidado de la cama. Se envolvió en el albornoz, y al hacerlo dejó

caer de la mesilla la cartera de Eli. Se agachó para recogerla, pero se había quedado abierta y en su interior estaba su permiso de conducir. No había llegado a preguntarle su apellido, pensó. Bajó la vista al permiso de conducir, leyó el nombre, y se quedó petrificada.

Capítulo Tres

Lara se acercó la cartera para asegurarse de que había leído el nombre correctamente. ¡Eli Ashton! No había duda; estaba allí escrito, en su permiso de conducir. Petrificada, se quedó mirándolo sin poder dar crédito a sus ojos a pesar de todo. ¡Un Ashton, la última persona sobre la faz de la tierra con quien querría salir!

Se preguntó qué vínculo sanguíneo tendría con el difunto Spencer Ashton. Sabía que Spencer había estado casado con otra mujer antes de contraer matrimonio con Lilah y que había tenido hijos con ella. Además, unos meses atrás los medios de comunicación habían divulgado que había tenido incluso otra esposa anterior, una mujer de Nebraska con la que también había tenido hijos y de la que no se había llegado a divorciar, por lo que su segundo matrimonio carecía de valor alguno ante la ley.

¿A cuál de esas dos familias pertenecería Eli?, se preguntó, ¿a los Ashton de Nebraska, o a los Ashton dueños de la finca Las Viñas, donde se elaboraban los caldos Viñedos de Louret? Entonces recordó lo que le había dicho la noche anterior, que se dedicaba a la producción y venta de vino.

¡Era Eli Ashton de Las Viñas! Lara sintió de-seos de tirarse de los pelos, pero intentó tranquilizarse diciéndose que probablemente no volvería a verlo porque los Ashton para los que trabajaba no tenían trato alguno con los Ashton de Las Viñas.

O al menos no lo habían tenido hasta hacía poco… Su madre le había contado que las dos hijas del segundo matrimonio de Spencer habían ido a la mansión y habían estado hablando con Megan, Paige y Charlotte en un intento por conseguir un entendimiento entre ellos, pero que Lilah, la viuda de Spencer, las había echado con cajas destempladas. Probablemente después de aquello la brecha entre ambas familias se habría hecho aún mayor.

Lara volvió a mirar a Eli, recordando la noche de pasión que habían compartido y se sintió atrapada en una marea de emociones contradictorias, detestando el haberse dejado seducir por un Ashton, pero al mismo tiempo incapaz de lamentar aquellas horas maravillosas que había pasado con él.

Tenía que salir de allí antes de que se despertara. Recogió sus cosas apresuradamente y corrió al cuarto de baño a vestirse. Cuando estuvo lista contuvo el aliento y abrió la puerta lentamente. Eli seguía dormido. Con el corazón martilleándole en el pecho fue hasta la puerta y salió en silencio.

Ya abajo, en el enorme vestíbulo del hotel, le pidió al recepcionista

que llamara un taxi para ella y minutos después se marchaba de allí. Mientras se alejaban volvió la vista hacia el edificio pensando que Eli seguía allí, dormido. Tenía que apartarlo de sus pensamientos, se dijo, pero sabía que nunca lo olvidaría.

Aunque estaba segura de que cuando Eli se enterara de que trabajaba como sirvienta en la mansión Ashton perdería todo interés en ella, no podía arriesgarse a dejar un rastro que pudiera seguir. Le había dicho al taxista que la dejara en algún sitio y llamaría a Franci Stanopolis, una amiga que trabajaba con ella en la casa, y le pediría que fuera a recogerla.

Además, aun en el improbable caso de que Eli tratase de dar con ella, no le resultaría fácil pues no le había dicho su apellido.

El taxista la dejó donde le había indicado, a la puerta de otro hotel, donde entró para telefonear a Franci, y minutos después iban las dos en su viejo utilitario amarillo de regreso a la mansión.

—Bueno, ¿vas a contarme qué ha pasado o no? —le preguntó su amiga, que llevaba un rato mirándola con curiosidad por el rabillo del ojo.

—Lo haré, pero tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie —le respondió Lara, procediendo a contarle brevemente lo ocurrido.

—¿Y es guapo? —quiso saber Franci—. Apuesto a que sí.

—Sí, es muy guapo y el tiempo se me pasó volando. No sé cómo explicarlo; supongo que la atracción que sentía hacia él fue tan intensa que no pude resistirme.

—Eso es amor a primera vista.

—Lo dudo —replicó Lara—; más bien deseo a primera vista. Claro que… ¿cómo podrí no haberme sentido atraída por él? Es guapo, es rico, es sexy…

—Es como la historia de la Cenicienta solo que te faltan los zapatos de cristal —dijo Franci—. Pero no entiendo por qué tienes esa cara de disgusto. ¿Es que ya se había marchado cuando te despertaste o algo así?

—No; fui yo la que me marché. Franci frenó bruscamente y le lanzó una mirada de incredulidad a su amiga.

—¿Qué? ¿Por qué diablos hiciste eso? Si por lo que cuentas parece un príncipe azul salido de un cuento de hadas…

—Pues no lo es, te lo aseguro. Sé que parece una locura que me fuera con un hombre sin conocerlo de nada, pero el caso es que lo hice. Y ni siquiera nos dijimos cómo nos apellidábamos. No es que no quisiéramos decirlo; simplemente no surgió, y tiene gracia porque estuvimos hablando de todo lo imaginable.

—Aja... Eso significa que conectasteis, que no fue sólo una mera atracción física.

—Sí, pero espera a oír esto: esta mañana se cayó su cartera de la mesilla y cuando me agaché a recogerla se había abierto y ví su permiso de conducir. Su nombre es Eli Ashton.

Franci giró la cabeza y la miró boquiabierta. —¡No! Cielo santo... ¿Y a qué rama de la familia pertenece?

—A la de los Ashton de Las Viñas. Me dijo que se dedicaba al negocio del vino, así que es imposible que sea de la familia de Nebraska a la que Spencer abandono.

Franci volvió a mirar a Lara. —Pero eso no explica por qué te marchaste sin decirle nada —le dijo frunciendo el entrecejo-

—¿Que no...? ¡Por el amor de Dios, Franci, estamos hablando de un hijo de Spencer Ashton! Sabes cómo lo detestaba y sabes lo largas que tenía las manos. Spencer nos hacía a las dos la vida imposible... sólo que a ti no podía amenazarte con despedir a tu madre si intentabas resistirte -le respondió Lara amargamente.

—Sí, pero eso no significa que tengas que odiar a su hijo ni que su hijo sea como él —dijo Franci sacudiendo la cabeza.

—Perdona, pero ya sabes lo que dice el refrán: «de tal palo, tal astilla»... y yo odiaba a Spencer —replicó Lara estremeciéndose sólo de pensar en él.

—Pues no dejes que eso llegue a oídos de la policía —le dijo su amiga—. En cualquier caso sigo diciendo que no puedes juzgar al hijo por los pecados del padre. Además, Spencer ni siquiera lo crió, y el señorito Trace tampoco es como él.

—Es verdad, Trace Ashton no es como su padre, pero de todos modos nuestro mundo no tiene nada que ver con el de los ricos, y si Eli se hubiese enterado esta mañana de que soy una sirvienta sería él quien se habría marchado, dejándome en el hotel.

—Sólo si es un esnob. ¿Te dio esa impresión? Sé sincera.

—¿Qué más da eso? El caso es que no es la única razón por la que dudo que quisiera volver a verme si supiera quién soy en realidad. Además, sabes muy bien que Lilah Ashton no puede ni verlos. Los desprecia y echó de la casa a sus hermanas cuando fueron a intentar hacer las paces con ellos. Espero que Lilah no se entere de esto porque podría poner en peligro el puesto de mi madre.

—Tonterías —replicó Franci—. Lilah no despediría a tu madre sólo porque hayas salido con uno de los Ashton de Las Viñas.

—Eso no puedes saberlo. Spencer amenazaba todo el tiempo con despedir a la gente por los motivos más absurdos... y lo hacia.

—Si, pero Lilah no es Spencer. Puede que se sintiera ofendida, pero

no despediría a tu madre por algo que hubieras hecho tú. Además, tu madre es muy buena en su trabajo, y dudo que Lilah esté dispuesta a perder a una empleada excelente por algo así. Y tampoco creo que te despidiera a ti.

—Espero que tengas razón.

—Bueno, cuéntame más cosas de él. ¿Besa bien?

—¡Franci! Eso es privado.

—No te estoy pidiendo que me des detalles íntimos; sólo quiero saber si es bueno besando. ¿Qué puntuación le darías en una escala del uno al diez?

—Un cien —respondió Lara con un suspiro.

—Cielos. Yo creo que deberías replantearle lo de no volver a verlo.

—Franci, ya te lo he dicho: no querrá volver a verme; soy una sirvienta. Además, cuando llegue octubre volveré a la universidad y no quiero meterme en una relación que lo único que haría sería complicarme la vida. Aparte de que es hijo de Spencer Ashton y eso no es algo que pueda ignorar, digas lo que digas.

—¿Te dio la impresión anoche de que se parecía en algo a Spencer? —inquirió Franci.

—Sí, se parece a él en que es muy decidido y no ceja hasta conseguir lo que quiere.

—Bueno, eso no es malo en tanto no haga daño a nadie —contestó su amiga—. ¿Crees que le haya hecho daño a alguien como hacía Spencer?

—No, estoy segura de que no —admitió Lara—. Cuando hablaba de su familia lo hacía con cariño; estoy segura de que es un buen hombre. Pero el que su carácter no sea como el de su padre no significa nada. Somos muy distintos.

—No tanto —replicó Franci—, a ti también te gusta tenerlo todo bajo control. Quizá hayas encontrado a la horma de tu zapato y por eso la atracción entre vosotros resulta tan explosiva.

Lara inspiró profundamente y giró la cabeza hacia la ventanilla. «Explosiva» era justo la palabra. Cuando finalmente llegaron a la mansión subió a su cuarto en el tercer piso, que era donde estaban las habitaciones del servicio, y sintió que cada escalón que subía la alejaba más y más del mundo de lujos en el que habitaba Eli.

Entró en su pequeño dormitorio, cerró la puerta y soltó el bolso sobre una silla. Se quitó el vestido, lo dejó tirado en el suelo y cuando entró en el baño se quitó las braguitas de algodón que debían haberle dado a Eli una pista acerca de su estatus social. Intentó no pensar en la noche pasada, pero no dejaban de acudir a su mente imágenes de Eli desnudo, de sus manos acariciándola... No, tenía que olvidarse de

él, se dijo con firmeza. Eli era un Ashton, y lo último que quería era verse envuelta en una relación amorosa con uno de ellos. Claro que Trace, Megan y Paige, los hijos de Lilah, eran buena gente, gente agradable, pensó. Sus lazos de sangre con Spencer no los habían convertido en monstruos. Era Spencer quien había sido un monstruo.

Pero, aun así, se dijo, Eli representaba todo lo que era ajeno a ella: riqueza, poder, privilegios. Suspiró y sacudió la cabeza. «No volveré a pensar más en ti. Eli Ashton», pensó.

Cuando salió de la ducha se puso el uniforme, y mientras se recogía el cabello en un moño para comenzar sus tareas se preguntó qué pensaría Eli si pudiese verla en ese momento.

Capítulo Cuatro

Eli se desperezó y rodó sobre el costado, recorriendo con el brazo las sábanas. Fue al notar que estaban frías y que el otro lado de la cama estaba vacío cuando abrió los ojos, se incorporó, y miró en derredor.

—¿Lara? —llamó.

Sólo el silencio le contestó.

—¡Lara! —volvió a llamar, pero de nuevo no hubo respuesta—. Maldita sea —gruñó bajándose de la cama.

Fue al cuarto de baño a por una toalla para liársela a la cintura y llamó a recepción pero la persona que contestó acababa de reemplazar a la del turno anterior y no había visto a Lara irse.

Eli se pasó una mano por el cabello sin poder creerse aún que se hubiera marchado de esa manera. No le había dejado ni una nota, ni un número de teléfono... Además, ¿cómo podría encontrarla si ni siquiera sabía cómo se apellidaba? Estaba decepcionado, dolido, y enfadado al mismo tiempo. Había esperado que después de lo que habían compartido la noche anterior intercambiarían sus números de teléfono, su dirección... había imaginado que despertaría con ella a su lado y le haría el amor otra vez. Luego llamarían al servicio de habitaciones para pedir que les subieran el desayuno, y quizá podría haberla convencido para que pasase la mañana con él.

Durante unos minutos estuvo absorto recordando la pasión que habían compartido, el ardor con que había respondido ella a cada beso a cada caricia, y sintió que se excitaba con sólo pensar en ello y en cómo las manos de Lara habían recorrido todo su cuerpo.

Se volvió a pasar la mano por el cabello lleno de frustración y maldijo entre dientes. Estaba tan irritado que por un momento pensó en irse a casa y olvidarse de ella, pero no podía. Quería volver a verla.

¿Por qué se había marchado sin decirle nada? Se habían quedado dormidos el uno en brazos del otro y le había parecido dulce y cariñosa, no el tipo de mujer que desaparecía a la mañana siguiente sin una palabra.

Tenía que ser alguna conocida de Lilah o alguno de sus hijos porque había estado en el funeral, pero era ridículo que esperase obtener alguna información de ellos cuando no querían tener ningún trato con él ni su familia.

Maldijo de nuevo y decidió que no le iba a servir de nada quedarse allí recordando la noche pasada. Llamó al servicio de habitaciones, pidió que le subieran el desayuno y fue a ducharse.

Sin embargo no tenía apetito y apenas tomó nada. Se puso la

camisa arrugada, los pantalones, y bajó al vestíbulo para devolver la llave pagar. Preguntó a varios empleados por si hubieran visto a Lara. Tratándose de una mujer tan guapa alguien tenía que haber reparado en ella, pensó. Sin embargo únicamente uno de los aparcacoches recordaba haberla visto salir y tomar un taxi a la puerta del hotel y aquello no le servía de mucho.

Eli se montó en su coche y se puso en marcha, camino a casa, pero mientras atravesaba la ciudad se descubrió a sí mismo recorriendo con la mirada las calles que pasaba, fijándose en la gente que iba caminando y en los otros coches por si alguna de esas personas pudiera ser ella.

Tomó su teléfono móvil, llamó al número de información, pidió que le pusieran con la compañía de taxis de la ciudad, y preguntó a la persona que lo atendió si podrían localizar al taxista que había recogido a Lara.

La telefonista le dijo que lo intentarían y lo llamarían si lo conseguían. Eli le dio las gracias, colgó, y arrojó el móvil sobre el asiento del pasajero, irritado consigo mismo. «Olvídate de ella», se ordenó mentalmente. Aquélla no era más que otra decepción de las muchas que se había llevado a lo largo de su vida.

Sus pensamientos pasaron de pronto a Spencer, su padre biológico, la mayor decepción de todas. Pronto tendría lugar la lectura del testamento. Tenía curiosidad por saber si al escribir su ultima voluntad Spencer habría tenido al menos la intención de rectificar algunas de las fechorias que había cometido en vida.

Se preguntó si la policía llegaría a dar con la persona que lo había matado. Si habían encontrado alguna pista que pudiera conducirlos a ella desde luego no se había filtrado a los medios. Habían hablado con él el día después del asesinato, pero no le había sorprendido porque todo el mundo sabía que no había sentido precisamente afecto por él.

Sin embargo, su camino y el de Spencer no se habían cruzado muy a menudo; sólo se habían visto en algunos eventos vinícolas... eventos en los que los caldos de Viñedos de Louret habían recibido más galardones y reconocimiento que los de Bodegas Ashton.

¡Cómo había disfrutado él con cada uno de esos triunfos sobre su padre! Probablemente cada uno de esos premios que habían recibido había enfurecido a su padre y esperaba que así hubiese sido.

Ellos no podían aspirar a un volumen de producción como el de Bodegas Ashton, pero siempre los habían superado en calidad, y Eli se sentía orgulloso de haber contribuido a ese nivel de excelencia que tenían sus vinos, igual que se sentía profundamente orgulloso de cómo

había salido adelante su madre cuando Spencer los había abandonado.

Juntos su familia y él estaban convirtiendo su bodega en un fuerte competidor que rivalizaba ya con algunas de las bodegas europeas más importantes.

Sin embargo esos pensamientos fueron pronto reemplazados de nuevo por el recuerdo de Lara, de su perfume, de su risa, de sus besos ¿Por que se había ido sin decirle nada?

No estaba acostumbrado a que las mujeres lo dejasen tirado de ese modo, y mucho menos después de una noche de pasión. Al diablo con buscarla, se dijo, si ella no quería volver a saber nada de él, perfecto. Podía olvidarla; el mundo estaba lleno de mujeres hermosas. En cuanto llegase a la finca se pondría a trabajar y se la quitaría de la cabeza.

Minutos después estaba cruzando ya las puertas de entrada de Las Viñas, la finca de su familia, y cuando divisó la casa no pudo sino pensar en que aunque fuera más pequeña era mucho más hermosa y acogedora que la mansión Ashton.

Aparcó el coche y entró en la vivienda. Estaba cruzando el vestíbulo cuando vio a Caroline, su madre, dirigiéndose al salón. Se acercó a ella y la saludó con un beso en la mejilla. Llevaba en brazos al pequeño Jack Sheridan, de dieciocho meses, el hijo ilegítimo al que Spencer había dado de lado, como había hecho con sus hermanos y con él.

El niñito tenía los mofletes regordetes y era tan mono que toda la familia lo adoraba.

—«Ozo» —le dijo Jack, enseñándole su oso de peluche.

—Sí, ya veo a tu oso —respondió Eli revolviéndole el cabello pelirrojo—. ¿Dónde está Anna? —Le dije que cuidaría de Jack unas horas para qué pudiera descansar un poco. ¿Verdad que es un chiquillo adorable, Eli?

—Y Anna es un verdadero ángel por hacerse cargo de él y darle un hogar.

—Ya lo creo que lo es. Qué historia tan triste, ¿verdad?, que muriese su hermana dejando tras de sí a esta pobre criatura sin nadie en el mundo que quisiera ocuparse de él más que su ella… —contestó su madre—. ¡Y pensar en lo que la pobre esta pasando con el acoso de la prensa y esas llamadas amenazantes que ha estado recibiendo…! —murmuró sacudiendo la cabeza—. Me alegra haberla convencido para que se alojara en la cabaña. Lo único que necesita es un lugar para guarecerse de la tormenta. Anna es una mujer fuerte, y estoy convencida de que saldrá adelante, y a Jack es imposible no quererlo. Por mí parte pueden quedarse a vivir en la finca para siempre.

—Sí, pero tal vez no sea eso lo que Anna quiera. —apuntó Eli—. Si no tienes cuidado te encariñarás tanto con Jack que acabarás queriéndolo como a uno de nosotros y lo pasarás mal si llega el día en que se marchen.

—Lo sé, pero confío en que aunque llegue ese día Anna nos permita seguir siendo parte de sus vidas —respondió ella. De pronto se quedó mirando a su hijo y enarcó las cejas—. ¿Estás bien? Tienes tan mal aspecto como si te hubieras caído de un coche en marcha. Detesto tener que decirte «ya te lo advertí», pero sabía que si ibas al funeral de Spencer sería bastante desagradable,

—Estoy bien, mamá —le aseguró Eli—. El haber ido allí únicamente ha hecho que me sienta más orgulloso de nuestros logros —añadió—. Hemos salido adelante y hemos hecho que nuestro negocio llegue a ser más próspero de lo que nunca nos habríamos atrevido a soñar.

—Y te lo debemos sobre todo a ti.

Eli sacudió la cabeza. —Papá nos enseñó bien —dijo refiriéndose a Lucas Sheppard, su padrastro—, y nos hemos convertido en un gran equipo.

Caroline sonrió.

—Casi nunca te tomas un día libre y para una vez que lo haces se te ocurre irte al funeral de Spencer… —murmuró en un suave reproche, sacudiendo la cabeza—. Yo no quiero ni volver a poner los pies en la casa.

—Mamá, yo… —le dijo Eli poniéndose serio—… me gustaría que te plantearas como hablamos la posibilidad de que nuestro abogado averigüe si por ley la finca Ashton no debería seguir siendo de tu propiedad. Si Spencer no llegó a divorciarse de su primera mujer, de la mujer a la que abandonó en Nebraska, su matrimonio contigo no pudo ser válido, con lo cual es imposible que pudiera heredar del abuelo si en realidad no era su yerno.

—Ya hemos discutido eso, Eli —replicó su madre—, y creo que únicamente conseguiríamos que el odio que nos tienen Lilah y sus hijos fuese aún mayor. Eso sólo puede traernos infelicidad a todos. Vivimos desahogadamente y no tenemos necesidad de enzarzarnos en una batalla legal.

Eli agachó la cabeza.

—Lo sé, sé que ése es tu punto de vista, pero únicamente te pido que pienses en ello y que le pidas a papá que se lo plantee también.

—Lucas opina como yo, pero lo pensaremos —le dijo su madre apretándole suavemente la mano antes de alejarse con Jack.

Eli oyó al niño parloteando con su media lengua mientras avanzaban por el pasillo y en sus labios se dibujó una sonrisa. Aquel pequeño acabaría robándoles el corazón a todos, se dijo sacudiendo la cabeza.

Subió las escaleras y se dirigió a la parte trasera de la casa, que era la que él ocupaba. Allí tenía su dormitorio, una sala de estar propia, su baño, e incluso una pequeña cocina.

Dejó la chaqueta sobre el respaldo de una silla en su habitación, se cambió, poniéndose una ropa más cómoda e informal, y estaba peinándose cuando sonó su teléfono móvil. Lo llamaban de la compañía de taxis. Habían dado con el taxista que la había recogido a la puerta del hotel y le informaron de que sobre las tres y media estaría de regreso en las oficinas centrales por si quería hablar con él. Eli les dio las gracias, colgó, salió de la casa, y se dirigió a las bodegas. De camino allí su mirada se posó en los viñedos, donde estaba su hermanastro Grant examinando las vides y hablando con Henry Lidell, el nuevo capataz de la finca, que había reemplazado a Russ Gannon. Russ se había enamorado de la sobrina de Grant, Abigail, se habían casado hacía unos meses y se habían ido a vivir a Nebraska.

Los dos, Eli y Grant, eran hombres de campo, con un profundo amor por la tierra y, aunque Grant era ganadero y él se dedicaba al cultivo de la uva y la elaboración del vino, había una conexión especial entre ellos. De hecho, se había hecho patente desde el día mismo en que se habían conocido.

Eli recordó el shock que había supuesto para su familia y para él enterarse por Grant de que Spencer había tenido una mujer anterior en Nebraska, su madre, a la que había dejado con dos niños pequeños: su hermana y él, y de la que nunca se había divorciado.

Claro que para el propio Grant también debía haber sido un shock, se dijo. ¡Descubrir a sus cuarenta y tres años que su padre seguía vivo y que los había abandonado! Había ido a la finca Ashton para pedirle respuestas a Spencer, pero Lilah lo había echado de allí como había hecho con sus hermanas Mercedes y Jillian, y Caroline lo había invitado a quedarse una temporada con ellos.

Cuando los medios se enteraron de todo aquello no dudaron en aprovechar el filón, y desde entonces habían ido surgiendo un escándalo tras otro.

Eli estuvo trabajando toda la mañana comprobando los barriles recorriendo los viñedos para asegurarse de que se estaba recortando la cantidad suficiente de hojas de las vides para que a los racimos les llegase el sol que necesitaban…

Algo después de las tres dio por concluida la mañana, y aunque no hacía más que decirse que aquello era una locura se subió a su coche y fue a la ciudad para hablar con el taxista que había recogido a Lara. El hombre le dijo que la había dejado en el hotel Regency, y que eso era todo lo que podía decirle. Eli le dio las gracias, le dio una buena propina por la información, y se dirigió allí, pero en el hotel se perdía su pista, y volvió a casa de peor humor que antes.

Lara le había dicho al taxista que la llevara al hotel Regency y el día anterior había estado en el funeral de Spencer, pensó recapitulando los hechos. Quizá fuese pariente de la familia y hubiese volado hasta allí sólo para asistir al funeral. Pero en ese caso no tendría sentido que se hubiese alojado en un hotel en vez de en la mansión. ¿Sería entonces sólo una amiga de la familia?

Eli golpeó el volante con la palma de la mano y maldijo entre dientes, irritado consigo mismo por estar dándole vueltas todavía. «Sal de mis pensamientos», masculló sacudiendo la cabeza.

Al volver a la finca y regresar a las bodegas Eli se encontró con una nota en la mesa de su despacho. Había tenido cuatro llamadas en su ausencia. Tres eran de asuntos de trabajo, y la cuarta de un extraño, un abogado llamado Stephen Cassidy.

Eli marco el número que había dejado pero le salió un contestador, así que llamó al número de móvil que había apuntado debajo.

—Stephen Cassidy, ¿dígame? —contestó una voz grave al otro lado de la línea.

—Señor Cassidy, soy Eli Ashton. Creo que me ha llamado usted —le dijo Eli.

—Sí, así es. Soy el abogado del difunto Spencer Ashton. Dentro de unos días se celebrará la lectura del testamento y tengo la obligación de notificárselo a todas las personas mencionadas en él. He hablado con su madre, pero me dijo que es con usted con quien debería tratar este asunto.

—Correcto —contestó Eli—; yo representaré a mi familia.

—Excelente. Bien, he fijado la fecha para la lectura del testamento el próximo lunes, trece de junio, a las diez de la mañana. Por cortesía hacia la familia del difunto señor Ashton se realizará en la mansión Ashton. ¿Le será posible asistir?

—Allí estaré —respondió Eli. Se despidió del abogado y colgó, preguntándose de nuevo si Spencer habría hecho mediante su testamento alguna rectificación del daño que les había hecho en vida. Volvió a los viñedos y estuvo trabajando allí hasta casi el atardecer, pero ni siquiera eso logró hacer que dejase de pensar en Lara. De

hecho durante el resto de la semana tampoco consiguió apartarla de su mente, y hasta su familia advirtió que estaba malhumorado, aunque lo achacaron a la tensión que creían que tenía por la lectura del testamento de Spencer.

El lunes llegó finalmente, y Eli volvió por segunda vez en su vida a la mansión Ashton intentando apartar de su mente los recuerdos que le traía de Lara por haberla conocido allí el día del funeral.

Llamó al timbre y al poco rato una criada fue a abrir y lo dejó pasar. Lo condujo por un pasillo y le indicó una puerta abierta en el lado izquierdo.

—Pase a la biblioteca; lo están esperando -le dijo antes de retirarse.

Cuando Eli entró parecía que ya estaban todos reunidos. Había un enorme escritorio, y frente a él habían colocado varias sillas plegables. No le pasaron desapercibidas las miradas hostiles de los otros Ashton, pero tomó asiento dejando un espacio vacío entre Lilah y él.

Miró en derredor y sintió una punzada de resentimiento. Aquélla era otra biblioteca, otra casa, pero sin duda debía haber sido prácticamente de uso exclusivo de Spencer hasta su muerte y trajo a su memoria el amargo recuerdo de aquella terrible noche en que había oído a Spencer decirle a su madre que iba abandonarlos.

El abogado de la familia, un hombre alto y de pelo cano, que había estado hablando en voz baja con Trace Ashton, se dirigió hacia Eli, que se puso de pie, y le tendió la mano.

—Soy Stephen Cassidy —se presentó-. Y éste es mi ayudante, Ty Koenig —dijo señalando con un ademán a un hombre fornido que se había acercado con él.

Eli le estrechó la mano también.

—Bien, empezaremos en unos minutos —dijo el señor Cassidy.

Eli retornó a su asiento y de nuevo el mirar en derredor y pensar que Spencer le había robado todo aquello a su madre hizo que le hirviera la sangre en las venas. Recordó la discusión que había tenido con Colé cuando le había dicho que había recibido la llamada del abogado y le había dicho que asistiría a la lectura del testamento.

—¿Es que te has vuelto loco? —le había dicho—. ¿Para qué tienes que ir? El abogado tiene por obligación que mandarnos una copia del testamento asistamos o no. No es un concurso al que tengas que acudir para poder ganar un premio. —No vas a hacerme cambiar de opinión. Representaré a nuestra familia, ya que ninguno queréis poner un pie en el lugar.

—Por supuesto que no queremos —le había replicado Colé irritado

—. Ni esa gente quiere vernos allí. Además, la sola idea de ir a la finca y ver todo lo que Spencer le arrebató a nuestra madre... Cuando estés allí te arrepentirás de haberte comprometido a ir, Eli.

—Tal vez, pero aun así voy a hacerlo. Trace y Walker Ashton no me dan ningún miedo. —A mi tampoco me lo dan, pero si los tuviera delante quizá me sentiría tentado de darles un puñetazo, y conociéndote a ti, que tienes menos paciencia que yo, estoy seguro de que acabaras haciéndolo si vas.

—Me controlaré.

—Ya, seguro.

—Lo haré —le había insistido Eli—, pero como sigas pinchándome puede que esta mañana pierda el control contigo —gruñó.

Colé se había limitado a esbozar una sonrisa traviesa antes de dejarlo a solas de nuevo en su despacho.

Y allí estaba, en la mansión Ashton, manteniendo a raya su genio por el momento, aunque se sentiría aliviado cuando aquello hubiera acabado.

Giró el rostro y observó a Lilah y los suyos. Junto a ella estaba sentado su sobrino, Walker, que había sido el ojito derecho de Spencer y que ahora era el vicepresidente de la Corporación Ashton-Latimmer. De pie, a unos metros de ellos estaba Trace, el hijo mayor de Lilah, hablando con su hermana Megan, que se dedicaba a coordinar los eventos que se celebraban en a finca, y el marido de ésta, Simón Pearce. En la silla más cercana al ventanal estaba sentada Charlotte, hermana de Walker y sobrina de Spencer, sentada a junto a su prima Paige, la hija menor de Lilah.

Tanto en su hermano como en ella su ascendencia india era más que evidente por el liso cabello negro de ambos y el color aceitunado de su tez.

Spencer los había criado a ambos y les había dicho que sus padres habían muerto en un accidente de coche, pero recientemente había sabido por su hermana Jillian algo sorprendente que Charlotte había descubierto: no existía certificado de defunción de su madre y era probable que siguiese viva. De ser cierto, aquello sería una cosa más que añadir a la larga lista de mentiras y fechorías de Spencer, y se convertiría en otro escándalo con el que se cebaría la prensa sensacionalista.

Mientras su ayudante preparaba los papeles, el abogado se acercó a Lilah y se sentó en el asiento libre entre Eli y ella. Durante unos minutos estuvo conversando con la viuda en un tono velado. Había puesto el brazo en torno a ella y de cuando en cuando le daba

palmaditas en el hombro, como si estuviera reconfortándola, pero Eli se preguntó si no estaría interesado en ella y si aquello no terminaría derivando en otro escándalo.

Finalmente regresó al escritorio con su ayudante y pidió a todos que se sentaran y le atendieran. Carraspeó, y comenzó a leer:

—«Yo, Spencer Ashton, en pleno poder de mis facultades, lego mis acciones de la Corporación Ashton-Latimmer a mi sobrino, Walker Ashton.

Una oleada de ira invadió a Eli, que apretó los puños mientras se esforzaba por mantener la expresión de su rostro impasible y permanecer sentado. Spencer le había dejado a Walker, un sobrino, las acciones de la compañía que había pertenecido a su abuelo. ¡Ese bastardo...! ¿Cómo podía siquiera haber esperado que en su testamento fuese a rectificar nada de lo que les había hecho? Inspiró profundamente y se concentró en las palabras del señor Cassidy que continuaba leyendo:

—... a mi sobrina, Charlotte Ashton, le dejo en herencia la suma de veinte mil dólares.

Eli miró a Charlotte. Su rostro no mostraba emoción alguna, pero estaba seguro de que debía estar cuando menos decepcionada, enfadada, o dolida. Veinte mil dólares viniendo de Spencer eran una suma ridícula en comparación con la inmensa fortuna que había amasado a lo largo de su vida. Incluso comparada con lo que le había dejado a su hermano no era nada.

—... A mi amada esposa, Lilah Ashton, y a nuestros tres hijos, Trace, Paige, y Megan Ashton, les lego la finca, con la casa, los viñedos, la bodega, el dinero de todas mis cuentas bancarias, mis ahorros, y las acciones ajenas a la Corporación Ashton-Latimmer. Todo esto habrá de ser repartido de un modo equitativo entre ellos.

Cada palabra era como un puñetazo en el estómago para Eli. Su madre y ellos habían sido excluidos por completo de la herencia de esos bienes, de los que por derecho les correspondía una parte al menos. Tampoco habían sido mencionados de momento Grant, el pequeño Jack, ni los nietos de Spencer y sobrinos de Grant, Ford y Abigail, a quienes éste había criado.

Eli apretó la mandíbula, más decidido que nunca a convencer a su familia para impugnar el testamento y recobrar lo que era propiedad de su madre y aquel canalla les había robado.

Sería otro escándalo más, pero no le importaba si con ello consiguieran que se hiciese justicia.

—A Caroline Sheppard, mi ex esposa, y a sus hijos Eli Ashton, Colé Ashton, Mercedes Ashton, y Jillian Ashton, les lego la suma de un

dólar a cada uno.

A Eli le retumbaba el pulso en los oídos de furia. Colé le había advertido que era un iluso yendo siquiera a la lectura del testamento y no se había equivocado.

Aquello lo dejó tan enfadado que no escuchó una sola palabra más del testamento. Se sentía como si se estuviese asfixiando, y no podía esperar ni un minuto más para salir de allí.

Finalmente el señor Cassidy concluyó la lectura y volvió junto a la viuda. Eli se levantó, se dirigió a la puerta, y casi chocó con Walker Ashton.

—¿Esperabas que os dejara algo a tu familia y a ti? —le preguntó éste, bloqueándole la salida.

La animosidad entre ellos era palpable, y Eli tuvo que hacer un esfuerzo para controlar su genio y sus puños.

—Esas acciones que Spencer te ha legado son del negocio que era propiedad de mi abuelo —le espetó, metiéndose las manos en los bolsillos.

Los ojos castaños de Walker relampaguearon.

—Si no me falla la memoria, fue tu abuelo quien le entregó esas acciones al morir —replico—, así que ese negocio era de mi tío.

—Se las legó porque lo tenía engañado, porque no sabía la clase de víbora venenosa que era en realidad.

—¡No toleraré que hables así de mi tío! —masculló Walker con el rostro enrojecido de ira, apretando los dientes—. Era un hombre admirado y respetado. Vinieron muchísimas personas a su funeral y tu abuelo le dejó todo lo que poseía porque quería que fuese para él; no para tu madre, sino para él.

Eli se giró para apartarse de él, sabiendo que si no lo hacía acabaría dándole un puñetazo de verdad, y al hacerlo se encontró a Trace frente a sí, mirándolo con frialdad.

—Creo que no hay ninguna razón para que permanezcas más tiempo aquí —le dijo—. Mientras vivió mi padre no eras bienvenido aquí, y eso no ha cambiado. Si estuviera aquí te echaría él mismo porque tu sola presencia pone enferma a mi madre.

Eli apretó los puños de nuevo dentro de los bolsillos de su pantalón.

—Puede que esta propiedad sea vuestra ahora, pero Spencer se la robó a mi madre. Todo esto era de mi abuelo.

—Mi padre no robó nada; tu abuelo se lo entregó por su propia voluntad. Vuelve a esa pequeña finca vuestra y déjanos tranquilos.

—Puede que sea pequeña, pero nuestros vinos superan en calidad

con creces a los vuestros.

—Si no te marchas de aquí ahora mismo, juro que te echaré yo.

—No te preocupes; ya me iba. De todos modos no tengo el menor deseo de permanecer aquí ni un segundo más —mascculló Eli pasando por su lado en dirección a la puerta, y reprimiendo el deseo de lanzarse sobre él.

Salió de la biblioteca, y cuando se alejaba por el pasillo miró por encima del hombro, casi esperando que Trace lo estuviera siguiendo para asegurarse de que abandonaba el lugar. Sin embargo, detrás de él no había nadie. Lástima. Habría tenido un motivo para pegarle ese puñetazo que se había guardado. Acababa de volver la cabeza cuando le pareció ver… No, era imposible, se dijo parándose en seco.

¿Estaba su imaginación jugándole una mala pasada, o acababa de ver a Lara entrar por una puerta que había unos metros antes de llegar al vestíbulo?

Eli echó a andar de nuevo y apretó el paso. La mujer que había visto llevaba puesto un uniforme de doncella. ¿Podría ser que…? El día que la había conocido, durante el funeral, le había preguntado si necesitaba alguna cosa y lo había llamado «señor», recordó. Debería haber caído en la cuenta, pero en aquella ocasión no había llevado un uniforme, sino simplemente un vestido negro.

Su pulso se aceleró cuando llegó frente a la puerta abierta. La sala era un pequeño comedor, pero Eli apenas reparó en la larga y reluciente mesa, en las sillas, las antigüedades, o la lámpara de araña que colgaba del techo. Lo único que veían sus ojos en ese momento era a Lara.

Estaba de pie, en el otro extremo de la habitación, colocando un servicio de té de plata sobre una bandeja. Llevaba puesto un uniforme negro con un delantal blanco atado a la cintura, y tenía el cabello recogido en un moño, pero aun con esa ropa y ese peinado logró conjurar en la mente de Eli toda una serie de eróticas imágenes.

Entró en la habitación y cerró la puerta.

Capítulo Cinco

Cuando Lara oyó la puerta cerrarse se giró sobre los talones y el corazón le dio un vuelco al ver a Eli.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Encontrarte al fin —dijo él. Había fuego en sus ojos cuando cruzó la habitación en dirección hacia a ella, como los de una pantera aproximándose a su presa—... aunque por tu despedida a la francesa me temo que es obvio que no querías volver a verme.

Intentando ignorar los fuertes latidos de su corazón Lara alzó la barbilla.

—Quería decir que qué estás haciendo en esta casa.

—Acaba de tener lugar la lectura del testamento —contestó él en un tono irritado, al recordar lo humillante que había sido.

—Oh, ya, claro —balbució ella sintiéndose ridícula.

Sin embargo, nunca hubiera imaginado que Spencer fuese a mencionarlo a él ni a ningún miembro de su familia en su testamento. Mientras Eli seguía acercándose a ella la boca se le secó y sintió que una ola de calor la invadía al recordar la noche de pasión que habían compartido.

Aún enfadado como estaba, conseguía hacer que el pulso se le disparara. Si se acercaba un poco más podría incluso oír los latidos de su corazón.

Cuando se detuvo a unos centímetros de ella Lara pudo oler el aroma de su loción de afeitar. Con el traje azul marino que llevaba estaba increíblemente guapo y no podía dejar de admirar sus perfectas facciones.

—¿Por qué te fuiste sin decir nada?

—Porque descubrí que eres un Ashton —respondió ella—. ¿No te parece ésa razón más que suficiente para que pusiera los pies en polvorosa? —le dijo. Se sentía irritada consigo misma por cómo la afectaba, pero no podía evitarlo—. Eres hijo de Spencer Ashton.

—¡No vuelvas a decir eso! No me parezco en nada a ese bastardo. —masculló Eli apretando la mandíbula.

—Ya lo creo que eres como él; actúas igual que...

—No lo digas —le ordenó él agarrándola por el hombro y dirigiéndole una mirada dura y gélida—. Yo no soy como él, y espero no llegar a parecerme nunca a él.

—Pero tienes sus mismos ojos. Todos los Ashton tienen esos mismos ojos verdes —replicó ella—. De todos modos ya no está entre nosotros... y me alegro. No quiero tener nada que ver con ningún

Ashton —dijo recordando las manos largas de Spencer.

—Pues perdona que te diga que no lo entiendo. Si no quieres nada con ninguno de nosotros, ¿cómo es que trabajas en esta casa? Eres libre y hay un montón de puestos de trabajo pero elegiste éste.

—Me crié aquí porque mi madre es el ama de llaves y me he quedado por ella.

—He estado buscándote desde el otro día —dijo Eli abriéndose la chaqueta del traje y poniendo la mano en la cadera.

Resultaba casi intimidante, pero su mirada era tan magnética que Lara nunca podría sentir temor de él.

—Claro que nunca se me habría ocurrido buscarte aquí —añadió Eli—. Bien, ya sabes que soy un Ashton. ¿Vas a decirme cuál es tu apellido?

—Hunter.

—Bueno, Lara Hunter, espero que no tengas intención de volver a desaparecer porque me gustaría que llegáramos a conocernos un poco mejor... mucho mejor.

—¿Por qué querría un hombre como tú conocerme mejor? Somos como el fuego y el hielo. El uno acabaría destruyendo al otro.

—Yo creo que una comparación mejor sería fuego y dinamita. —matizó él en un tono muy sensual—. La química que hay entre nosotros es espectacular.

—Estás hablando de sexo.

—Ya lo creo que estoy hablando de sexo. Hacer el amor contigo fue increíble.

—Pues si eso es lo único que quieres, conmigo no cuentes —le contestó Lara en un tono lo más impertinente posible para bajarle un poco los humos.

Eli se acercó un poco más a ella y escruto su rostro con los ojos entornados.

—La otra noche no había este antagonismo entre nosotros. —murmuró.

—Porque ni loca habría creído que fueras un Ashton.

—Lucas Sheppard, mi padrastro, es el hombre que me crió y a quien considero mi padre. No me parezco en nada a Spencer —le insistió él con aspereza.

—Eso me resulta difícil de creer. —replicó ella, cada vez más irritada porque quisiera imponerle su voluntad—. La sangre de Spencer corre por tus venas y eres tan obstinado como él. Esta conversación es la prueba.

—Tampoco tú te quedas corta y no tienes un ápice de la sangre de Spencer en tus venas. —le espetó él.

Extendió una mano y le alisó el cuello del uniforme, aunque no tenía ninguna arruga. El roce de sus dedos provoco en Lara un cosquilleo que le recorrió toda la espalda y, dividida entre la ira y la atracción, intento ignorar aquella sensación.

—El testamento de Spencer te menciona a ti o a alguien de tu familia, ¿no es así? —inquirió para cambiar de tema—. Si no no estarías aquí.

Eli dejo caer la mano y cerró los puños al tiempo que apretaba la mandíbula.

—Si, y nos ha legado la misma cantidad a cada uno: un dólar.

—¡Un dólar! —exclamo Lara olvidándose por un momento de su propia irritación. Comprendía que Eli estuviese tan furioso. De hecho, además de furioso también debía estar dolido.

—Me gustaría que volviéramos a vernos, Lara. —insistió el como si prefiriera olvidarse de eso— Deja que te invite a cenar esta noche.

—No pienso salir con un Ashton —contestó ella con firmeza—. Y aunque quisiera salir contigo... cosa que no quiero... no podría por mi trapajo.

—¿Por tu trabajo? ¿Qué tiene que ver tu trabajo? —inquirió él—. ¿Acaso les vendiste tu alma al firmar el contrato de empleo? -inquirió con sorna.

—No, pero podría poner en peligro el puesto de mi madre además del mío. —Si os despidieran a alguna de las dos por eso resultaría bastante irónico. Por las cosas que hizo Spencer esta familia y la mía se han visto envueltas en el escándalo. Nosotros pensábamos que éramos la única familia que tenía Spencer antes de que dejara a mi madre y se casara con Lilah, pero resultó que había estado casado anteriormente con una mujer de Nebraska y no se había divorciado de ella, así que cometió bigamia al contraer matrimonio con mi madre. ¡Cómo se cebaron los medios con aquello! Los escarceos que tuvo Spencer son de dominio publico. Lo último que se ha sabido es que tuvo un hijo ilegítimo con una mujer que fue su secretaria, y con lo de hoy pronto los periódicos contarán cómo mi familia ha sufrido un desprecio mas de ese canalla aun después de muerto. Y no sólo eso, ha sido asesinado y no se sabe quien ha sido. La lista es interminable: ¡Quién sabe que nuevo escándalo surgirá mañana! No van a despedirte por salir conmigo, Lara, aunque no puedan verme ni en pintura.

Sus palabras destilaban una honda amargura y Lara se sintió mal por él. Probablemente sólo había sido un chiquillo cuando Spencer los abandonó a su familia y a él. Aquello debía haberle hecho mucho

daño.

—Y tampoco creo que vayan a despedir a tu madre porque salgas conmigo —continuó Eli—. Además, ni siquiera tienen por qué enterarse. Podríamos salir del valle, si quieres. San Francisco no está lejos. Podríamos ir a cenar allí esta noche.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? —le espetó ella irritada—. ¡En eso precisamente es en lo que te pareces a tu padre! —exclamó sintiendo que se evaporaba la lástima que había sentido por él hacía un momento.

—Deja de decir eso -casi le exigió él mirándola con ojos relampagueantes—. Que tenga claro qué es lo que quiero y que no ceje hasta conseguirlo no significa que sea como él.

—Muy bien, ¡pues hemos llegado a un punto muerto, porque yo no pienso ceder! —le dijo ella alzando la voz e inclinándose hacia él.

Siempre había sido capaz de controlar su genio, pero parecía que Eli tuviera una habilidad especial para sacarla de sus casillas. Estaban los dos a unos centímetros del otro, mirándose fijamente a los ojos, y a pesar de la ira que bullía en su interior Lara no quería en ese momento otra cosa más que rodearle el cuello con los brazos y besarlo.

Eli parecía estar pensando lo mismo porque de pronto la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí, casi con violencia, para tomar sus labios en un beso apasionado y posesivo. El corazón de Lara palpitó con fuerza. Entrelazó los brazos en torno a su cuello, tal y como había ansiado hacer y se puso de puntillas respondiéndole afanosa y dejando a un lado la ira.

Pronto comenzaron a asaltarla recuerdos de la noche de pasión que habían compartido. Se había jurado que no dejaría que la besase de nuevo, que ni siquiera volvería a hablar con él, pero allí estaba, haciendo todo lo contrario de lo que su sentido común le aconsejaba.

Tenía que parar aquello. Si entraba Trace Ashton o algún otro miembro de la familia probablemente la despedirían en el acto por confraternizar con el enemigo. No quería parar, no quería dejar de besar a Eli… pero tenía que hacerlo.

—¡No! —exclamó Lara despegando sus labios de los de Eli y apartándose de él—. No podemos besarnos aquí.

—Bueno, estoy de acuerdo en que no es el mejor de los sitios. —asintió Eli con voz ronca.

La ira que había refulgido momentos antes en su mirada se había convertido en un deseo tan ardiente que el pulso de Lara se disparo de nuevo.

—Mira, Eli, aunque no seas exactamente como Spencer y aunque a Lilah Ashton no le importara que saliese contigo no es una buena idea que sigamos viéndonos, y por una razón muy simple… —le dijo la joven intentando hacerle razonar—: nuestros mundos son radicalmente distintos. La gente de tu clase no se mezcla con gente de la mía.

—Al diablo con eso. —replicó él—. ¡Ni que estuviéramos en la Edad Media! Quiero que volvamos a vernos, Lara. —le dijo de nuevo tomándola por los hombros—. Deja que te lleve a cenar esta noche a algún sitio donde podamos hablar. Si Trace me encuentra aquí es posible que acabemos a puñetazos, pero no pienso irme hasta que me digas que sí.

Lara suspiró hastiada.

—Está bien, de acuerdo -capituló

—Estupendo. ¿Qué te parece si quedamos a las siete? ... en el mismo sitio que la semana pasada.

—Bien, pero quiero que sepas que hago esto en contra de mi criterio —masculló.

—Pero tu corazón desea esto tanto como el mío. —murmuró él—. ¿Quieres ver lo rápido que está latiendo en este momento?

—¡No, no quiero! —le espetó ella irritada. Eli se rió divertido.

—De acuerdo, de acuerdo, tranquila, pero te aseguro que está latiendo como un loco.

Estaba sólo a unos centímetros de ella, y volviendo a inclinarse hacia delante tomó de nuevo sus labios antes de que pudiera reaccionar.

Una vez más había vuelto a pillarla con la guardia baja. Lara lo agarró por los brazos con la intención de empujarlo para apartarlo de ella porque no quería arriesgarse a que entrase alguien y los encontrase besándose, pero en vez de eso se encontró respondiéndole con idéntico ardor.

—Gracias al Cielo que te he encontrado. —murmuró Eli con voz ronca, cuando finalmente despegó sus labios de los de ella.

—No deberías decir eso —replicó Lara en un susurro, ansiando a pesar de todo que volviera a besarla de nuevo—. Esto puede acabar en desastre.

—Hasta esta noche, Lara —se despidió Eli.

Se apartó de ella y se dirigió a la puerta, pero al llegar a ella se volvió para mirarla y Lara se dio cuenta de que no se había movido y que estaba conteniendo el aliento. Además, los labios todavía le cosquilleaban por sus besos, y los latidos de su corazón aún no se habían normalizado.

Cuando salió finalmente de la habitación Lara inspiró profundamente y lo siguió al pasillo. Cuando hubo salido de la mansión, cerrando la puerta tras de sí, corrió a una de las ventanas.

Eli estaba ya metiéndose en su deportivo negro y a los pocos segundos se alejaba de allí.

Lara volvió a suspirar, y cuando se giró se encontró cara a cara con Irena Hunter, su madre que la miró de un modo extraño.

La joven comprendió de pronto que debía tener la ropa arrugada, el cabello despeinado, y que probablemente sus labios estaban enrojecidos e hinchados por los besos de Eli. Sus mejillas se tiñeron de rubor.

—¿Quién era ese hombre? —inquirió su madre.

—Eli Ashton.

—¿Un Ashton?

—Sí, de los Ashton de Las Viñas —respondió Lara.

—¿Y lo conoces?

—Sí, mamá —respondió ella azorada, mientras se arreglaba como podía el cabello—. Esta noche voy a cenar con él.

—Niña, niña... ¿cómo no me has dicho nada? —le dijo su madre en tono de reproche—. ¡Mi hija saliendo con un Ashton! —exclamó para horror de Lara, mirando hacia el techo con una sonrisa y dando una palmada.

—¡Mamá, que van a oírte! —masculló—. además no estamos saliendo; va a ser sólo esta noche.

—Nunca se sabe, nunca se sabe... ¿Has dicho que va a llevarte a cenar?

Lara suspiró.

—Sí, pero después de esta noche no lo veré más. —le dijo alisándose el uniforme—. Y ahora que se ha ido voy a volver al comedor porque tengo que sacar la plata para limpiarla.

Como si no la hubiese escuchado su madre se rió como una chiquilla y salió del comedor... probablemente para contárselo a todo el mundo, pensó Lara contrayendo el rostro.

Entró de nuevo en el comedor, tomó una bandeja de plata del aparador, colocó sobre ella varias fuentes pequeñas, los cubiertos, y se la llevó a la cocina.

Allí estaba su amiga Franci, que nada más verla entrar la miró con curiosidad. Lara imaginaba por qué.

Franci estaba limpiando una salsera, y Lara dejó la bandeja sobre la mesa para unirse a ella.

—Bueno, ¿qué? ¿Dónde va a llevarte a cenar Eli Ashton? —inquirió su amiga como si no pudiera contenerse más.

—¿Cómo sabes que voy a cenar con él?

—Nos lo ha contado tu madre -respondió Franci.

Lara sacudió la cabeza. —Es incorregible. Si esto llega a oídos de Lilah podemos tener problemas las dos.

—Lo dudo —replicó su amiga—. Tu madre y tú sois buenas trabajadoras y no os va a despedir por una cosa así. ¿Qué más le dará que Eli Ashton lleve a una de sus doncellas a cenar? —le insistio—. Bueno, y cambiando de tema... ¿sabes ya que te vas a poner?

—No, no tengo ni idea.

—Pues si quieres a la hora del almuerzo subimos y te ayudo a elegir algo.

— Franci, no se trata de una cita especial ni nada parecido. No tengo ningún interés en Eli Ashton —le dijo Lara. Su voz, sin embargo, no sonó muy convencida— No hay lugar para un hombre en mi vida, y además estoy convencida de que él tampoco quiere una relación seria, así que...

—Eso no puedes saberlo. —replicó Franci—. Yo creo que él si está interesado en ti.

—Como entretenimiento. —mascúlló Lara—No debería haber aceptado su invitación. Es demasiado autoritario para mi gusto.

—Bah, lo que pasa es que a ti te irrita no tener el control.

—Supongo... igual que a él.

—A mí me parece que estás loquita por él. —dijo Franci con una sonrisa traviesa.

Lara frunció el entrecejo.

—Pues claro que no. Es arrogante y controlador, y cabezota...

—O sea, que sois tal para cual —concluyó Franci riéndose—. Admítelo, has aceptado su invitación porque te gusta y porque saltan chispas cuando estás con él.

—Más o menos. No me agrada ese afán que tiene de salirse con la suya en cada momento, aunque supongo que esa obsesión que tiene con el control se remonta a su infancia, cuando Spencer los abandonó a su familia y a él.

—Probablemente —asintió Franci—. Todos sabemos la clase de sanguijuela que era Spencer Ashton —añadió.

Tomó la bandeja y la llevó al fregadero para quitarle los restos del líquido abrillantador.

Mientras la enjuagaba bajo el grifo, Lara siguió pensando en Eli.

¿Por que no había sido capaz de rechazar su invitación?.

Probablemente no se debía a una sola razón, se dijo. Por un lado lo que habían compartido en el hotel el día que se habían conocido había sido increíble, y por otro el descubrir el dolor que sentía aún por el daño que les había hecho Spencer la había llevado a entenderlo mejor. Una parte de ella ansiaba consolarlo, rescatarlo de las garras del rencor y el desencanto...

«Sí, claro, como si le hiciese falta que lo rescaten de nada...», se dijo con ironía.

El entusiasmo por haber encontrado a Lara y la emoción de ir a verla de nuevo esa noche elevaron los ánimos de Eli, pero a medida que se fue acercando a Las Viñas la lectura del testamento volvió a su mente. Con cada kilómetro de la carretera que avanzaba su ira fue en aumento, y cuando llegó a la finca estaba de nuevo de un humor de perros. Nada más bajarse del coche se dirigió a las bodegas, al despacho de su hermano. A lo largo de los años había acabado por convertirse en una costumbre acudir a él cuando se sentía frustrado o irritado por algo.

Jillián estaba en la renovada sala de catas explicándole las cualidades de sus vinos a un grupo de turistas. Cuando lo vio entrar la expresión ceñuda de su rostro la hizo parpadear y se quedo callada un momento, pero rápidamente reto-
mó el hilo de lo que estaba diciendo.

Subió los escalones dos en dos y entró en el despacho de Colé sin llamar. Su hermano alzo la vista de su ordenado escritorio, pero no pareció sorprendido de verlo tan irritado.

—¿Qué?, ¿qué es lo que ha hecho ese bastardo?, ¿no dejarnos ni un centavo?

—No, ha conseguido que sea muchísimo más insultante —mascullό Eli caminando arriba y abajo como un león enjaulado.

Se detuvo un momento para quitarse la chaqueta, la arrojó sobre una silla, y después de desanudarse la corbata la tiró encima de ella.

—¿Vas a contármelo o qué?

—Le ha dejado un dólar a mamá, y un dólar a cada uno de nosotros cuatro.

Colé apretó la mandíbula. —No debería sorprenderme, pero... diablos, ¿cómo se puede ser tan canalla? —dijo sacudiendo la cabeza y apartando el rostro. Tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos de su sillón de cuero y luego apretó el puño antes de empujar el asiento hacia atrás y ponerse de pie—. ¿Y que? ¿se lo ha dejado todo a Lilah?

—No. Sus acciones de la Corporación Ashton-Lattimer han ido a

parar a Walker Ashton.

—Maldito sea —mascullo Cole frotándose la nuca irritado—. Mi único consuelo es que ahora mismo no valen demasiado. El valor de esas acciones cayo cuando salto el escándalo sobre el primer matrimonio de Spencer y volvió a bajar hace poco cuando se divulgó lo del pequeño Jack.

—Sí, pero volverán a subir —dijo Eli pasándose una mano por el cabello—. A Charlotte, su hermana, le ha dejado veinte mil dólares.

—Lo cual no es mucho considerando las propiedades que tenía —murmuró Colé—. Supongo que no le tenía mucha simpatía.

—Sí, probablemente opinaba que llevaba demasiada sangre india en las venas —dijo Eli.

—¿Y la finca, a quién se la ha dejado?

—Las tierras, la bodega, y el dinero de sus cuentas se repartirá entre Lilah y sus tres hijos.

—Claro, cómo no… —masculló Colé con ironía—... aunque me ha sorprendido lo de Walker.

—No entiendo por qué. —le dijo su hermano—. Era su ojito derecho. Cuando terminó la lectura del testamento Walker me dijo que no debería haber ido, y Trace amenazó con echarme si no me marchaba.

—¿Pegaste a alguien? —inquirió Colé curioso.

—No. Te habrías sentido orgulloso de mí. Claro que si Trace hubiera hecho un solo comentario hiriente más estoy seguro de que le habría dado un puñetazo. Y tengo que confesarte que casi estaba deseando que lo hiciera para tener una excusa. Colé resopló.

—En ese caso me alegra que no lo hiciera. No e s momento de ir por ahí pegando a la gente cuando la policía está buscando al asesino de Spencer.

—A mí me da igual. —replicó Eli—. Estuve trabajando toda la noche, y uno de nuestros empleados estaba conmigo, así que tengo coartada. Mas le vale a Trace no tocarme las narices.

Colé se encogió de hombros.

—No creo que vaya a venir aquí a provocarte, y tú tampoco tienes ninguna razón para volver por allí.

Eli sacudió la cabeza indignado.

—Lilah echó a Mercedes y a Jillian, igual que echó a Anna y al pequeño Jack, y tampoco permitieron que Grant pusiera allí los pies. Esa maldita gente... —masculló. Puso las manos en las caderas y miró a su hermano—. Colé, voy a llamar a
nuestro abogado. Voy a intentar impugnar el testamento.

—¿Por qué?

Eli lo miró irritado. —¿Qué diablos quieres decir con eso de «por qué»? ¿Quieres que dejemos que ese hijo de perra se salga con la suya aun después de muerto?

—No quiero nada de él —le dijo Colé con aspereza—. Nos las hemos apañado bien sin su ayuda y sin su dinero. Ve a meter la cabeza en agua fría. Ahora mismo no estás pensando con claridad.

—¡Y una mierda que no! —le soltó Eli—. Los medios no nos dejarán tranquilos si no impugnamos el testamento. Estamos envueltos en los escándalos de Spencer lo queramos o no. Cuando supimos que no se había divorciado de su primera esposa y quise averiguar si no podríamos recuperar la herencia que por derecho propio le correspondía a mamá, me convencisteis de que no lo hiciera porque mamá no quería que nos buscásemos problemas, pero su matrimonio con mamá no fue legal, así que ese bastardo no debería haber heredado las propiedades del abuelo.

Colé apretó los labios.

—Ya sabes en qué nos convierte el admitir la nulidad del matrimonio de Spencer con mamá —le dijo—. No necesitamos más escándalos.

—¿Qué importa uno más? —le espetó Eli—. Me da igual lo que pienses, Colé, vamos a impugnar el testamento porque nosotros también somos familia de Spencer. Por mucho que lo detestemos llevamos su sangre en nuestras venas.

Colé lo escrutó con los ojos entornados. —Será mejor que lo discutas antes con el resto de la familia, porque si de verdad piensas hacerlo papá, mamá, y nuestras hermanas también se verán afectados.

—Sí, claro, ¿y por qué no le pedimos también opinión a Grant, a Anna, a tu esposa, y al marido de Jillian? —le espetó Eli con sarcasmo, apretando los puños y mirándolo irritado—. ¿O quizá prefieres que escribamos en un papel los pros y los contras?

—Intentar ver qué consecuencias puede tener algo es la forma adulta de tratar las cosas —le dijo Cole con severidad—. Y sí, también les pediremos a Grant, a Anna, a Dixie, y a Seth que estén presentes, porque ellos también tienen parte en este asunto.

—Esta bien, maldita sea, lo discutiremos todos juntos —mascculló Eli pasándose de nuevo una mano por el cabello. En el fondo sabía que era así como debían hacerlo—. Reunamos a todo el mundo y hablemos de ello.

Colé le echó un vistazo a su reloj.

—Jillian está con un grupo de turistas y aún le queda un rato; Mercedes probablemente estará en su despacho; y papá y mamá están

en casa. Los llamaré para que nos reunamos, pero tendremos que esperar a que Jillian terminé.

—Shannon puede reemplazarla.

—Veré si está libre —contestó su hermano tomando el teléfono.

Eli se dirigió a la ventana mientras Colé hablaba, y en su mente no podía dejar de ver los viñedos de la finca Ashton.

—Ese condenado Spencer... —masculló entre dientes.

Colé hizo un par de llamadas más y se volvió hacia él.

—Listo. Nos reuniremos en casa dentro de treinta minutos, en la biblioteca. Para entonces Jillian ya habrá acabado. Estaremos todos menos Seth, que es probable que no pueda venir. ¿Satisfecho?

—A ti no te parece bien la idea de impugnar el testamento, ¿no es así?

Colé volvió a frotarse la nuca.

—Lo que creo es que debemos meditarlo un poco, antes de hacer algo de lo que luego tengamos que arrepentimos cuando no haya vuelta atrás. Y estoy de acuerdo con mamá en una cosa: no tenemos por qué meternos en esos berenjenales. Vivimos desahogadamente y no necesitamos nada de ese canalla.

—Sí, pero sería como dejar que volviera a pisotearnos —insistió Eli —. Su maldito testamento hizo que me hirviera la sangre. No veo qué tenemos que perder.

—Ni yo qué podemos ganar —replicó Colé—. Dudo que consigamos cambiar nada.

—Eso dependerá de nuestro abogado y de los tribunales —le dijo Eli—. Y también podemos liar las cosas de manera que Lilah y los demás tarden mucho, mucho tiempo en ver un solo centavo.

—No creo que de verdad quieras hacer eso —murmuró su hermano —. Puede que Trace y Walker te hayan puesto furioso, pero no tienen la culpa de las cosas que hizo Spencer, ni tampoco Megan y Paige. Ellos no nos han hecho nada, Eli.

—Ya, estupendo, así que todo se reduce a la ira que yo siento hacia ese bastardo. Será mejor que lo dejemos porque no llegaremos a entendernos nunca —masculló-. Nos vemos en la biblioteca —se despidió tomando su chaqueta y su corbata para luego dirigirse hacia a la puerta.

—¡Procura calmarte un poco! -le dijo Colé mientras salía.

Treinta minutos después la irritación de Eli no se había disipado en absoluto. Incapaz de quedarse quieto se puso a pasearse arriba y abajo mientras esperaban a Colé. Lucas estaba sentado en silencio con su madre en un sofá, sus hermanas en otro charlando en voz baja, y

Dixie, la esposa de Colé, en un sillón.

Cuando entró Colé al poco rato y cerró la puerta todos giraron la cabeza hacia él.

—Perdón por el retraso —dijo—. Tenía que hacer una llamada. Jillian, ¿podrá venir Seth finalmente?

Su hermana negó con la cabeza. —Le habría gustado estar presente, pero tenía una cita de trabajo. Me dijo que empezáramos sin él y que si podía se acercaría luego.

—Podríamos posponer la reunión a esta noche —propuso Colé.

Jill volvió a sacudir la cabeza. —No, estamos bastantes como para tomar una
decisión. Eli nos ha contado lo del testamento—dijo.

Aprovechando que lo había mencionado Eli tomó la palabra.

—Lo que me gustaría es saber si estaríamos todos de acuerdo en llamar a Sidney Pollard, el abogado de la familia, y pedirle que averigüe si podríamos conseguir algo impugnando el testamento. Cuando sepamos qué posibilidades habría nos reuniríamos de nuevo y decidiríamos si hacerlo o no. Personalmente sigo pensando que debería averiguar también si verdaderamente Spencer tenía derecho a heredar lo que le legó el abuelo aun cuando su matrimonio con mamá no fue legal.

—Yo personalmente creo que deberíamos olvidarnos del dichoso testamento y seguir con nuestras vidas —intervino Colé, que se había sentado en una silla cerca de Dixie—. Mamá no quiere que nos involucremos en una batalla legal Además, tenemos todo lo que podríamos desear y no creo que sirva de mucho impugnarlo. Cuando Spencer lo redactó la cabeza le regía perfectamente y cortó todos sus vínculos con nosotros hace años, así que... ¿por qué habría de habernos dejado nada?

—Porque para empezar la finca, la casa, las tierras, la Corporación Ashton-Latimmer... todo eso era nuestro —respondió Eli—. Y porque era nuestro padre.

—Y nada de eso le importó nunca —apuntó Colé—. ¿Qué opináis los demás? ¿Mamá?

Caroline miró a su esposo Lucas y luego a cada uno de sus hijos antes de posar la vista en Eli.

—Renuncié voluntariamente a la herencia de mi padre hace años por vosotros, mis hijos, y hemos salido adelante todos juntos. ¿Por qué remover algo que sólo puede traernos más disgustos? Creo que sería una pelea encarnizada y . amarga, y no querría tener que pasar por ello —murmuró con expresión preocupada.

—¿Papá? —preguntó Colé.

Lucas se acarició la barbilla en silencio, como si estuviera pensando qué debía contestar. Al cabo de un rato alzó el rostro y fijó sus ojos en Eli. —Personalmente no creo que se consiguiera nada impugnándolo —dijo—, y también creo que deberíamos tener en consideración lo que quiere tu madre.

—Jillie —dijo Colé—. ¿Qué opinas tú?

—Yo tampoco creo que debamos hacerlo, creará más tensión entre nuestras familias

—¿Y a quién le importa eso? —le espetó Eli.

—A mí me importa —replicó su hermana—. Cuando Mercedes y yo fuimos allí Paige y Megan Ashton fueron amables con nosotras. Fue Lilah quien nos echó de allí. No veo qué sentido tiene continuar con un enfrentamiento del que Spencer era el causante.

—¿Dixie? —inquirió Colé volviéndose hacia su esposa.

Dixie se encogió de hombros. —Hace muy poco que he entrado a ser parte de la familia.

—Pero puedes tener tu opinión —dijo Colé—. Si impugnáramos el testamento la presión mediática te afectaría tanto como al resto de nosotros.

—Lo siento, pero si tuviera que decidir yo, no lo haría. —le dijo Dixie a Eli.

Él asintió con la cabeza. Agradecía su sinceridad aunque no estuviese de acuerdo con su opinión.

—¿Mercedes? —inquirió Colé girando el rostro hacia su otra hermana.

—Comprendo la postura de Eli, pero también la de los demás —contestó ella.

—Así que estoy en minoría. —murmuró Eli decepcionado, pasándose una mano por el cabello.

—¿Por qué no nos dejas que lo pensamos un poco? —le sugirió su madre. Espera un par de semanas.

—¿Y no podría al menos Colé pedirle a Sydney que indagara qué probabilidades tendríamos de conseguir algo impugnando el testamento? —inquirió Eli.

—Como ha dicho mamá será mejor dejar pasar un par de semanas —intervino Colé. Eli lo miró irritado.

—Spencer cometió bigamia. Nuestro abuelo se refirió a él en su testamento como «mi yerno», y Spencer no era su yerno ante la ley. Eso significaría que podríamos impugnar el testamento y recobrar las acciones de la empresa del abuelo y la finca. No podemos dejar las cosas como están.

—¡Sí que podemos si mamá es feliz así! —lo reprendió Colé, que

estaba empezando a perder la paciencia.

—Colé... Eli... por favor. —les rogó su madre en un tono conciliador—. Pensaremos en ello, Eli, pero no querría hacer algo así sólo para buscar venganza.

Eli apretó los labios y asintió con la cabeza. —Está bien, pero pensadlo.

Durante la tarde Lara estuvo cumpliendo con sus quehaceres como un autómata. No podía dejar de pensar en Eli, y cuando llego la hora de prepararse para su cita con él subió corriendo a su habitación.

Se dio una ducha y se puso el vestido morado sin mangas que Franci le había ayudado a escoger. Prendió un broche de plata con forma de rosa en el pico del escote, se recogió parte del cabello con horquillas dejando sueltos varios mechones en la parte de la nuca, y al hacerlo no pudo evitar recordar lo excitante que había sido que Eli se las quitara una a una aquella noche.

Esa mañana había sido verlo cuando había entrado en el comedor y se había estremecido por dentro. Sólo iba a cenar con él, se recordó intentando calmarse, nada más.

Cuando bajó Franci y su madre estaban esperándola para despedirla.

—Estás despampanante —le dijo Franci—. Lo vas a dejar impresionado; ya lo verás.

—Franci, ya te he dicho que no hay sitio en mi vida para Eli Ashton... ni para ningún otro hombre —le insistió Lara-. Y aunque lo hubiera estoy segura de que acabaría con el corazón roto.

—No seas tan pesimista cariño —le reprochó su madre—. Es obvio que está interesado en ti.

—Si, ya, seguro. Bueno, os veo luego —se despidió Lara con un suspiro, antes de meterse en su coche.

Sin embargo, a pesar de sus palabras durante el trayecto hasta Napa apenas podía contener la excitación. Sabía que no debería haber accedido a cenar con él, y que no debería estar tan ilusionada con volver a verlo, pero no podía reme-
diarlo.

—Ésta será la última vez que nos veamos Eli Ashton. —murmuró entre dientes mientras aparcaba frente al pub junto al río donde habían ido la vez anterior. El deportivo de Eli ya estaba allí y cuando lo vio bajarse de él su corazón palpitó con fuerza.

Mientras se acercaban el uno al otro Eli la recorrió con la mirada con una sonrisa picara, como si le gustara lo que estaba viendo, y cuando llegó junto a ella le tomó la mano y se la apretó suavemente.

Lara se estremeció, y se preguntó cómo iba a ser capaz de resistirse a sus encantos cuando el más leve contacto la hacía reaccionar así.

—Ven, deja el coche aquí. Volveremos a recogerlo.

—¿Adonde vamos? —inquirió ella curiosa.

—Es una sorpresa.

Capítulo Seis

He alquilado un avión privado —dijo Eli sosteniéndole la puerta a Lara para que entrara en su coche—. Voy a llevarte a San Francisco a cenar y a bailar.

—Vaya, ese plan suena fantástico —respondió ella.

Sin embargo, el imaginarse bailando con él hizo que sintiera un cosquilleo nervioso en el estómago. Iba a resultarle más difícil de lo que había pensado resistirse a sus encantos esa noche.

Ya dentro del avión privado la azafata les dio la bienvenida y los condujo a dos cómodos asientos junto a una de las ventanillas, con una mesita entre ellos. Les pidió que se abrocharan los cinturones pues despegarían en breve y se fue a la cabina.

Minutos después el pequeño avión comenzaba a avanzar por la pista. Lara giró la cabeza, hacia la ventanilla y miró fuera, casi pegando la nariz contra el cristal, para no perderse el despegue. Pronto empezaron a elevarse, y el paisaje fue empequeñeciendo antes sus ojos.

—¡Oh, es precioso! —exclamó emocionada. Cuando volvió el rostro se encontró con que

Eli estaba mirándola con una sonrisa curiosa en los labios.

—Es que es la primera vez que viajo en avión —le confesó ella.

De nuevo volvían a evidenciarse las diferencias entre ellos. Él debía haber volado docenas de veces, dentro y fuera del país, mientras que ella no había salido del estado.

—¿De veras? En ese caso me alegra que se me ocurriera esta idea —dijo Eli.

Mientras sobrevolaban Napa y se dirigían al sur, Lara siguió mirando por la ventanilla.

—Dios, es impresionante… Y vamos tan rápido… —murmuró. Al volver el rostro vio que Eli seguía sonriendo y girando la cabeza de nuevo hacia la ventanilla dijo azorada—: Debo parecerte una niña pequeña.

—No me pareces una niña pequeña. —replicó él—. Es bonito verte tan entusiasmada.

Tan pronto como hubieron alcanzado la altitud de vuelo reapareció la azafata con una copa de Chardonnay.

—Por tu primer vuelo —dijo Eli levantando su copa cuando se hubieron quedado a solas de nuevo.

—Gracias —respondió Lara brindando con él. Eli la observó por encima del borde de su copa mientras tomaba un sorbo. —Esta vez

pienso aprovechar la oportunidad para saber mas cosas de ti —le dijo.

—No hay mucho que saber —respondió ella—. llevo una vida de lo más normal. Trabajo como doncella en la mansión Ashton y en otoño volveré a mis estudios de Derecho en la universidad.

—¿Y cuánto hace que tu madre es ama de llaves de los Ashton?

—Quince años. Yo tenía once cuando consiguió el puesto. Mi padre había fallecido de un ataque al corazón el año anterior.

—Vaya, lo siento mucho. ¿Y te gusta trabajar allí... aparte de lo que tuvieras que aguantarle a Spencer?

—No puedo quejarme. —contestó Lara—. El resto de la familia es agradable, y tengo buenas amistades entre los empleados del servicio.

—¿Sabes? Me alegro de haber ido a la lectura del testamento. Si no quizá no habríamos vuelto a vernos.

—Eli, he aceptado venir a cenar contigo esta noche, pero sólo...

Él le impuso silencio colocando el índice sobre sus labios.

—Por favor, no empieces otra vez con eso de que no podemos vernos porque pertenecemos a clases distintas o porque soy hijo de Spencer Ashton.

—Eres muy obstinado, Eli; las cosas tienen que ser como tú quieres que sean. Ya te lo dije el día que nos conocimos y...

—He tenido que ser obstinado para sobrevivir —la interrumpió él —. Spencer nos abandonó cuando yo tenía ocho años. La noche que se marchó lo oí hablando con mi madre en la biblioteca, diciéndole que la dejaba, que no quería volver a saber nada de nosotros. Cuando salió al pasillo intenté golpearlo, pero me lanzó al suelo de una bofetada. —añadió con una nota de profundo resentimiento en su voz.

A Lara se le encogió el corazón y extendió el brazo para tomar su mano y apretársela suavemente.

—Pero no pudo quitarnos las tierras que habían pertenecido a mi abuela —añadió—. Mi madre se vio de pronto sola con cuatro niños pequeños, pero con mucho esfuerzo logró que saliéramos adelante.

—Debió ser una época muy dura para vosotros —murmuró Lara.

—Lo fue... —asintió él—, y cada día doy gracias por que mi madre encontrara a Lucas. Para mí es mi verdadero padre, aunque no fuera quien me engendrara. Le enseñó a mi madre todo lo que hay que saber sobre el cultivo de la uva y la elaboración del vino, y a mí me dejaba ayudarlo encargándome pequeñas tareas; me hacía sentirme útil aunque fuera sólo un niño.

Lara sabía que lo que menos falta le hacía era encontrar nuevos motivos para que le gustara más Eli, pero no pudo evitar sentirse conmovida. Había hecho todo lo que había podido para ayudar a su

familia, y eso era algo muy honorable.

—Alguna vez oí a Spencer hablar con Trace y con Walker de vuestros vinos. Le ponía furioso que fueran mejores que los suyos.

—Me alegro —respondió Eli en un tono áspero—. Quizá sea ésa la razón por la que soy tan obstinado, por la que no cejo hasta conseguir lo que quiero. He tenido que luchar durante tanto tiempo que al final ha terminado por convertirse en un hábito. Al principio era un mero instinto de supervivencia el tratar de ayudar a mi madre en lo que podía, pero luego, cuando crecí toda mi obsesión ha sido hacer mejores vinos que Spencer. Él nunca reconoció nuestros logros.

—Era un hombre muy envidioso —dijo Lara—. De hecho, antes de morir estaba intentando mejorar los métodos de producción para conseguir alcanzaros.

—Lo sé. Contrató a Alexandre Dupree, que es un experto en vinos, para que lo asesorara, pero hacer vinos de calidad requiere dedicación, prestarle atención a los pequeños detalles. En mi familia trabajamos como un equipo, y eso es lo que ha hecho que tengamos éxito. —le explicó Eli—. Mi hermana Mercedes se encarga de las campañas de venta; Jillian, la pequeña, es quien atiende a los visitantes y sería capaz de venderle uno de nuestros vinos a alguien abstemio; yo me ocupo del cuidado de los viñedos… Cuando era niño quería darlo todo por mi familia… y supongo que sigue siendo así. —concluyó con una mirada lejana que hizo preguntarse a Lara si se habría olvidado de su presencia.

Nunca hubiera imaginado que tras el hombre capaz y sofisticado había un alma que había sufrido tanto, que aún estaba dolido por lo que su padre les había hecho, y se dio cuenta por primera vez de lo equivocada que había estado al compararlo con Spencer. Era dominante como él, pero al contrario que Spencer, que había sido un canalla, Eli era una persona admirable.

Los ojos de Eli volvieron a posarse sobre ella y la expresión de su rostro se suavizó.

—No sé si significará algo para ti, pero nunca había hablado de esto con nadie. Mi familia es como una piña; tenemos nuestros más y nuestros menos como todo el mundo, pero nada que al final no acabemos perdonándonos. Hemos tenido que mantenernos unidos todo este tiempo para salir adelante.

—Eso es maravilloso, Eli —murmuró ella.

—¿Y tú?, ¿tienes hermanos o hermanas?

—No, soy hija única, y supongo que por eso me siento aún más responsable de mi madre.

—Bueno, tiene un buen empleo y un lugar confortable donde vivir

—apuntó Eli.

—Sí, pero durante estos quince años ha tenido que soportar las manías de Spencer y Lilah. Se ha ganado a pulso la jubilación y querría poder retirarla pronto. Ésa es mi meta, y el motivo por el que no creo que haya sido una buena idea el volver a vernos esta noche. No quiero complicaciones en mi vida en este momento.

Eli se inclinó hasta que estuvo sólo a unos centímetros de ella y extendió una mano para acariciarle el cuello.

—No es mi intención distraerte de tus objetivos. —le dijo—. Sólo quiero que nos conozcamos un poco mejor.

—Vaya, ahora ya me siento más tranquila. —respondió ella con una sonrisa burlona.

La azafata, reapareció en ese momento con una bandeja de aperitivos, pero Lara declinó el ofrecimiento. ¿Por qué perdía el apetito siempre que estaba con él?, se preguntó, ¿por qué tenía que afectarle de ese modo? Eli la miró de un modo tan intenso que la hizo sentirse hermosa, deseada... y también la hizo estremecerse por dentro. Sus pezones se endurecieron, empujando contra el sujetador de encaje, y sintió que una ola de calor la invadía al recordar el cuerpo desnudo de Eli. Al cabo de un rato la azafata, regresó para retirarles las copas y el piloto anunció por los altavoces que estaban a punto de descender sobre San Francisco.

Cuando bajaron del avión se subieron a una limusina negra que estaba esperándolos en la pista de aterrizaje y los llevó hasta un hotel en el centro de la ciudad. Tomaron el ascensor porque el restaurante estaba en una de las últimas plantas, y el maitre los condujo a la mesa que les habían reservado. Había un hombre tocando el piano en el otro extremo de la sala y varias parejas bailando; la luz vacilante de una vela arrojaba sombras sobre el mantel blanco adornado con un jarrón de rosas rojas; y a través de los amplios ventanales podía contemplarse una vista espectacular de la ciudad. Ya había empezado a anochecer, y estaban empezando a encenderse luces aquí y allá.

Pidieron pescado, pero como les ocurrió la vez anterior, cuando habían cenado juntos, tenían demasiado que decirse y apenas tocaron el vino ni la deliciosa comida.

—¿Quién crees que asesinó a Spencer? —inquirió Lara en un momento dado. Eli se encogió de hombros.

—Imagino que hay mucha gente que tenía algo contra él.

—La policía estuvo haciéndonos preguntas a todos en la mansión —comentó Lara—. Supongo que a tu familia también.

Eli asintió.

—Vinieron a vernos un par de detectives. Yo estaba trabajando la

noche que le dispararon y había un empleado conmigo, así que tengo coartada. Lo digo por si querías saberlo, pero eres demasiado educada como para preguntármelo.

—¡Oh, no! —exclamó Lara al instante, poniéndose roja como una amapola—. Yo no creo que lo mataras; sé que serías incapaz de algo así.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —inquirió

—Pues porque eres una buena persona —le dijo tomándolo de la mano. Aquello fue un error, y lo supo en cuanto vio sus ojos oscurecerse de deseo. Cambió de tema, pero mientras seguían hablando la mano de Eli no dejaba de acariciar la suya, y Lara se sentía a cada segundo más y más hipnotizada por el. De pronto él se puso de pie y le tendió la mano. —Ven, vamos a bailar —le dijo.

Lara dejó que la guiara hasta la pista de baile y cuando él la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí su calor y el olor de su loción de afeitar la hicieron sentirse algo mareada.

—Esto es lo que llevaba soñando con hacer desde esta mañana —murmuró Eli.

Bailaron en silencio un rato, y de repente él dijo:

—Me has dicho que tu intención es retirar a tu madre, pero no cómo piensas hacerlo.

Lara alzó la vista hacia él.

—Quiero ser abogada —contestó—. Y me gustaría llevarla a vivir conmigo. Bueno, quizá no en la misma casa, pero sí querría tenerla cerca de mí. Se merece que ahora que se está haciendo mayor cuide de ella como ella ha hecho conmigo durante toda mi vida.

—Eso es algo admirable.

—Y por eso no quiero que nada me distraiga de mis estudios —añadió Lara. Mientras bailaban sus muslos no dejaban de rozarse con los de Eli, y todo el tiempo acudían a su mente imágenes de ambos haciendo el amor—. No hay sitio para un hombre en mi vida ahora mismo. Además sólo tengo veintiséis años; ya habrá tiempo para eso.

—Y yo sólo tengo treinta y siete. —murmuró él con sarcasmo.

—Oh, Dios mío, ya estás en la tercera edad... —lo pico ella—. ¿No estarás teniendo una de esas crisis que tienen los hombres de mediana edad. ¿Treinta y siete años y nunca te has casado?

—Pues no; sólo he tenido unas cuantas relaciones bastantes desastrosas que preferiría olvidar. ¿Y tú? ¿Veintiséis años y nunca te has casado?

—No, y yo también he tenido varias relaciones desastrosas que preferiría olvidar; hombres dominantes que no me dejaban ni respirar.

—Vaya, así que supongo que yo vengo a ser uno más de esa lista.

Lara frunció los labios. —No lo sé; quizá lo seas.

—Bueno, tengo la esperanza de que haya algo que pueda hacer para que cambies de opinión respecto a mí —dijo él muy serio.

Lara suspiró.

—Ya te lo he dicho, Eli: mi intención es centrarme en mis estudios; no hay espacio en mi vida para una relación.

—¿No te has planteado nunca que una cosa no tiene por qué excluir a la otra?

—No; la carrera de derecho exige mucho tiempo, y además quiero mantener las buenas calificaciones que he ido consiguiendo hasta ahora.

—¿Conoces ese refrán que dice que cuando uno trabaja mucho y se divierte poco se convierte en una persona aburrida?

—Me da igual volverme aburrida. Sé dónde quiero llegar y nada va a distraerme de mi objetivo. Además, seguro que a ti te pasa lo mismo cuando te propones alguna cosa.

—Supongo que sí. Me alegra haberte conocido ahora en verano y que no tengas clases. —dijo Eli inclinándose para lamerle la oreja con la punta de la lengua.

Lara cerró los ojos y decidió disfrutar del momento. Era maravilloso estar entre sus brazos meciéndose al ritmo de aquella suave música con él. Por una noche bien podía divertirse un poco, pensó. Pronto llegaría la medianoche y tendría que volver a su mundo antes de que la carroza se transformase en calabaza y los caballos en ratones.

Bailaron una pieza tras otra, volviendo a su mesa sólo cuando la pianista paró para tomarse un descanso, y tan pronto como volvió a sentarse frente al teclado Eli arrastró a Lara a la pista nuevo.

—Veo que te gusta mucho bailar —observó.

—Lo que me gusta es tenerte entre mis brazos y poder mirarte —respondió él en un murmullo sensual que hizo palpitar el corazón de la joven—. Me gustas muchísimo —le susurró al oído, haciéndola derretirse por dentro como un cubito de hielo.

—Deja de intentar seducirme —lo reprendió ella echándose hacia atrás para poner un mínimo de distancia entre ellos.

—Solo estaba respondiendo a tu pregunta. —replico el—. Y hablando de seducir… me encanta la forma que tienes de moverte.

—¿No te parece que hace un poco de calor aquí? —inquirió Lara. Ella desde luego lo tenía.

—Eso es fácil de remediar. —dijo Eli—. Ven conmigo.

La tomó de la mano y la llevó fuera del comedor. Cuando Lara vio que se detenía frente a uno de los ascensores y pulsaba el botón para

llamarlo el pulso se le disparó. ¿No habría reservado una habitación?

—Eli, ¿adonde me llevas?

—Has dicho que tenías calor y se puede subir al ático; allí hará más fresco.

Cuando por fin llegó el ascensor entraron en él y después de pulsar el botón del ático Eli se volvió para apoyar una mano en la pared, junto a Lara, al tiempo que se inclinaba hacia ella.

—Yo ahora mismo tengo muchísimo calor. —murmuró.

Lara tragó saliva. Estaba demasiado cerca de ella y sus labios resultaban demasiado tentadores.

—Eli, no... -comenzó poniéndole una mano en el pecho para apartarlo.

Pero él ignoró su protesta y cubrió su boca con la suya en un beso que se fue volviendo poco a poco mas apasionado y también más profundo. Incapaz de resistirse, Lara le rodeó el cuello con los brazos y pronto únicamente fue consciente del cuerpo de Eli apretado contra el suyo y de sus labios, dulces y ardientes al mismo tiempo.

Deslizo las manos por su pecho, sintiendo que el deseo estaba apoderándose de ella, y Eli enredó los dedos en su cabello, jugueteando con sus rizos. De pronto sintió una corriente de aire y se dio cuenta de que habían llegado al ático y que las puertas del ascensor se habían abierto.

—Eli... —lo llamó aprovechando que sus labios habían bajado hacia su cuello—. Las puertas...

Eli apretó un botón antes de empezar a besarla otra vez. Las puertas se cerraron y empezaron a bajar. Al cabo de unos minutos, las puertas se abrieron de nuevo. Estaban otra vez en la planta del restaurante. Una pareja subió al ascensor riéndose y Lara se sonrojó antes de que Eli la tomara de la mano y salieran.

Lara creyó que Eli le pediría que se quedaran a pasar la noche allí, pero según parecía se había propuesto comportarse como un caballero y no presionarla, porque no le propuso nada parecido, y después de que pagaran la cena y recogieran sus cosas volvieron al aeropuerto en la limusina.

—Si quieres ver algo verdaderamente increíble no te pierdas la vista de la ciudad de San Francisco cuando despeguemos. —le aconsejó cuando estuvieron sentados dentro del avión.

Minutos después el aparato se elevaba en el aire y, tal como había dicho Eli la vista era increíble, con todas las luces como pequeñas estrellas tintineando allí abajo.

—Es precioso… —murmuró volviéndose hacia Eli—. Gracias por esta velada, ha sido maravillosa.

—Me alegra que lo hayas pasado bien —respondió él.

Ya de regreso en el aeropuerto de Napa volvieron a tomar el coche de Eli y cuando llegaron al pub donde habían quedado en un principio y Lara había dejado su vehículo, Eli se detuvo y apagó el motor para luego volverse hacia ella.

—Mi familia va a celebrar una fiesta para unos vecinos nuevos mañana por la noche. —le dijo—. Se trata de una pareja que ha comprado unas tierras también para producir vino y mi madre quiere que se sientan bienvenidos y presentarles a los demás vecinos.

—Eso es muy amable por su parte, aun cuando vayan a ser competidores vuestros. Tu madre debe ser una gran persona.

—Tiene un corazón de oro. —dijo Eli en un tono cálido que no le pasó desapercibido a Lara—. Ahora mismo tenemos viviendo con nosotros a Jack, el hijo fruto del último escarceo de Spencer, un niño adorable, y a su tía Anna, y además está pasando con nosotros una temporada mi hermanastro, Grant. Y eso no es todo; hace unos meses también tuvimos como huésped a su sobrina, Abigail. —le explicó—. Me gustaba que vinieras a la fiesta conmigo, Lara. Será algo informal, nada...

—No, yo no pintaría nada allí, Eli —lo interrumpió ella.

—Por favor, Lara… —insistió él—. La fiesta será mucho más interesante si vienes tú y además así podrás conocer a mi familia.

—Eli, no creo que sea una buena idea. —murmuró ella—. Ya te he dicho que...

—Lo sé, ya sé que en octubre tendrás que volver a la facultad, pero aún faltan varios meses. La fiesta es a las siete, así que pasaré a recogerte a las seis y media.

—Eli, ¿no has escuchado lo que te he dicho?

—Vamos, Lara, no seas así. Me gustaría muchísimo que vinieras, y estoy seguro de que mi familia te caerá muy bien.

—No lo dudo. —replicó ella—, pero...

—Estupendo, pues a las seis y media. —la cortó él inclinándose para besarla brevemente en los labios—. Te prometo que te alegrarás de venir, ya lo verás.

—¿Es que no entiendes el significado de la palabra «no»?

—Lo entiendo demasiado bien, pero no es la palabra que quiero oír en este momento.

Lara puso los ojos en blanco. —De acuerdo, me rindo.

Eli esbozó una amplia sonrisa y la atrajo hacia sí para besarla de nuevo, esa vez más sensualmente. En fin, se dijo Lara, sería sólo una noche más, y además iba a ser una reunión entre familiares y vecinos, nada más. ¿Qué mal podía hacer aquello?

Cuando sus besos empezaron a volverse demasiado ardientes Lara le puso una mano en el pecho y lo apartó.

—Bueno, pues mañana nos veremos. —le dijo apartándose—. Y no hace falta que vengas a recogerme. Iré yo a vuestra casa en mi coche.

—¿Que hay de malo en que vaya a recogerte?. —quiso saber el.

Lara suspiró exasperada. —Esta bien, ven a recogerme entonces —le dijo—. Pero tendrás que usar la entrada de servicio. Le pediré a alguien que te abra la verja.

—Estupendo, porque dudo que me dejaran entrar por la principal.

—A ver si me he quedado con los nombres de tu familia. —dijo Lara haciendo memoria— Tu hermano se llama Colé.

—Y su esposa, Dixie. —añadió Eli.

—Tus hermanas son Mercedes y Jillian.

—Exacto, y Jillian está casada. Su marido se llama Seth Bennedict y tiene una niña pequeña: Rachel. Son todos gente estupenda, ya lo verás. —le repitió.

—Ya te he dicho que no son ellos los que me preocupan. —le dijo Lara inclinándose hacia delante y pronunciando esas palabras muy despacio, como si Eli estuviese sordo—, sino nosotros.

—Pues por eso tampoco tienes que preocuparte porque no hay un «nosotros».

—Eso dices ahora… —murmuró ella frunciendo los labios—, pero luego no haces más que pedirme que volvamos a vernos. Y si seguimos viéndonos acabará habiendo un «nosotros».

—No necesariamente. —contestó Eli—. Ninguno de los dos queremos una relación seria.

—Si, pero no creo que puedas predecir el futuro. —insistió Lara—. ¿Y si terminamos enamorándonos?

—No tenemos tiempo para el amor, ni tú ni yo. —respondió él—. Nos gusta demasiado tener el control de nuestras vidas como para permitir que alguien nos lo arrebate.

—Quizá sea por eso por lo que chocamos tanto.

Eli enarcó una ceja y asintió.

—Supongo que sí, aunque yo diría que la atracción que sentimos es mayor que ese antagonismo.

—¿Tú crees? —inquirió ella dulcemente.

Eli entornó los ojos. —No lo sé; a ver qué te parece a ti... —murmuró atrayéndola hacia sí para besarla apasionadamente.

—Tengo que irme… —murmuró Lara sin aliento cuando por fin liberó sus labios.

Si no se bajaba en ese momento del coche no saldría nunca de él.

Se bajaron los dos y Eli la acompañó hasta su vehículo.

—Gracias otra vez por esta velada tan maravillosa. —le dijo Lara volviéndose cuando llegaron junto a él—. Ha sido una noche mágica que nunca olvidaré. Cuando estoy contigo me siento como Cenicienta.

—Pues yo no me veo como el príncipe azul, la verdad—respondió él.

Lara iba a decirle que a ella le parecía que era el príncipe azul en muchos sentidos, pero pensó que sena mejor no darle alas.

—Y respecto a Cenicienta… que yo recuerde nunca le dio al príncipe tantos problemas. Se dejó seducir por él y no le llevó nunca la contraria.

—Pues no esperes que yo haga eso —le respondió Lara riéndose.

Eli le rodeó la cintura una vez y la apretó contra sí mientras devoraba sus labios, haciéndola estremecer por dentro.

—Debo irme… —murmuró Lara.

—Lo sé. —respondió él con voz ronca—. Hasta mañana por la noche.

Le abrió la puerta del coche para que entrara y, después de cerrársela y despedirse de ella, se alejó hacia su vehículo.

Capítulo Siete

Al ver a alguien saliendo de la mansión el corazón le dio un vuelco a Lara, pero para su alivio vio que se trataba de Charlotte, que la saludó agitando la mano y le sonrió mientras se alejaba. Lara le devolvió el saludo y Eli siguió su mirada. —Ésa era Charlotte Ashton, ¿no? —inquirió.

—Sí —contestó Lara antes de meterse en el coche de Eli—. ¿La conoces? ...personalmente, quiero decir —le preguntó cuando se hubo sentado al volante.

—No, aunque me gustaría; mi hermana Jillian sí la conoce y dice que es muy agradable.

—Es verdad. —asintió Lara—. Conmigo siempre ha sido muy amable y no me trata como a una sirvienta. Lilah es tan altiva y tan seca que a veces hace que me sienta como si no fuera más que un mueble, pero Charlotte y sus hijas no son como ella.

Durante el resto del corto trayecto Lara habló muy poco, y Eli se preguntó si estaría nerviosa por ir a conocer a su familia. Cuando cruzaron la verja de la finca y la joven vio en la distancia la casa se quedó boquiabierta.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo él.

—Oh, Eli, es preciosa... —murmuró Lara.

—Obra de mi madre —le explicó Eli con orgullo—. La remozo por completo cuando nos vinimos a vivir aquí. No es tan grande como la mansión

Ashton, pero es un hogar y es muy acogedora. —¿Cómo es que todavía vives con tus padres? La verdad es que me sorprende un poco.

—Bueno, hay días en los que tengo que trabajar hasta bien entradas las tres o las cuatro de la mañana, así que agradezco no tener que montarme en el coche para ir a otra casa a dormir. Al poco rato aparcaban ya frente a la casa. —Vamos, te presentaré a todos —le dijo él antes de salir del coche.

Eli la llevó a la parte trasera de la casa, donde había un amplio jardín con patio en el que la familia había montado la fiesta. Había una pequeña orquesta compuesta por un bajo, un clarinete, un violín y una batería, los empleados de una empresa de catering que habían contratado estaban haciendo carne a la brasa, y toda una serie de apetitosos aromas flotaban en el aire. En el patio se habían dispuesto unas mesas con alegres manteles amarillos adornados con centros de flores blancas, y se había conseguido una suave y cálida iluminación con farolillos.

—¡Qué bonito, Eli! —exclamó Lara.

—Mi madre tiene un don especial para la decoración. De hecho, yo creo que hay una cierta vena artística en la familia, aunque yo no la he heredado. Mi hermana Jillian la tiene también.

Ven, te los presentare.

Eli la tomó del brazo y, sorteando a los invitados y a los camareros que se paseaban con bandejas de bebidas, llegaron a donde estaba una mujer de cierta edad charlando con un matrimonio.

—Mamá… —la llamó Eli—. Quiero presentarte a alguien.

La mujer se volvió hacia ellos con una sonrisa.

—Mamá, ésta es Lara Hunter —le dijo Eli—. Lara, te presento a mi madre, Caroline Sheppard. Lara sonrió a Caroline y las dos se estrecha-ron la mano.

—Bienvenida a nuestra fiesta, querida. Me alegra mucho que hayas venido —le dijo la madre de Eli.

Luego se volvió para tomar del brazo a un hombre delgado y de pelo canoso que estaba hablando con otro caballero.

—Éste es mi marido, Lucas —le dijo a Lara—. Ella es Lara, una amiga que ha traído Eli.

—Encantado —la saludó el señor Sheppard estrechándole la mano también con una amable sonrisa—. Como es la primera vez que vienes deberías pedirle a Eli que te enseñe la casa y los alrededores —añadió —... pero no te dejes que empiece a hablar de uvas y de vino porque si no no parará en toda la noche —le advirtió riéndose.

—Bueno, sería interesante porque no sé mucho de eso —le confesó Lara, consciente de la mirada curiosa de la madre de Eli sobre ella.

—Vamos, te presentaré a los demás—le dijo Eli tomándola de nuevo del brazo—. Hasta ahora, papá, hasta ahora, mamá.

Durante los minutos siguientes Lara conoció a toda una serie de amigos y familiares, y trató sin mucho éxito de retener en su mente los nombres de todos. Había demasiados.

Luego Eli le presentó también a los nuevos vecinos en honor de quienes se celebraba la fiesta y se sorprendió de ver lo jóvenes que eran.

—Lara, ellos son Kent y Rita Farrar —le dijo Eli—, los dueños de la finca Viñedos Farrar, que está unos kilómetros al norte de la nuestra. Lara le estrechó la mano a ambos.

—Os agradecemos mucho a tu familia y a ti que nos hayáis dado una bienvenida tan calurosa —le dijo Kent a Eli.

—No hay de qué; estamos encantados de teneros por vecinos... y esperamos que pronto como competidores. Nos vendrá bien para no dormirnos en los laureles.

—Bueno, si conseguimos producir unos vinos que sean al menos la mitad de buenos que los vuestros ya nos daremos por satisfechos. —le dijo Rita con una sonrisa.

—Hay que echarle paciencia… —respondió Eli—, mucho trabajo, cruzar los dedos para que el clima sea propicio... y también tener una pizca de suerte.

—Pero además hay que entender. —matizó Kent—. Este Cabernet Sauvignon es delicioso. —dijo levantando la copa que tenía en la mano.

—Es una cosecha del dos mil uno. —contestó Eli-. Un año excelente.

Estuvieron charlando con ellos un rato más, y luego Eli volvió a alejarse con Lara para presentarle a otros invitados.

—Oh, mira, allí están mi hermano Cole y su esposa Dixie —le dijo-. Mi hermano es quien se ocupa de la contabilidad y las finanzas. Hace un trabajo estupendo... aunque siempre le parece que hago demasiados gastos. Si por él fuera seguiríamos utilizando la maquinaria de hace varios años porque siempre le parece que está perfecta. Es bastante cabezota.

—Seguro que si le preguntaran a él diría lo mismo de ti. —apuntó Lara sonriendo.

Sin embargo, antes de que pudieran llegar donde estaban Colé y Dixie apareció un hombre junto a Eli y le estrechó la mano. Era fuerte y tendría unos cuarenta años. Por sus ojos verdes Lara dedujo que podría tratarse también de un Ashton.

—Lara, te presento a Grant Ashton, mi hermanastro de Nebraska. —le dijo Eli. Grant, ella es mi amiga, Lara Hunter.

Grant tomó la mano de la joven entre las su- vas y se la estrechó con una sonrisa.

—Un placer. —le dijo Lara.

—Lo mismo digo. ¿Tienes ya la cabeza mareada de nombres?

—Un poco, la verdad —admitió ella riéndose—, pero por el momento todo el mundo me está pareciendo muy amable y agradable. Además hacen que una se sienta... bienvenida.

—Si, así es esta familia -respondió Grant—. A mi me acogieron con los brazos abiertos —se volvió hacia Eli—. No he tenido ocasión de hablar contigo, pero me he enterado de lo que pasó ayer en la lectura del testamento. Parece que Spencer fue un canalla hasta el final.

—Así es; no debería haber esperado nada de él —respondió Eli con cierto resentimiento.

—¿De verdad esperabas algo de él, Eli? Trataba a la gente como si

fueran objetos, deshaciéndose de ellos cuando ya no le servían. —inquirió Grant sacudiendo la cabeza—. Pero ahora no es momento para hablar de Spencer. Voy a saludar a tus padres. Acabo de llegar y aún no los he visto. Encantado de conocerte, Lara.

Grant se alejó y Eli volvió a tomar a Lara del brazo.

—El pobre Grant ni siquiera supo que Spencer era su padre hasta el año pasado —le dijo—. Vio una fotografía suya en la televisión y lo reconoció por una vieja foto que tenía su madre.

—¡Cielos! —exclamó Lara volviendo la cabeza para mirarlo por encima del hombro—. Debió ser un verdadero shock. Había oído hablar de él, pero no conocía los detalles.

—Pues ya ves, otro escándalo más de Spencer que salpicó a todos por cuyas vidas había pasado. Grant fue el primer hijo que tuvo. Los abandonó a su madre, a su hermana y a él hace más de cuarenta años. Grant es un hombre sencillo, un ganadero, y una persona excelente —añadió Eli.

—No se como Spencer pudo tener unos hijos tan buenos cuando él fue un hombre tan detestable —comentó Lara.

—Porque nos han criado otras personas y no el —contestó Eli sin poder evitar una nota amarga en su voz.

Lara le apretó el brazo suavemente.

—No pienses más en él, Eli. Se ha ido y no volverá.

—Sí, pero por desgracia las injusticias que cometió y todo el daño que hizo no han desaparecido con él —masculló Eli. Inspiró profundamente para alejar ese dolor de su corazón y sonrió a Lara—. Ven, te enseñaré los viñedos.

Dejaron la fiesta y mientras recorrían los viñedos Eli fue hablándole de los distintos tipos de uva, de la importancia que tenía el podado, de las enfermedades de la vid...

—Verdaderamente disfrutas con tu trabajo, ¿eh? —le dijo Lara con una sonrisa.

—Muchísimo —asintió él—. No me imagino haciendo otra cosa. De hecho, cuando tengo algún problema que no puedo quitarme de la cabeza acostumbro a venir aquí a pasear —añadió señalando en derredor con un ademán—. Me ayuda a tranquilizarme y a aclarar mis ideas.

Lara alzó la mirada hacia él. Eli había heredado el fuerte temperamento de Spencer, pero era obvio que era capaz de controlarlo, como había demostrado el día de la lectura del testamento.

—Y si me acompañas por aquí... —le dijo conduciéndola por un

camino de tierra—... te mostraré el lago y nuestros caballos. Aquella construcción que ves allí es la antigua cochera. Como Grant está pasando una temporada con nosotros es allí donde está alojado, y en aquella cabaña, que es como una casita de invitados, están viviendo Anna y Jack. Oh, pero se me ha olvidado enseñarte las bodegas —dijo acordándose de pronto—. O por lo menos la sala de catas... para que veas el trabajo tan soberbio que ha hecho mi hermana Jillie remodelándola.

Cuando llegaron allí Lara se quedó admirada con las hermosas ventanas que iban del suelo al techo con arcos de medio punto, la combinación de los colores, el artesonado del techo...

—Oh, Eli, qué maravilla. Tu hermana tiene un gusto exquisito.

—La verdad es que he de decir que me sorprendió incluso a mí.

—Todavía la ves como a una niña, ¿verdad?—inquirió Lara divertida.

Eli esbozó una media sonrisa. —Sí, supongo que sí. Me cuesta mucho recordarme que ha crecido y que ya es una mujer, pero supongo que antes o después tendré que ir haciéndome a la idea.

Lara extendió una mano y rozó una de las comisuras de sus labios con el índice. —Me gusta verte sonreír. —murmuró—. No lo haces muy a menudo.

—Me lo han dicho muchas veces; eso y que me tomo la vida demasiado en serio. —dijo él—, pero me temo que así es como soy y no puedo cambiarlo. También las circunstancias me han obliga ello—añadió.

—Pero estás demasiado resentido. —apuntó Lara acariciándole la mejilla.

Los ojos de Eli se oscurecieron y, tras inspirar profundamente, le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí.

—Dame un motivo para no estarlo. —le dijo él con voz ronca.

Lara se liberó de su abrazo y retrocedió un poco para mirarlo.

—Pues por ejemplo una razón excelente es esta fiesta que está dando tu familia. Anda, volvamos. No quiero que estés triste.

De nuevo volvió a dibujarse una media sonrisa en los labios de Eli antes de apagar las luces y llevarla fuera.

—De acuerdo, pero deja que te enseñe antes nuestros caballos. Luego regresaremos con los demás.

Visitaron las cuadras, pasearon a la orilla del lago, y finalmente volvieron a la fiesta.

Se unieron de nuevo a Caroline y Lucas que estaban charlando con unos vecinos, y al cabo de unos minutos la madre de Eli saludó a una mujer joven que se acercaba con un niñito en brazos.

—Oh, Lara, permite que te presentemos a Anna Sheridan —le dijo Lucas—... y al pequeño Jack. Anna, ella es Lara Hunter, una amiga de Eli. Mientras el padrastro de Eli hacía las presentaciones el chiquillo extendió sus manitas regordetas hacia Lara, que se rió y lo tomó en brazos.

—No tienes por qué hacerlo. —le dijo Anna.

—No es molestia; me encantan los niños, este pequeñajo es adorable. -dijo Lara mirándose en sus enormes ojos verdes.

—Te robara el corazón como a todos nosotros —dijo Lucas—. Es verdad que es un encanto de crío.

—Y todo el mundo no hace más que mimarlo —intervino Anna.

Lucas se rió y sacudió la cabeza. —Es algo que no se puede evitar. Ten cuidado con los pendientes, Lara. Le encanta tirar de ellos. Apenas lo había dicho cuando el pequeño agarró con sus deditos el aro de plata de la oreja de Lara y comenzó a tirar de él. Lucas le abrió los dedos con cuidado y lo tomó en brazos.

—No pasa nada. —dijo Lara riéndose—, los niños son así. Mi madre dice que yo de pequeña era un diablillo.

Mientras charlaban, Lara se dio cuenta de que aquel hombre debía haber sido verdaderamente un buen padre para Eli y sus hermanos. Era alegre, tranquilo, y sospechaba que no tenía ni un ápice del narcisismo de Spencer ni de su mal carácter. El pequeño Jack fue pasando de unos brazos a otros y finalmente, cuando empezó a protestar porque quería que lo bajaran lo dejaron en el suelo, y se fue correteando tras uno de los camareros. Anna se excusó y fue en pos de él.

En ese momento sonó una campanilla que anunciaba la cena, y Eli tomó el brazo de Lara. —Vamos —le dijo conduciéndola hacia las mesas—. He visto antes las tarjetas con nuestros nombres, así que sé qué mesa nos ha tocado.

—Es maravilloso que tu familia haya acogido a Anna y al pequeño -le dijo Lara conmovida—. Yo estaba presente el día que Lilah los echó de la mansión.

—Ninguno de nosotros habría sido capaz de hacer algo así —contestó Eli—. Anna estaba desesperada cuando llegó aquí, y creo que para ella esto es como un refugio, un lugar donde se siente segura.

—Al menos estoy convencida de que con vosotros estará a salvo de los medios —apuntó Lara.

—Por desgracia no son los únicos que no la dejan tranquila —respondió él—. Ha estado recibiendo llamadas amenazantes y está preocupada por la seguridad de Jack.

—Cielos, eso es terrible. Gracias a Dios que está con vosotros —

murmuró Lara mientras tomaban un par de platos.

Se sirvieron carne, salsa barbacoa, patatas aliñadas, y mazorcas de maíz. A Lara le tocó sentarse entre Eli y su hermana Jillian. A la izquierda de ésta estaban su marido, Seth, y la hija de tres años de éste, Rachel. Además, en la mesa estaba sentada también una familia de vecinos, los Trent, que tenía dos niños. Mientras Eli hablaba
con Don Trent de vinos y uvas, Jillian se volvió hacia Lara.

—Me alegra que hayas venido —le dijo.

—Gracias. A mí me alegra haber venido —contestó Lara con una sonrisa.

—Parece que ejerces una influencia positiva sobre mi hermano; hacía tiempo que no lo veía tan contento. —comentó Jillian—. Nunca antes había traído a una mujer a casa.

Lara se frotó la nuca, azorada.

—Bueno, no creo que signifique nada. No hay nada serio entre nosotros. Los dos estamos demasiado ocupados; él con su trabajo y yo con mis estudios.

—Oh, lo de él no te lo discuto. Es capaz de pasarse horas en los viñedos o en las bodegas —dijo Jillian riéndose.

—No entiendo mucho de uvas ni de vino, pero oyéndolo hablar da la impresión de que es bueno en lo que hace.

—Ya lo creo; sobre todo si la gente hace las cosas a su manera y no le llevan la contraria —contestó Jillian.

Lara sonrió divertida.

—¿No estaréis hablando de mí, verdad? —dijo Eli volviéndose hacia ellas.

—Sí, pero no decíamos nada malo; te elogiábamos —le aseguró Lara.

—Viniendo de Jillie lo dudo —picó Eli a su hermana, que le sacó la lengua.

Mientras cenaban el sol fue descendiendo sobre el horizonte y se encendieron los farolillos. Lara no sólo estaba disfrutando de la comida, sino también de las bromas entre Eli, su hermana y su cuñado.

Cuando terminaron de cenar Eli le tomó la mano y le preguntó si quería ver la casa.

Lara le dijo que le encantaría, y cuando entrarón en la vivienda se desvaneció poco a poco el ruido de la música, la charla y las risas. Al pasar por el salón, decorado en tonos verdes, con cómodos sillones y fotos familiares por todas partes, Lara miró en derredor con una sonrisa.

—Me encanta esta habitación; parece muy confortable.

—Lo es —asintió Eli—. Aquí es donde nos reuníamos a charlar. Claro que ahora que está todo el mundo dispersándose ya no lo hacemos muy a menudo. Jillian y Colé, por ejemplo, acaban de casarse y ya no viven aquí —le explicó—. Mercedes sigue soltera, pero se independizó hace tiempo. Y Masón vive en Francia. Yo ocupo una parte de la casa en el piso de arriba y mis padres duermen abajo, en el otro extremo.

A medida que iban pasando otras estancias de la casa Lara no pudo evitar admirar el buen gusto con que estaban decoradas cada una de ellas.

—Tu madre es una gran decoradora —le dijo a Eli.

—Sí, tiene un toque mágico —asintió él complacido.

Cuando subieron al segundo piso, en el pasillo Lara pudo ver más fotografías de familia, y entre ellas algunas de Eli, de cuando era niño.

No pudo reprimirse y se detuvo a curiosear algunas.

—Tienes una familia estupenda —le dijo.

—Estoy de acuerdo. —respondió él—. Ven, voy a enseñarte mi «cubil».

Su «cubil», como lo había llamado, estaba formado por una pequeña cocina, una sala de estar, un cuarto de baño, y el dormitorio, decorado en tonos azules y verdes. Éste último era muy espacioso, y en él había una cama enorme, un elegante escritorio, y una de las paredes estaba tapada por una estantería llena de libros que iba de lado a lado. Lara se acercó y vio que muchos de ellos trataban de temas relacionados con la viticultura, pero también había novelas y libros de historia.

—Si te apetece podemos sentarnos un rato en la sala de estar a tomar algo de beber y charlar un rato —le propuso Eli.

La tomó de nuevo de la mano y la llevó a la pequeña cocina. Una vez allí la soltó y abrió la nevera, —Veamos… tengo vino, coca-cola, zumo, té frío...

—Un té frío estaría bien —le dijo Lara. Minutos después estaban sentados juntos en el cómodo sofá con las bebidas frente a ellos en una mesita baja.

Eli se volvió hacia ella y le acarició el cabello con una mano mientras la otra descansaba sobre su rodilla. —Me alegra que hayas venido. —murmuró.

—Y yo de haber podido conocer a tu familia. Han sido todos muy amables conmigo.

—Me siento orgulloso de ellos. —dijo Eli—. Hemos recorrido un

largo camino juntos desde que Spencer nos abandonó. No sabes cómo desearía a veces no llevar su sangre en mis venas. —añadió contrayendo la mandíbula.

—No deberías dejar que el rencor hacia él destruya tu felicidad —le dijo Lara. Le acarició la mejilla y dejó que su mano descendiera hasta la nuca de Eli para enredar los dedos en su corto cabello.

Eli se pasó una mano por la frente y de pronto Lara tuvo la impresión de que su mente estuviera muy lejos de allí.

—Supongo que lo único que he querido durante toda mi vida es que Spencer reconociera el mérito de lo que hemos conseguido. Sólo lo ví en un par de ocasiones, en algún que otro evento vinícola, pero pasaba a mi lado como si yo no existiera.

—Lo siento muchísimo, Eli —susurró Lara acariciándole el dorso de la mano que tenía apoyada en su rodilla.

Él se encogió de hombros. —Es una tontería, pero creo que todavía habita en mí ese niño de ocho años que espera algo de su padre —murmuró—. No sé ni por qué querría que estuviese orgulloso de mí. No era más que un canalla.

—Olvídalo, Eli. Ese hombre no se merecía que te atormentases por el cuando estaba vivo ni ahora que esta muerto. No se quien lo mato, pero me alegra que ya no este entre nosotros. Eli giro la cabeza hacia ella y la miro preocupado.

—¿Que te hizo a ti? No quiero ni pensar… eres tan preciosa… ¿Intento seducirte ese bastardo?

Capítulo Ocho

—Intentaba seducir a cualquier mujer por debajo de los cuarenta que le pareciera medianamente atractiva. —respondió Lara con repugnancia—. A mí me amenazaba con despedir a mi madre si me negaba a colaborar con él.

—¡Ese canalla...! ¿Y tú...?

—Jamás cedí a su chantaje, pero ésa es una de las razones por las que lo odiaba —respondió Lara.

—Y estoy seguro de que quien lo asesinó tenía bastantes razones para apretar el gatillo —dijo Eli.

—Charlotte, la sobrina de Spencer, fue la primera persona de quien sospechó la policía porque fue ella quien encontró el cadáver, pero por suerte tiene una coartada; estaba con su prometido, Alexandre Dupree. Sin embargo parece que la policía no quiere arriesgarse a pasar nada por alto porque Alexandre iba a llevarla a Francia pero no los dejan abandonar el país.

—Gracias a Dios en mi familia todos tenemos coartada. —dijo Eli acariciándole la nuca con los dedos.

La joven se sintió estremecer y se preguntó si el sería consciente siquiera del efecto que tenía en ella.

—En mi caso… —continuó Eli—, aunque podrían pensar que fui yo por mi temperamento, que muy a mi pesar he debido heredar de él, estaba con uno de nuestros trabajadores, y me alegra tener una coartada, porque la gente sabía el rencor que sentía hacia él.

—En la finca la policía interrogó a todo el mundo. Yo estaba jugando a las cartas con otras personas del servicio y también me alegro de tener esa coartada, porque yo también detestaba a Spencer.

Eli se quedó callado un momento.

—Me gustaría intentar impugnar el testamento. —le confesó Eli—, aunque mi familia no cree que sea una buena idea.

—Quizá no lo sea —murmuró Lara tímidamente.

A Lilah Ashton le daría un ataque si finalmente hicieran aquello. Sabía que Eli estaba dolido e indignado por lo que Spencer les había hecho, pero...

—Supongo que tú es de ellos de quienes sientes lástima. —apuntó Eli.

—No es eso; es sólo que pienso que sería muy duro para ellos si lo hicieras. Han tenido un año muy difícil con un escándalo tras otro.

—Gracias a Spencer.

—Es cierto, pero Megan, Paige y los demás son tan inocentes de las maldades de Spencer como lo es tu familia.

Eli inspiró y apartó la vista mientras sus dedos se quedaron inmóviles sobre la nuca de ella.

—Walker Ashton no debería heredar las acciones de mi abuelo. —insistió en un tono teñido por la ira.

Lara se sintió mal por él y sin saber qué podría decir puso una mano en su mejilla. Eli volvió a mirarla y giró el rostro para besarle la palma. Luego cubrió con su mano la de ella y la sostuvo contra sus labios mientras con la lengua trazaba un círculo en el centro de la palma.

Un cosquilleo recorrió la espalda de Lara, que se olvidó por completo de familias rivales y de testamentos. Lo único que quería era volver a estar en sus brazos y el mismo deseo que ella estaba sintiendo se reflejaba en los ojos de él.

—Lara… —suspiró atrayéndola hacia sí y sentándola en su regazo para besarla.

La joven le rodeó el cuello con un brazo, respondiéndole con ardor y una vez más se encontró atrapada en una espiral de besos embriagadores. El deseo iba aumentando a cada segundo, amenazando con hacerle perder el control que se estaba esforzando por mantener. Finalmente, haciendo un esfuerzo, se apartó de él y se puso de pie. —Oh, Eli, mírame, tengo toda la ropa arrugada…

—Solo tienes alguna arruguita de nada en la blusa, y además es de noche; nadie se dará cuenta.

—Por supuesto que se darán cuenta. En el jardín hay luces. Anda, vamos, deberíamos volver a la fiesta.

Eli sé levanto también pero tomó su rostro entre ambas manos y murmuró:

—No sabes cómo te deseo, Lara. Quiero volver a hacer el amor contigo.

—Aquella noche los dos nos dejamos llevar, Eli; y no debemos dejar que vuelva a pasar.

—No sé si deberíamos o no… —replicó él—, pero sí sé que es lo que los dos queremos.

—Tal vez estás equivocado y no es lo que yo quiero. —apuntó ella.

Eli entornó los ojos, se inclinó hacia delante y volvió a tomar sus labios de un modo posesivo y no dejó de besarla hasta que ella le hubo rodeado el cuello con los brazos y comenzó a responderle con la misma pasión.

Cuando finalmente despegó sus labios de los de ella y se irguió, Lara abrió los ojos para mirarlo y supo por la sonrisa maliciosa que

había en sus labios que estaba dándole a entender que acababa de quedar demostrado que lo deseaba tanto como él a ella y que antes o después acabaría consiguiendo lo que quería. Lara sacudió la cabeza.

—Hagas lo que hagas esta noche no me voy a dejar seducir. Vamos, Eli, tenemos que volver a la fiesta. No quiero bajar y encontrarme con que se ha ido todo el mundo y sólo queda tu familia. O peor, que tu familia entre en la casa para acostarse y me encuentren saliendo de tu dormitorio.

—El dormitorio de mis padres esta en el otro extremo de la casa en el piso de abajo y no hay nadie más porque el cuarto de Masón es el que está más cerca del mío, pero está en Francia.

—Eli: vamos… —insistió ella.

Eli se puso de pie y le rodeó los hombros con un brazo. —Está bien, como quieras —respondió. Cuando bajaron todavía continuaba la fiesta aunque algunos invitados ya estaban despidiéndose para marcharse, y una media hora más tarde Lara decidió que también ella debía irse, así que, tras despedirse de todo el mundo y darle las gracias a sus padres, Eli la llevó de regreso a la mansión en su coche.

En unos minutos estaban allí, y cuando hubo aparcado a unos metros de la entrada de servicio Eli apagó el motor y se volvió hacia Lara.

—Me ha encantado que pudieras venir a la fiesta. —le dijo—. ¿Me dejarás que te invite a cenar mañana por la noche?

El corazón de Lara palpitó con fuerza. —Eli, no creo que sea buena idea que volvamos a vernos. Ya te lo he dicho: estoy estudiando una carrera y para mí lo más importante es poder encontrar un buen trabajo y retirar a mi madre. No tengo tiempo para romances.

—Mira, Lara, si creyese que no te gusto no insistiria y te dejaría tranquila —respondió él quedamente—, pero se que no es así. Cuando estamos juntos tu pulso se dispara, igual que el mío, y hay una química entre nosotros que hace que salten chispas cada vez que nos besamos y nos tocamos. Se que en otoño tendrás que volver a tus estudios, pero aún falta mucho para eso. ¿Qué hay de malo en que salgamos mañana por la noche?

—Cuanto más tiempo pasemos juntos mas difícil nos resultará separarnos, y lo sabes. Por eso no vamos a volver a salir —le dijo ella con firmeza antes de abrir la puerta del coche y bajarse.

Se dirigió hacia la verja con paso apresurado pero Eli se había bajado del coche también y antes de que llegara le había dado alcance. La agarró por el brazo e hizo que se diera la vuelta para que lo mirara.

—Te he dicho que no, Eli, por favor déjame —le rogó ella en un

murmullo.

—Tus palabras dicen «no», pero tú corazón, quiere decir «sí».

—Esta vez no vas a hacerme cambiar de opinión —replicó Lara—. Hasta que irrumpiste en mi vida siempre había controlado mis emociones, y no pienso perder ese control.

—Ahora mismo lo que estás haciendo es luchar contra ti misma —observó él.

—¿Es que no has oído nada de lo que te he dicho, Eli? —le espetó liberando su brazo y apartándose de él—. Esto es una despedida. Y si sigues insistiendo es que eres más parecido a Spencer de lo que estas dispuesto a admitir. El...

—Maldita sea, Lara, quizá no sea digno de tu amor, ¡pero deja de acusarme de ser como Spencer! —la increpo el.

Sus palabras la dejaron de piedra.

—¿Amor? —repitió escrutando su rostro—. ¿Que...?

Pero Eli se había enfadado y no estaba escuchándola.

—Olvídalo. Ha sido una de esas cosas que se dicen sin pensar; no significa nada, nada en absoluto.

Lara sabía a qué se refería: estaba recordándole que aunque el tiempo que habían pasado juntos a ella le había parecido mágico, para él había sido simplemente una distracción. Se dio la vuelta y, tras atravesar la verja, corrió hasta la casa y marcó la clave de seguridad de la puerta para entrar. Una vez dentro cerró tras ella, con la respiración agitada por la carrera y con un profundo dolor en el corazón.

Apretó los puños irritada consigo misma por no haber podido controlar sus emociones. Durante toda su vida había sido capaz de mantener la cabeza fría, pero con Eli le era imposible. Lo que le había dicho le había partido el corazón. Aunque era consciente de que lo que habían compartido había sido únicamente algo que no estaba destinado a durar, el haber oído de labios de Eli que no había significado nada para él le había dolido. Se dirigió a las escaleras en medio del silencio que reinaba en la casa, pensando mientras las subía lo maravillosa que había sido la fiesta y lo mal que había acabado la noche, pensando en los besos de Eli que jamás podría olvidar.

Al llegar a su pequeño dormitorio entró, cerro la puerta y dejo que las lagrimas acudieran a sus ojos porque en el fondo de su alma no había querido decirle adiós.

Unos suaves golpes en la puerta la hicieron secarse a toda prisa las lágrimas de las mejillas. Miró el despertador que tenía sobre su

mesilla. Era más de medianoche. Abrió la puerta, alivia-da de no tener que preocuparse porque pudiera tratarse de Spencer Ashton como en el pasado, y se encontró con Franci de pie en el pasillo. Estaba en pijama, envuelta en su bata y llevaba una bandeja con galletas saladas, taquitos de queso, y un par de refrescos de cola.

—No podía dormir y quería saber cómo te había ido.

—Franci, ¿sabes lo tarde que es?

—¿Pensabas acostarte ya?

Lara exhaló un suspiro. —Da igual, pasa; de todas formas dudo que pudiera dormirme si lo hiciera.

Franci entró, se sentó en su cama y dejó la bandeja sobre la mesilla de noche. —Bueno, cuéntame, ¿ha sido una velada interesante?

—Lo he pasado maravillosamente. —respondió Lara sin entusiasmo alguno.

Franci la miró y entornó los ojos. —Has estado llorando —dijo—. ¿Te has peleado con él?

Lara volvió a suspirar. —Le he dicho que después de esta noche no volveríamos a vernos.

—¿Que? ¿Por que? —exclamo Franci, tapándose la boca al instante.

—Sss... Vas a despertar a toda la casa. Y no se lo cuentes a nadie; no quiero que mi madre me asalte a preguntas y que todo el servicio acabe opinando acerca de mi vida privada

—Pero si te gusta... ¿por qué diablos le has dicho que no quieres volver a salir con él? —inquirió Franci arrojando al suelo sus zapatillas y sentándose al estilo indio, mientras Lara se desvestía tras un biombo que tenía en un rincón y se ponía también el pijama.

—Pues porque tenía que parar esto antes de que la situación se me fuera de las manos —murmuró.

Cuando salió Franci se quedó mirándola fijamente.

—¡Te has enamorado de él! —exclamó riéndose como una adolescente, dejándose caer de espaldas sobre la cama y pataleando en el aire antes de volver a incorporarse.

—¡Pues claro que no! —protestó Lara.

Franci frunció los labios y sacudió la cabeza. —Ya lo creo que sí —replicó—. ¡Estás enamorada! ¿Por qué no quieres salir con él si estás enamorada?

¿Sería posible que se hubiera enamorado de él?, se preguntó Lara, ¿estaría de verdad enamorada de Eli?

—Bueno, puede que tengas razón, pero él parece que lo único que quiere es sexo, y además es muy cabezota.

—Tal vez deberías darle un poco de margen, darle una

oportunidad —le sugirió Franci tomando un trozo de queso y ofreciéndole a ella.

Lara negó con la cabeza.

—Ahora mismo no podría probar bocado.

—Cielos. ¿También has perdido el apetito? Decididamente es amor —dijo—. Siempre que subo aquí con alguna cosa de comer picas aunque sólo sea un poco. No tienes hambre, has estado llorando… Lara, hazle caso a tu corazón y sal con él.

Lara sacudió la cabeza, irritada consigo misma por las emociones contradictorias que la tenían sometida a un tira y afloja y por las lágrimas que estaban aflorando de nuevo a sus ojos.

—Háblame de su familia —le dijo Franci—. ¿Alguno de sus hermanos es tan autoritario como lo era Spencer?

—No, no lo son, son gente maravillosa y esta noche lo he pasado maravillosamente, pero cuando volvimos y Eli empezó a insistir en que nos viéramos mañana le dije que era igual que Spencer, que no aceptaba un no por respuesta, y se enfadó muchísimo. Oh, Franci, lo que tengo que hacer es centrarme en mis estudios para poder retirar a mi madre; ahora mismo no hay sitio para un hombre en mi vida.

—Bobadas; estás enamorada y deberías salir con él.

—No, no debería —replicó Lara con aspereza, y pasados unos minutos, con la excusa de que le dolía la cabeza, consiguió que Franci se marchara.

Cuando se hubo ido se quedo con la espalda apoyada en la puerta y suspiro aliviada. Apago la luz y se metió en la cama, pero no dejaba de oír en su mente las palabras de Eli. «Quizá no sea digno de tu amor, ¡pero deja de acusarme de ser como Spencer!».

Se preguntó si verdaderamente había dicho aquello sin pensar. ¿Podría haberse enamorado Eli de ella? ¿De verdad pensaba que no era digno de su amor porque Spencer lo había abandonado siendo un niño? La sola idea le partía el corazón.

Se cubrió el rostro con las manos, detestando no poder dominar sus emociones. —Eli… —murmuró—. Eli, te quiero…

Cuando Eli llegó a casa subió a su cuarto, se quitó la ropa y, dejándola tirada de mala manera en una silla, empezó a andar arriba y abajo por la habitación. Lara no quería que volviesen a verse, pero no porque no le gustara, y las razones que había esgrimido una y otra vez eran tan absurdas que resultaba tremendamente frustrante. ¿Qué tendría que ver que en otoño fuese a volver a la facultad para que no pudiesen quedar a cenar? Y encima él había tenido que comportarse como un idiota y pronunciar la palabra amor». ¿Por qué diablos había

hecho eso? Fue a su sala de estar, descorchó una botella de Merlot, se sirvió una copa y se sentó en el sofá, recordando como esa noche Lara había estado allí con el. Quería volver a tenerla entre sus brazos, la quería en su cama, en su vida…

Tomó un largo trago, apoyó la copa en el reposabrazos del sillón y se quedó mirando el vacío y viendo a Lara en su mente: sus ojos de color miel, sus espesas pestañas, Lara abrazada a el mientras bailaban… Otra decepción más que añadir a la larga lista de decepciones que había sufrido a lo largo de su existencia, pensó, otro rechazo.

Y Lara todavía se preguntaba por qué no confiaba en la gente…

Eli se sacudió la tierra de los pantalones y volvió a subirse al tractor. Estaba arando una parcela que tenían donde cultivaban centeno y legumbres. Iba a poner en marcha el motor cuando sonó su teléfono móvil. Lo sacó del bolsillo y contestó.

—¿Diga?

—Eli, soy Grant.

Eli frunció el entrecejo al escuchar el tono agitado en la voz de su hermanastro.

—¿Qué ocurre?, ¿ha pasado algo? —inquirió.

—Tengo aquí a dos detectives de la policía. —le contestó Grant. A Eli se le encogió el estómago—. Van a llevarme a la comisaría para hacerme unas preguntas.

—Maldita sea —masculló Eli. Estaba convencido de que era imposible que el hubiese asesinado a Spencer, pero no tenia coartada y tenia motivos para haberlo hecho.

—Estoy todo sudado —le dijo—, pero iré a casa a ducharme y a cambiarme e iré tan pronto como me sea posible. ¿Crees que me dejarán ir contigo?

—Les preguntaré —contestó Grant. Eli lo oyó hablar con los detectives antes de volver al teléfono—. No; tengo que ir yo solo con ellos. En fin, al menos de momento no me han esposa-do.

—¿Has hablado con Lucas o con mi madre?

—No, tú eres la única persona a quien he llamado. —respondió Grant.

—No te preocupes por nada… —le dijo Eli—; te buscaremos un buen abogado. Nos veremos en la comisaría.

—Gracias, Eli. Me alivia que vayas a venir; me sentiré más tranquilo teniendo a alguien a mi lado.

—No hay de qué. Y Grant… no respondas a ninguna pregunta hasta que consigamos a ese abogado.

—De acuerdo.

Eli cortó la comunicación y marcó el número de la casa. Fue su madre quien contestó.

—Mamá, tengo malas noticias. —le dijo para intentar prepararla—: Grant acaba de llamarme y me ha dicho que hay dos detectives con él y que van a llevárselo para interrogarlo.

—¡Oh, Eli, eso es terrible! —exclamó su madre—. ¿Por qué insisten en intentar culparlo? Grant sería incapaz de matar a nadie.

—Lo se mamá, pero para la policía Grant tenia motivos para hacerlo

—Había mucha gente que tenía algo contra Spencer. —replicó su madre.

—Ahora lo que tenemos que hacer es intentar ayudarlo en lo que podamos. Llama a Ridley para que nos recomiende a algún buen abogado criminalista. —le dijo Eli refiriéndose a Ridley Pollard, el abogado de la familia.

Cuando hubo colgado puso en marcha el tractor y se dirigió a la casa.

Acababa de darse una ducha rápida y estaba secándose cuando volvió a sonar su móvil. Era Lucas, su padrastro.

—Eli, ya tenemos abogado para Grant. —le dijo—. Se llama Edgar Kent. Ridley me ha dicho que irá con él a la comisaría. ¿Vas a ir tú también?

—Por supuesto; estoy vistiéndome.

De pronto Lucas se quedó callado. —Espera, están llamando a la puerta. Luego hablamos.

Eli colgó y se puso a vestirse cuando el móvil sonó una vez más. Lo contestó, creyendo que sería Grant, pero volvió a oír la voz de su padrastro.

—Eli, ha venido un tal detective Holbrook —le dijo. Eli cerró los ojos. Por el tono grave de Lucas se temía que fueran malas noticias—, Van a llevarse a tu madre para interrogarla también.

Eli se quedó de piedra. —¿Qué? ¿Dónde estáis?

—Seguimos aquí, en la casa, en el piso de abajo —respondió Lucas —. Tu madre ha ido a por el bolso.

—Maldita sea… —masculló Eli—. ¿Te dejan acompañarla?

—Sí. —respondió Lucas—. Nos marchamos ya.

—Os buscaré y os seguiré. ¿Vais en un coche patrulla?

—No, es un coche normal pero tiene una sirena en la parte de arriba.

—De acuerdo. ¿Cómo está mamá?

—Bien, está bien, no te preocupes.

—¿Y por qué quieren interrogarla? Tú estuviste con ella esa noche.

—Sí, pero dicen que no tiene coartada para la hora durante la que me ausenté —contestó Lucas—. Tenemos que irnos ya, Eli.

—De acuerdo; me pondré en contacto con Mercedes, Colé, y Jillian.

—Bien. Esperemos que los medios no se hayan enterado de esto. Hasta luego.

Eli colgó el teléfono. No había pensado en eso. Maldiciendo entre dientes acabó de vestirse y corrió al garaje. Su madre..., pensó irritado mientras se metía en el coche, ¿cómo podían sospechar de su madre? Como ella había dicho, si hubiese tenido intención de matar a Spencer no habría esperado treinta años. Además, era feliz en su matrimonio con Lucas y el negocio familiar no podía ir mejor. ¿Qué sentido tenía que quisiera vengarse de Spencer cuando lo había dejado atrás hacia tanto tiempo y las cosas le iban bien?

Maldijo de nuevo y pisó el acelerador para salir del garaje, haciendo chirriar las ruedas. Obviando su propia regla de no usar el móvil cuando iba conduciendo lo sacó del bolsillo y llamó a sus hermanos para informarlos de lo ocurrido. Logró hablar con Colé y Jillian, pero no localizó a Mercedes, así que volvió a telefonear a Jillian para pedirle que lo intentara ella.

Había un trayecto de aproximadamente una hora y media entre Las Viñas y San Francisco, pero pasados veinticinco minutos Eli divisó por delante de él en la autopista el coche en el que llevaban a su madre. Pisó el acelerador y adelantó a varios vehículos hasta pasarlo. Cuando vio a su madre y a su padrastro en el asiento trasero sintió una punzada en el pecho. Todo aquello era tan injusto...

Se preguntó si los medios de comunicación estarían ya al corriente de aquello. Si encontraba reporteros esperando a las puertas de la comisaría destrozaría tantas cámaras como pudiera. «Una idea genial, Eli», se dijo irritado, sabiendo que de hacerlo sería él quien saliese en las portadas al día siguiente. Golpeó el volante con el puño. ¿Cómo habían podido llevarse así a su madre, que era la persona más buena y cariñosa del mundo, como si fuese un criminal?, a su madre, que había dado cobijo en su casa a Anna, al pequeño Jack, y que estaba haciendo siempre cosas para ayudar a los demás...

En ese momento sonó su teléfono móvil y cuando contestó oyó la voz de Anna al otro lado, de la línea.

—Eli, me acabo de enterar de lo de tu madre y Grant. —le dijo alarmada—. Jillian me ha dicho que la policía se los ha llevado para interrogarlos a los dos.

—Así es. Voy camino de San Francisco ahora mismo. He pasado hace un rato al coche en el que llevaban a mi madre, así que debería llegar a la comisaría antes que ellos.

—Es terrible. Espero que todo esto se aclare cuanto antes. Por favor, llámame cuando puedas.

—Lo haré tan pronto como sepamos algo, Anna —le prometió él.

Minutos después Eli estacionaba su vehículo en el aparcamiento del Departamento de Policía de San Francisco. Maldijo de nuevo entre dientes al ver dos furgonetas de televisión cerca de la entrada. Apoyado en la pared había un hombre, en un coche con la puerta abierta había sentada una mujer, y a unos pasos de ella había otros dos hombres hablando. Seguramente todos ellos eran periodistas que estaban esperando la llegada de su madre y Grant.

Eli apretó la mandíbula. Por desgracia poco podría hacer para proteger a su madre de aquellos buitres más que estar a su lado y procurar impedir que se le acercaran y la dejaran tranquila.

Un coche como el que conducía Lara entró en ese momento en el aparcamiento y Eli lo siguió con la mirada, había pasado una semana desde el día de la fiesta en casa de sus padres y no había vuelto a verla. No tenía por qué ser ella, se dijo, había montones de coches de ese modelo.

Al volante iba una mujer con un sombrero rojo de ala ancha y gafas de sol, y volvió a girar la cabeza hacia la calle por si aparecía el coche en el que llevaban a su madre, pero el otro vehículo se detuvo junto al suyo y al volver el rostro se quedó mirándola de hito en hito.

Capítulo Nueve

Lara se bajó de su coche y se metió en el de él, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Eli anonadado, conteniéndose para no atraerla hacia sí y estrecharla entre sus brazos.

Se fijó en el traje rojo de chaqueta y pantalón que llevaba, en la blusa de seda roja a juego, los zapatos de tacón también rojos... Estaba tan sexy que de pronto el pulso se le revolucionó y la boca se le secó, pero contuvo el deseo de rodearle la cintura y besarla apasionadamente y trató de prestar atención a lo que estaba diciéndole.

—Había venido a la ciudad a hacer unas compras y en una tienda en la que entré tenían puesta la radio. Dijeron que la policía iba a interrogar formalmente a tu madre acerca del asesinato de Spencer. Supuse que estarías aquí y se me ocurrió venir por si podía ser de alguna ayuda.

—En un primer momento no te había reconocido —le dijo él mirando con una ceja enarcada las gafas de sol y el sombrero.

No podía verle los ojos y el sombrero le tapaba el cabello y parte del rostro.

—Bueno, es que si la gente de la prensa me saca una foto no quiero que nadie me reconozca.

—Pues ese traje llama la atención a gritos. —replicó Eli—. Todo el mundo se fijará en ti.

El impulso de atraerla hacia sí, de acariciarle el cabello y besarla volvió a asaltarlo, pero de nuevo se contuvo.

—Lo del traje no ha sido a propósito. —le dijo ella—. Ya venía vestida así cuando vine a la ciudad hará ya casi tres horas. Y el sombrero... bueno, es un sombrero viejo que tenía en el asiento, de atrás del coche.

—Supongo que los reporteros se centraran en mi familia, pero si sales del coche así, toda de rojo, sin duda saldrás en las noticias y en las portadas con nosotros. —murmuró Eli.

—Precisamente por eso me he puesto las gafas y el sombrero. A Lilah Ashton no le haría ni pizca de gracia si se enterase de que estoy apoyando a tu familia en estos momentos. ¿Dónde está tu madre?

—Pasé al coche en el que la traían hacia aquí; estarán al llegar. Y no sé si te has enterado, pero también van a interrogar a Grant.

—Sí, lo he oído.

—Dios, no te haces una idea de cómo detesto todo esto. —masculló Eli—. Y no sólo por mi madre; sino por Grant también... por todos

nosotros. Nuestras vidas han sido una crisis tras otra, y el año pasado fue un auténtico infierno. Creo que ya hemos tenido más que suficiente, pero parece que siempre quede algún escándalo por salir a la superficie. Y todo por culpa de Spencer. Hasta después de muerto tiene que seguir atormentándonos.

Lara le apretó suavemente la mano a Eli y él la miró.

—Si no quieres que Lilah Ashton se entere de que has venido será mejor que te marches. —le dijo, sorprendido aún de que hubiera ido allí—. Esa gente que ves ahí es de la televisión y de la prensa. Mira; esa otra debe ser también una reportera. —dijo señalando a una mujer que estaba entrando con su vehículo en el aparcamiento—. Lara, no te busques problemas. Mi padre y yo vamos a estar con mi madre y los demás están en camino.

No creo que me reconozca aunque me saquen las cámaras o me hagan una foto —insistió ella—. El sombrero me hace sombra en la cara y nunca me lo he puesto estando en la casa. Deja que me quede, Eli; quiero estar a vuestro lado. Sus palabras hicieron que el corazón de Eli palpitara con fuerza. Quería estar con su familia y con él... ¿Era por lástima?, ¿por compasión?... ¿o quizá por algo más profundo? ¿Sería posible que sintiese algo por él?

Un coche verde oscuro entró en ese momento en el aparcamiento y de él se bajaron dos hombres con sendos maletines. Se dirigieron a toda prisa hacia el edificio y entraron en él.

—Gracias a Dios —murmuró Eli—, Ésos eran nuestros abogados.

—¿Quieres que vaya y les diga que estas aquí? —se ofreció Lara.

—No es necesario; saben que venía para acá. El alto de pelo negro que iba delante es Ridley Pollard, el abogado de la familia; y el hombre que lo acompañaba es un compañero criminalista que nos ha recomendado —le explicó Eli. —Quiero esperar a que llegue el coche en el que traen a mi madre para ayudar a mi padre a impedir que los reporteros se acerquen a ella cuando entre en la comisaría.

—Cuando llegue tu madre iré con vosotros— le dijo ella con firmeza—. Cuantos más seamos para mantener a esa gente alejada de ella, mejor.

—Aquí llegan… —anunció Eli al ver el sedán entrando en el aparcamiento. Los equipos de televisión también se habían dado cuenta y corrieron hacia el coche con sus cámaras. Cuando los reporteros empezaron a arremolinarse en torno a él Eli se bajó de su deportivo. Lara lo siguió, y tras tomarla del brazo corrieron los dos hacia el coche donde llevaban a su madre y a Lucas. Eli saludó con un leve asentimiento de cabeza a la detective Holbrook» cuyos ojos azules

lo miraron impasibles a través de sus gafas. Al otro detective, un hombre alto y delgado, no lo conocía.

Sin soltar el brazo de Lara, Eli empujó con el hombro a un reportero para abrirse paso. Sabia que había cerca un cámara de la televisión filmándolo todo. Su madre salió del coche en ese momento. Iba muy elegante con un traje negro de falda y chaqueta y una blusa blanca, pero estaba muy pálida y visiblemente nerviosa. El verla así encendió la ira de Eli. A unos pocos pasos de allí salto el flash de una cámara y fue seguido por el de otras.

Mientras Eli se aproximaba a ella por la derecha, los detectives se colocaron al frente. Su padrastro estaba a la izquierda y tenía un brazo en torno a la cintura de su madre. Comenzaron a avanzar todos juntos y al notar que Lara ya no estaba a su lado Eli giró la cabeza y vio que se había colocado detrás de su madre.

No había modo alguno de protegerla por completo de aquellos buitres, pero no podían hacer más, pensó Eli en medio de los flashes de las cámaras y las preguntas que les gritaban los reporteros. A él le plantaron de pronto un micrófono delante y oyó alguna pregunta dirigida a él, pero no tenía intención alguna de contestarlas. Furioso extendió un brazo para agarrar la cámara que tenía más cerca, pero Lara lo sujetó y se contuvo. Sabía que tenía que controlarse.

De pronto, sin embargo, un cámara consiguió de algún modo meterse por entre los detectives y ellos y le plantó la cámara delante a su madre para empezar a hacerle preguntas a gritos.

Eli explotó y agarró la cámara. Los dos estuvieron forcejeando con ella, pero finalmente fue Eli quien se hizo con ella de un tirón y la dejo estrellarse contra el suelo, donde quedó destrozada.

Algunos de los reporteros le chillaron, pero Eli los ignoró. Escuchó a un hombre gritándole a los detectives que lo arrestaran, pero éstos únicamente apretaron el paso, y Eli, Lucas, Caroline y Lara los siguieron sin detenerse.

—¡Tendrá que pagarme la cámara! —le gritó a Eli el tipo al que le había roto la cámara.

Los escasos diez metros hasta la puerta le parecieron un kilómetro. La detective Holbrook sostuvo la puerta y entraron todos, dejando al fin fuera a la gente de los medios.

Los detectives los condujeron por un pasillo hasta una habitación donde había una mesa en la que estaba sentada el sargento de guardia. La detective Holbrook abrió una puerta cerrada y les hizo pasar dentro. Era una sala de espera con varias sillas de plástico atornilladas a la pared y un dispensador de agua en un rincón. Una barandilla baja de madera separaba esa área de otra habitación llena

de mesas, pero Eli apenas se fijó en lo que lo rodeaba porque estaba pendiente de su madre.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Caroline le dio unas palmaditas en el hombro, pero seguía igual de pálida y Eli estaba seguro de que la desagradable escena con los reporteros debía haberla puesto más nerviosa.

—Gracias por venir, hijo —le dijo—, y gracias a ti también, Lara.

—Si puedo ayudar en cualquier cosa estaré encantada de hacerlo —le aseguró ella.

Caroline le apretó la mano y le sonrió.

Ridley Pollard apareció en ese momento. Se acerco a ellos y les presentó a Edgar Kent, el abogado criminalista que había buscado para Caroline y Grant.

—Ridley, es posible que tengas que interceder por Eli. —le dijo Caroline mirando preocupada a su hijo—; le ha roto la cámara a uno de esos reporteros.

El abogado asintió con la cabeza y se volvió hacia Eli.

—Hablaré con ese hombre, aunque quizá ya se haya puesto en contacto con su abogado.

—Gracias… —respondió Eli. En ese momento quien le preocupaba era su madre; le daba igual ese condenado reportero. La detective Holbrook, que se había quedado fuera hablando con el sargento de guardia, entró en ese momento.

—Señora Sheppard, si hace el favor de acompañarme…

Aquello era una autentica pesadilla, pensó Eli; algo que nunca habría creído que llegara a presenciar. Quería interponerse entre su madre y los detectives, pero sabia que eso sólo empeoraría las cosas. Habría querido darle un abrazo a su madre, pero estaba tan aturdido por lo que estaba ocurriendo que se había quedado como paralizado. Su padrastro sí se lo dio antes de hacerse a un lado para dejar que Edgar Kent fuera con ella. Lucas se volvió hacia Eli cuando se la hubieron llevado.

—Gracias por haber venido —le dijo—. ¿Vas a quedarte, verdad?

—Por supuesto. Qué extraño que todavía no haya llegado Grant.

—Deberías estar pendiente por si aparece, porque los periodistas se lanzarán sobre él como han hecho con tu madre —le dijo Lucas. Se volvió hacia Lara—. Aún no te había saludado —le dijo—. Ha sido todo un detalle por tu parte venir.

—Hola, señor Sheppard. —le contestó ella quitándose las gafas de sol—. Siento que esto haya ocurrido.

—Gracias. Saldremos de ésta y la verdad saldrá a la luz; estoy seguro —dijo Lucas calmadamente—. Será mejor que nos sentemos,

porque imagino que el interrogatorio durará un rato.

Se alejó, dejando a solas a Eli y a Lara y se sentó en una de las sillas de plástico.

—Iré fuera a esperar a Grant —le dijo Eli. Incapaz de resistir un segundo más sin tocarla apartó un mechón de cabello castaño de su rostro.

—No creo que sea una buena idea; los reporteros te asaltarán a preguntas. —le recordó ella—... sin contar con que hay uno de ellos al menos que está furioso contigo.

—Tienes razón; será mejor no buscarles las cosquillas. No ayudaría mucho a mi madre ni a mi familia si vuelvo a perder los nervios.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta.

—Voy a llamar a Colé, a Jillian y a Mercedes para avisarlos de que dejen el coche en otro sitio, porque el aparcamiento está infestado de reporteros.

Cuando hubo terminado de hacer esas llamadas Eli vio que su abogado volvía a entrar en ese momento.

—Ya está aquí Ridley —le dijo a Lara— Discúlpame un momento; voy a ver si ha conseguido llegar a un acuerdo con ese cámara.

Se alejó, y al cabo regresó junto a Lara mientras el abogado iba a sentarse con Lucas.

—Ridley me ha dicho que se pondrá en contacto con la cadena de televisión y les pedirá que retiren los cargos que quieren presentar en mi contra. —le explicó.

—Ojalá lo consiga —murmuró ella.

—Ahí llega Grant —dijo Eli de pronto—. Vuelvo enseguida.

Dejó a Lara de nuevo para ir con su hermanastro. Al llegar a su lado le estrechó la mano y le puso una mano en el hombro para infundirle ánimos.

—Ya están interrogando a mamá —le dijo antes de saludar con un asentimiento de cabeza al detective Dan Ryland y al compañero que iba con él.

Los dos hombres salieron y fueron a la habitación contigua, donde estaba el oficial de guardia.

—Gracias por venir, Eli —le dijo Grant—. Esto significa mucho para mí. Hola, Lara —saludó a la Joven levantando la mano.

Ella le devolvió el saludo pero no se acercó porque pensó que quizá prefirieran hablar a solas.

—Cole va a venir también. —le dijo Eli—. De hecho, creo que va a venir todo el mudo excepto Mercedes. Todavía no hemos podido ponernos en contacto con ella.

—De verdad que no sabes cuánto aprecio todo lo que estáis haciendo. —dijo Grant emocionado

—Y Anna me llamó al móvil cuando venía para acá. También está preocupada por vosotros.

Ridley Pollard se acercó para saludar a Grant y presentarse y volvió a dejarlos a solas, pero al cabo de unos minutos el detective Ryland se acercó a ellos.

—Acompáñenos, señor Ashton —le dijo a Grant.

Ridley se levantó de nuevo y fue con ellos. Eli había vuelto junto a Lara cuando vieron a Colé y a Dixie entrando por la puerta en el extremo opuesto de la habitación. Eli les hizo una señal para que los vieran y se acercaron a ellos. —Ya están interrogándolos a los dos —les informó Eli—. Un abogado llamado Edgar Kent está con mamá, y Ridley ha entrado con Grant.

—Bien —dijo Colé—. Supongo que lo único que podemos hacer ahora es esperar. Por cierto, veníamos oyendo las noticias en el coche. Creo que has atacado a un cámara.

—Ya sabía yo que no tardarían en hablar de ello, pero no lo ataqué; sólo le rompí la cámara. Se la había plantado a mamá en plena cara y estaba gritándole preguntas. Me puso furioso.

—Bueno, en esas circunstancias imagino que yo habría hecho lo mismo —dijo Colé—. ¿Has hablado con Ridley de ello?

—Sí, ha telefoneado a la cadena de televisión para pedirles que no presenten cargos contra mí.

—Sería lo que nos faltara. —masculló Colé frotándose la nuca—. No puedo creer que esté pasando esto.

—Yo me siento igual. —dijo Eli—. La pobre mamá estaba pálida.

—¿Por qué no nos sentamos? —sugirió Colé. Se dirigieron hacia donde estaba Lucas, pero Lara retuvo a Eli por el brazo.

—Ahora que ya está aquí tu familia supongo que debería irme.

—Se te echarán encima todos los reporteros. —le dijo Eli—. Te vieron entrar con nosotros. —se volvió hacia su hermano—. ¿Dónde habéis aparcado, Colé?

—Donde nos dijiste; calle abajo. Nadie se fijó en nosotros.

—Lara, dale a Dixie las llaves de tu coche. A ella no la reconocerán, así que puede sacar tu coche del aparcamiento a la calle. Nosotros saldremos por delante. —le dijo Eli—. Colé, ¿te quedas tú a esperar aquí por si mamá o Grant necesitaran algo?

—Claro. —respondió su hermano. Eli tomó a Lara del brazo.

—Bien, ahora vuelvo.

Lara se despidió de Cole y Lucas y salió con Eli. Al llegar a la puerta se caló el sombrero sobre los ojos, Eli la rodeo con el brazo y

abandonaron el edificio.

—¡No hay nadie! —exclamó Lara sorprendida. Eli exhaló un suspiro de alivio. —¡Gracias a Dios! —exclamó—. Colé me dijo que no había aquí nadie de los medios cuando Dixie y él llegaron.

Estaban bajando las escaleras cuando apareció al final de la calle el coche de Lara. —Mira, ahí viene Dixie —le dijo Eli. Se volvió hacia ella, dejando caer el brazo de sus hombros, y la joven alzó la cabeza para mirarlo. Se había puesto otra vez las gafas de sol, así que Eli no podía verle los ojos.

—Gracias por venir —le dijo éste—... en nombre mío y de toda mi familia.

—No hay de qué. —replicó ella—. Me he alegrado de venir y haber podido dar a tu madre y a Grant algo de apoyo. Siento mucho que esté pasando todo esto, pero estoy segura de que las cosas se arreglarán y los dejarán irse a casa.

—Ya te llamaré para contarte qué ha ocurrido. Grant es quien me preocupa realmente, porque tenía motivos y no tiene coartada. En fin, espero que con la ayuda de los abogados esto pueda aclararse pronto.

Dixie detuvo el coche a unos pasos de ellos. —Adiós, Eli —murmuró Lara. Eli quería pedirle que volvieran a verse, pero sabía que ella se negaría, así que la vio meterse en el coche después de que se bajara Dixie, y alejarse de allí. Se preguntó si ésa sería la última vez que se verían. Dixie estaba yendo hacia él cuando aparecieron Jillian y Seth al final de la calle.

—Entra tú —le dijo Eli a Dixie—. Yo me quedaré a esperarlos y entraremos juntos.

Cuando Jillian y Seth llegaron donde estaba Eli su hermana lo miró con curiosidad. —¿Era Lara ésa que acaba de irse en un coche azul?

—Sí… —asintió Eli sosteniéndoles la puerta para que pasaran y entrando tras ellos—. Se enteró de lo de mamá y Grant y vino por si podía ayudar en algo.

—Oh. No estaba segura de si era ella o no, con ese sombrero tan grande y las gafas. Creía que habías dicho que habíais dejado de veros.

—Ha venido sólo por mamá y Grant. —reiteró Eli, sintiendo una punzada al pronunciar esas palabras.

Jillian se volvió hacia Colé y Dixie. —Mercedes llegará pronto —les dijo. Pasaron donde estaba Lucas y se sentaron también, pero a los pocos minutos Eli volvió a levantarse y se puso a andar arriba y abajo por la sala.

Se dirigió a una de las ventanas y Lucas fue junto a él.

—Deja de preocuparte, Eli. —le dijo—. La policía no tiene pruebas contra ellos, y estoy seguro de que no pueden inculpar a tu madre ni a Grant sin ellas.

—Es verdad. —murmuró Eli—. A Grant lo han traído para interrogarlo sólo porque tenía motivos para odiar a Spencer. Si tuviésemos que basarnos en eso deberían estar interrogando a cientos de personas. Spencer tenía enemigos en todas partes.

—Precisamente —respondió Lucas—. Anda, no le des más vueltas a la cabeza, hijo —le dijo apretándole el hombro antes de volver con los otros Minutos después entraba Mercedes y se adelantó para saludarla.

—¿Cómo está mamá? —le preguntó ella.

—Bien, dentro de lo que cabe. O al menos lo estaba cuando se la han llevado a otra sala para interrogarla.

—No pueden retenerla; no tienen ninguna prueba que pueda relacionarla con el asesinato de Spencer —dijo Mercedes—. Siento que no pudierais localizarme antes. Estaba haciendo unas compras y me había dejado el móvil en el coche.

—No pasa nada —respondió él. En ese momento reapareció su madre—. Mira, ahí viene mamá por fin.

—Oh, Eli, parece que vaya a desmayarse —murmuró Mercedes adelantándose.

—Diablos… —masculló él siguiéndola. Lucas fue el primero en llegar junto a Caroline, que les sonrió débilmente. Estaba pálida, sí, pero parecía que estaba bien.

—Puede marcharse. —les anunció Edgar Kent. Todos suspiraron de alivio y se acercaron para abrazarla.

—Gracias a Dios. —murmuró Eli.

—Marchémonos de aquí, cariño —le dijo Lucas a su esposa tomándola del brazo.

—Seth y yo podemos llevaros a casa. —se ofreció Jillian.

—Estupendo —dijo Eli—. Yo me quedaré a esperar a Grant.

—Dixie y yo nos quedamos contigo —dijo Colé.

—Yo si no os importa me voy con ellos —intervino Mercedes—. Creo que mamá nos necesita ahora mismo a Jillián y a mí.

Los otros asintieron y, cuando se hubieron ido, Colé se volvió hacia su hermano.

—Esto puede alargarse bastante —dijo mirando su reloj—; podríamos salir a comprar algo de comer. Dixie y yo aún no hemos cenado. ¿Y tú?

—No, pero no tengo hambre. Yo me quedaré; id vosotros a comer algo. Si hay novedades os llamaré al móvil.

Colé y Dixie se marcharon y Eli se puso a pasearse de nuevo arriba y abajo para detenerse al cabo de un rato de nuevo frente a la ventana.

Fuera estaba oscuro y ya se habían encendido las farolas. Se alegraba de que hubieran dejado ir a su madre, pero estaba empezando a temerse lo peor por el tiempo que estaban tardando con Grant. Desde el momento en que lo había conocido le había caído bien y estaba sinceramente preocupado por él. Tenía un corazón tan grande como su madre; había criado a su sobrina y a su sobrino cuando su madre los había abandonado y sus abuelos habían muerto. Era imposible que Grant fuese el asesino.

Eli se paso una mano por el cabello y pensó en Lara. Todavía estaba sorprendido de que hubiera ido a la comisaría. No sabía si sentía algo por él, pero debía importarle al menos un poco para que hubiese hecho eso. Colé y Dixie regresaron al poco con sándwiches, pero el apetito de Eli había disminuido desde el día en que había conocido a Lara. De hecho, a juzgar por la holgura de sus pantalones, le daba la impresión de que incluso había perdido algo de peso.

Y también estaba perdiendo el sueño, añadió para sus adentros. Últimamente apenas dormía unas horas seguidas.

Pasó otra hora sin que saliera Grant y Eli volvió a ponerse de pie y a caminar arriba y abajo. Colé estiró sus largas piernas y lo miró.

—Siéntate, Eli, vas a gastar el suelo.

—Llevan demasiado tiempo ahí dentro.

—Es cierto, pero Ridley está con él, así que sabemos que está en buenas manos.

Eli se pasó una mano por el cabello y se sentó frente a Dixie y Colé.

—Podéis marcharos si queréis —les dijo—; yo me quedaré.

—Estamos bien, ¿verdad? —respondió su hermano mirando a su esposa, que asintió.

Pasaban ya de las nueve cuando por fin reaparecieron Grant y Ridley. Eli, Colé y Dixie se levantaron y fueron con ellos.

—¿Cómo ha ido? —inquirió Eli, sabiendo por la expresión seria de Grant que lo que iban a oír no era lo que querrían oír.

—No van a retenerme aquí, pero no puedo salir del estado. —les anuncio—. Dicen que soy el principal sospechoso.

—Pero no tienen ninguna prueba para incriminarte. —le recordó Ridley—. Si quieren interrogarte de nuevo llámame.

Grant le tendió la mano al abogado.

—Gracias por todo.

Ridley se la estrechó.

—No hay de qué.

Se despidió de todos y se marchó. .

—Te llevaré a casa. —le dijo Eli a Grant.

—No sé cómo agradeceros que hayáis estado todos a mi lado esta noche. Me siento mucho mejor sólo de saber que cuento con vuestro apoyo. —les dijo Grant emocionado a Dixie, a Colé, y a él.

—Eres parte de la familia y tenemos que mantenernos unidos. —le dijo Eli—. Sabemos que eres inocente.

—Probablemente los reporteros estén todavía en la parte de atrás, así que será mejor que salgamos por delante —dijo Colé.

—Yo tengo que ir al aparcamiento a por mi coche. —dijo Eli—. Si os parece podríamos encontrarnos en la Catedral de Santa María. Vosotros lleváis a Grant hasta allí y yo lo recojo. Debería poder despistar a los medios antes de llegar. Colé asintió y Dixie, Grant y él salieron por la puerta delantera. Eli se dirigió a la puerta trasera, inspiró profundamente y salió.

Nada mas verlo correr hacia el aparcamiento los reporteros fueron tras el, pero ignoro sus preguntas y se metió rápidamente en el coche.

Con dos vehículos detrás de él abandono el aparcamiento y se alejó de allí subiendo y bajando las empinadas calles de San Francisco, hasta que le pareció que los había despistado. Sólo entonces se dirigió a la calle Geary donde había quedado con Colé y Dixie.

A la mañana siguiente Eli atravesaba las puertas de la verja de la finca Ashton en medio de una fina niebla. Si había conseguido entrar había sido gracias a Charlotte Ashton. La había llamado el día anterior para preguntarle si creía posible convencer a Lara para que hablase con él porque estaba convencido de que si intentase llamarla no querría verlo.

Charlotte le había dicho que haría que alguien le abriese las puertas para que pudiese entrar en la finca, que le diría a Lara que fuese al invernadero con la excusa de que quería pedirle algún favor, y que él podría encontrarse allí con ella.

Eli siguió las indicaciones que le había dado Charlotte y aparcó cerca de las bodegas. Le había dicho que Alexandre lo esperaría allí para recogerlo con uno de los carritos de golf de la finca y que lo llevaría al invernadero.

Se bajó del coche y se dirigió hacia las bodegas. Tenia que pensar en alguna manera de corresponder a ambos por ese favor que le estaban haciendo, se dijo.

Eli había conocido a Alexandre en un evento vinícola en

Yountville, y había conectado de inmediato con el. Los dos compartían su amor por el vino, y Eli había quedado impresionado con sus conocimientos.

Charlotte le había dicho que Lilah no saldría de la mansión pues a esas horas acostumbraba a dedicar varias horas a hablar con sus amigas por teléfono, que Trace estaría en su despacho, trabajando, y que Walker estaba fuera, así que no habría peligro de que lo vieran.

Eli se puso a pasearse y observó la mansión en la distancia a través de la niebla y de nuevo volvió a sentir que la ira lo invadía. Tenía que volver a hablar con su madre y con Lucas sobre el testamento, se dijo. Spencer no tendría que haber heredado todo aquello. Uno de sus motivos para querer impugnar el testamento era vengarse de Spencer aunque ya estuviera muerto, lo cual probablemente era una estupidez, pero le daba igual. No podía dejar que aquello quedase así. Estaba doblando la esquina del edificio que albergaba las bodegas cuando de pronto se topó de frente con Lilah Ashton.

—¡Tú! —exclamó mirándolo con los ojos muy abiertos, como si hubiera visto una aparición—. ¿Que estas haciendo en nuestra propiedad?

Capítulo Diez

—¡Auxilio, Trace! ¡Ayuda!

—Señora Ashton… —comenzó Eli, pretendiendo explicarle que había ido allí para ver a Alexandre, una excusa que habían acordado de antemano por si aparecía alguno de los Ashton.

Trace salió corriendo de las bodegas y se dirigió hacia ellos con el rostro enrojecido y los puños apretados.

—¡Maldito bastardo! —le gritó—. ¡Deja a mi madre tranquila! Te dije que no quería volver a verte por aquí.

—Ha venido a espiarnos. —lo acusó Lilah.

Eli optó por ignorarla e intentar hacer entrar a Trace en razón.

—Trace, si he venido ha sido para…

Pero Trace no se detuvo, sino que siguió avanzando hacia él y le asestó un puñetazo en la mandíbula que lo hizo tambalearse y ver las estrellas.

Sin embargo se repuso pronto y respondió devolviéndole el puñetazo. Se le había agotado la paciencia. Trace cayó al suelo, donde quedó, tumbado.

En ese momento apareció Lara.

—¡Llama a la policía! —le gritó Lilah al verla, mientras Trace se levantaba y se lanzaba de nuevo contra Eli.

Lo derrumbó y los dos cayeron al suelo rodando.

—Espere, señora Ashton, no… —le rogó Lara. Eli, al oír su voz, se apartó de Trace y se puso de pie.

—He dicho que llames a la policía —le repitió Lilah furiosa a Lara.

—No pienso hacerlo —dijo la joven con tanta firmeza que Lilah Ashton se quedó callada de pura perplejidad—. Eli Ashton ha venido para…

—Para verme a mí. —la interrumpió una voz masculina.

Todos se volvieron y vieron a Alexandre acercándose. Trace se levantó. Le sangraba el labio inferior y Eli tenía un corte en la mejilla. Además la ropa de ambos se habían manchado y tenía varios jirones.

—Los dos compartimos la pasión por mi patria, Francia, y le había prometido unos mapas y unas fotografías. Siento que esto haya causado un malentendido.

—La próxima vez, Alexandre, dínoslo antes de invitarlo. —masculló Trace llevándose una mano a la mandíbula antes de alejarse hacia las bodegas.

Lilah parpadeó con el ceño fruncido.

—Esta bien. —dijo-, Pero que se marche en cuanto se los hayas

dado. —le advirtió a Alexandre—. ¡Espera Trace! —llamó a su hijo, yendo detrás de él.

Eli suspiró y se volvió hacia Alexandre.

—Gracias por intervenir y salvar la situación. —dijo quedamente, tendiéndole la mano.

Alexandre se la estrechó.

—No hay de qué. Os llevaré a Lara y a ti al invernadero para que podáis hablar en privado.

—Eso no será necesario… —dijo ella—, pero gracias de todos modos, Alexandre.

Él le sonrió, asintió con la cabeza y los dejó a solas.

Eli sacó un pañuelo del bolsillo para limpiarse la mejilla y se volvió hacia ella.

—Quería verte, y Charlotte y Alexandre se ofrecieron para organizar un encuentro entre nosotros. Charlotte iba a llamarte por teléfono a la mansión para que fueras al invernadero.

—Acababa de hacerlo —respondió ella—, y me dirigía allí cuando oí los gritos de Lilah. Entonces fue cuando os ví a Trace y a ti pegándoos. ¿Por qué no me dijiste simplemente que querías verme?

—Porque pensé que no querrías.

Lara frunció el entrecejo. —Ven conmigo; te lavaré las heridas.

—Estoy bien. —le aseguró él.

Pero Lara lo tomó del brazo e insistió: —Anda, vamos.

Entraron en la mansión por la puerta de servicio y subieron al tercer piso. Cuando llegaron a su minúsculo dormitorio Lara le hizo pasar y cerró tras ellos.

Eli miró en derredor, fijándose en los pocos muebles, la mecedora que había en un rincón, los pósteres de paisajes que había en las paredes y las macetitas que Lara había colocado aquí y allá. Era una habitación pequeña, pero alegre y acogedora como su dueña.

—Siéntate —le dijo la joven señalándole la cama—; volveré enseguida.

Salió de la habitación y volvió al poco con una caja de tiritas, antiséptico, un paño húmedo para lavarle la herida de la mejilla y una toalla para secarlo.

—Aquí es donde duermo. —le dijo—. Todas las habitaciones de esta planta son del servicio, y tenemos un cuarto de baño al final de pasillo.

—Este cuarto va mucho con tu carácter. —comentó él—; es acogedor y agradable. Me gusta.

—Pero es muy pequeño —replicó ella—. Es una lata de sardinas comparada con el dormitorio que tú tienes... sin contar con que además tienes un saloncito, un cuarto de baño, y una cocina propios.

—Bueno, pero al menos este cuarto es habitable —insistió él—. El resto de la casa parece un museo. El vestíbulo, la biblioteca, el comedor... Todas las demás habitaciones tienen un aire de «se mira pero no se toca». Además, éste es tu dormitorio y eso es lo que lo hace tan especial. —añadió mientras ella herida comenzaba a limpiarle la herida.

Como ese era su día libre no llevaba el uniforme de doncella sino una camisa azul, unos pantalones del mismo color pero más oscuros, y llevaba el cabello recogido en una cola de caballo con un lazo también a juego. A Eli se le secó la garganta sólo de desvestirla mentalmente, recordando lo hermoso que era su cuerpo desnudo.

—Creo que Trace ha salido peor parado que tú en la pelea —murmuró Lara alcanzando el antiséptico.

—De pequeños Colé y yo jugábamos muchas veces a pelearnos y Trace sólo tiene hermanas. —respondió él. La miró a los ojos e inspiró profundamente antes de decirle—: Lara, quiero volver a verte.

—Eli, sabes que no puedo...

—Charlotte me dijo que hoy tenías el día libre; ¿es verdad?

Lara resopló. —Sí, ¿y qué? —dijo poniéndose de pie.

—Pues que podríamos ir a algún sitio donde podamos hablar. —le contestó él tomándola de la mano.

—Eli, no...

—Por favor, sólo quiero que hablemos. —le pidió él en un tono que la hizo derretirse por dentro. Lara inspiró profundamente.

—Está bien.

Salieron de la casa, y Eli la llevó hasta donde había dejado aparcado su coche.

—Todavía no me has contado cómo conseguiste siquiera cruzar la verja esta mañana —le dijo Lara mientras él le sostenía la puerta del vehículo para que entrara.

—Gracias a Charlotte y Alexandre —contestó él.

Rodeó el vehículo y se sentó tras el volante.

—Charlotte te vio marcharte conmigo el día de la fiesta en casa de mi familia —le explicó—. Tú me habías dicho que era agradable contigo, y yo conocía a Alexandre porque nos habíamos visto en algún evento vinícola, así que llamé a Charlotte y le dije que quería verte pero que durante toda la semana pasada cada vez que te llamaba te negabas incluso a contestar al teléfono.

—Porque ya te había dicho todo lo que tenía que decirte —lo

interrumpió ella.

—Charlotte me dijo que conseguiría hacer que fueses al invernadero para que pudiese hablar contigo allí a solas —continuó él como si no la hubiese oído.

—¡Oh, por amor de Dios…! —resopló Lara—. Charlotte está enamorada y quiere que todo el mundo sea tan feliz como ella, pero no sabe cuáles son los motivos por los que no es conveniente que sigamos viéndonos.

—En cualquier caso su intención era buena y no debes enfadarte con ella —respondió Eli—. Claro que menos mal que apareció Alexandre, Porque no habría querido causarte ningún problema.

—Esto es ridículo, Eli. —dijo Lara quedamente, sacudiendo la cabeza. El tono de su voz hizo que los ánimos de Eli decayeran, pero quería creer que le daría al menos una oportunidad.

—Únicamente quiero llevarte a algún sitio donde podamos estar a solas y hablar. Hay cosas que necesito decirte —añadió mientras ponía el coche en marcha y ponía rumbo a Napa—. Que-ría decirte que te he echado de menos… y también que para mi familia significó mucho que ayer fueras a la comisaría para dar tu apoyo a mi madre y a mi hermanastro.

—¿Qué ocurrió con Grant? —inquirió ella.

—Por desgracia en estos momentos es el principal sospechoso de la policía.

—¡Oh, no! —exclamó ella—. Eso es terrible.

—No lo han arrestado porque no tienen pruebas contra él, pero le han dicho que no puede salir del estado. —añadió Eli—. Pero lo que de verdad nos preocupa es que la policía deje de investigar porque crean que han encontrado al culpable, cuando es imposible que haya sido Grant. El gobernador ha estado presionándolos para que resuelvan el caso cuanto antes porque los periódicos no hacen más que hablar y especular sobre el tema.

Se quedaron los dos callados durante un rato, y finalmente fue Eli quien rompió el silencio.

—Voy a buscar un apartamento en Napa —dijo de repente.

—¿Un apartamento? —repitió ella—. ¿Por qué?

Eli se encogió de hombros. —No lo se; he estado pensando que me gustaría independizarme, además, se que siempre que me sienta solo o me apetezca estar unos días con mi familia en Las Viñas siempre habrá un sitio para mí. Es lo que hace mi hermana Mercedes. Tiene su propio piso, pero cuando le parece vuelve a casa y pasa allí una temporada.

Mientras charlaban llegaron a Napa, y Eli aparcó el coche frente al hotel donde habían pasado juntos la noche del día que se conocieron.

Lara alzó la vista hacia él.

—¿Por qué hemos venido aquí? —le preguntó.

—Ya te lo he dicho antes: quería llevarte a algún sitio donde pudiéramos hablar a solas. Vamos, únicamente hablaremos y luego te llevaré a almorzar.

Cuando se bajaron del coche y Eli la tomó de la mano para dirigirse hacia la entrada del hotel Lara sintió que el pulso se le aceleraba. Debería haberle dicho que fueran a otro sitio menos privado, pero Eli había empleado un tono tan decidido que no se había atrevido a llevarle la contraria. Además, la verdad era que por mucho que le dijera que no debían volver a verse lo había echado muchísimo de menos.

Mientras Eli pedía en el mostrador de recepción que les diesen una habitación Lara no pudo evitar que los ardientes recuerdos de aquella primera noche juntos volvieran a su mente, pero al cabo de un par de minutos Eli se volvió y se dirigió de nuevo hacia ella, haciendo que el corazón le palpitara con fuerza.

—Vamos —le dijo tomándola de la mano. Les habían dado la misma habitación y por un momento Lara se preguntó si Eli no habría planeado aquello, pero se dijo que era imposible porque probablemente había sido el hecho de que el día anterior hubiese ido a la comisaría lo que había hecho que se decidiese a ir verla esa mañana.

Eli abrió la puerta de la suite y se la sostuvo. Lara pasó dentro y se volvió para mirarlo, buscando en su interior la fuerza que sabía que iba a necesitar para no dejarse convencer.

—Está bien, Eli —le dijo—. Ya estamos a solas y podemos hablar, pero esto no va a cambiar nada.

—Yo espero que lo cambie todo. —replicó él con voz ronca, cerrando la puerta y echando el pestillo antes de girarse de nuevo hacia ella. Se acercó y tomó sus manos en las suyas.

—Lara, sé que tengo mucho carácter, que me gusta tener siempre el control, y que no soy digno de tu amor porque...

—Eli... —murmuró ella interrumpiéndolo, sintiéndose mal por que pensase eso-. No es ése el motivo por el que creo que no debemos volver a vernos. Por supuesto que eres digno de mi amor; eres digno del amor de cualquier mujer. Eli le soltó las manos para tomar su rostro y mirarla a los ojos. El corazón de Lara comenzó a palpitar con tanta fuerza que estaba segura de que él podía oírlo en el silencio de la habitación. No pudo evitar que su mirada descendiera a los labios

de él. Quería besarlos, pero resistió la tentación.

—Lara… Te he echado muchísimo de menos y no quiero pasar ni un sólo día más sin verte —le susurró Eli.

El corazón de ella se paró un instante cuando alzó la vista y sus ojos se encontraron.

—Eli, yo… Ya te lo he dicho… Tengo planes para el futuro y…

—Sss… —la calló él sin dejar que terminara—. Escúchame: quiero que seas parte de mi vida. No te pido que abandones tus planes; sólo que me hagas un hueco entre ellos. Además, si nos casamos podrás seguir yendo a la facultad; no…

—¿Casarnos? —exclamó ella mirándolo con los ojos muy abiertos —. ¡Pero si ni siquiera hemos hablado de amor!

—Supongo que el estar separados estos días me ha hecho darme cuenta de lo que siento por ti, Lara. Me he sentido morir: te echaba de menos cada segundo del día. No quería comer, no podía dormir… no rendía en el trabajo… Te quiero, Lara, y quiero casarme contigo. ¿Querrás hacerme el hombre más feliz del mundo diciéndome que sí?

Aturdida por sus palabras, la joven alzó la vista con el corazón latiéndole como un loco. Ansiaba responderle que sí con toda su alma porque ella también lo amaba, pero también se sentía insegura. Sus mundos eran tan distintos…

—Eli… No puedo; tengo que cuidar de mi madre; tengo que…

—Ya sé que quieres retirar a tu madre, Lara, y cuidar de ella, y lo entiendo mejor de lo que nadie podría entenderlo porque desde que yo tenía ocho años hasta que cumplí los veintiuno he estado tratando de ayudar a mi madre a sacar a la familia adelante. Incluso cuando mi madre se casó con mi padrastro sentía que tenía que seguir cuidando de ella. Si te casas conmigo los dos cuidaremos de ella y nos aseguraremos de que viva tranquila y sin preocupaciones durante el resto de sus días.

Lara se quedó mirándolo sorprendida. Nunca hubiera imaginado que pudiera ser tan comprensivo con ella, ni tan generoso. —Eli, yo… no sé qué decir…

—Di que sí; di que te casaras conmigo y yo me ocuparé del resto —murmuró él mirándola a los ojos amorosamente.

Sus palabras se quedaron flotando en el aire, como notas cargadas de promesas de felicidad que resonaron en los oídos de ella. ¡Eli quería que se casara con él!; ¡lo quería de verdad!; ¡la amaba! Todas sus dudas se desvanecieron al instante. Le había prometido que podría seguir con sus estudios, que cuidarían juntos de su madre… Lara inspiró profundamente y se lanzó a sus brazos.

—¡Te quiero, Eli! —exclamó besándolo antes de que él pudiera

contestar.

Su lengua buscó la de él y pronto el beso fue volviéndose más y más apasionado. Lara sintió que estaba generándose una ola de calor en su vientre que estaba extendiéndose por todo su cuerpo. Quería hacer el amor otra vez con Eli, dar rienda suelta por fin al deseo que había estado reprimiendo desde esa primera noche en el hotel. Estaban tan cerca el uno del otro que podía sentir su erección.

Eli se apartó un poco para poder quitarle la ropa. Primero le fue desabrochando uno tras otro los botones de la blusa, luego se la sacó, y minutos después le había quitado hasta los pantalones.

—Quiero besar cada centímetro de tu cuerpo, Lara… —le susurró al oído—, quiero volver a hacerte mía; completamente mía. No sabes cuánto he esperado este momento y cómo he soñado con él —añadió con voz ronca.

Lara le sacó la camisa de la cinturilla de los pantalones y al hacerlo vio lo excitado que estaba ya. En cuanto hubo dejado al descubierto su tórax la joven comenzó a recorrerlo con las palmas de las manos, acariciándole los pezones y enredando las manos en su vello antes de bajar las manos hasta el cinturón para desabrochárselo. Mientras le quitaba los pantalones, Eli arrojó a un lado sus zapatos y se quitó los calcetines.

—Eres tan guapo… —murmuró Lara acariciando sus caderas desnudas y deleitándose en la perfección de su cuerpo.

¡Eli la amaba! Casi le parecía un sueño. Y no sólo eso… ¡iban a casarse! Su corazón palpitó con fuerza de dicha y de deseo y bajó las manos hasta los fuertes muslos de Eli.

—¡Dios, cómo te quiero! —exclamó en un susurro.

Mientras le acariciaba las piernas y sus dedos dibujaban arabescos invisibles en su vientre, Eli tomó en las palmas de las manos sus senos antes de desabrochar el enganche frontal del sujetador y quitárselo.

—Aaah… Son tan hermosos… —murmuró Eli masajeando sus suaves pechos con sus grandes manos.

Cuando empezó a acariciarle los pezones dibujando círculos en torno a ellos Lara exhaló un gemido ahogado, se aferró a sus brazos y cerró los ojos, dejándose llevar por las sensaciones que estaban envolviéndola en llamas.

—Eli… -susurró.

—¿Te gusta esto? —inquirió él mientras le acariciaba los pezones.

Se inclinó para tomar uno en la boca y lamió lentamente el endurecido pezón con la lengua.

Aquellas caricias cálidas y húmedas estaban excitándola más y más, y pronto Lara se sintió estremecer. Bajó las manos y cerró los dedos en torno al suave y grueso miembro de Eli para luego bajar la cabeza y lamer sus pezones en círculos
antes de arrodillarse frente a él.

Su lengua recorrió lánguidamente su liso vientre antes de comenzar a lamerle el pene, atormentándolo hasta que empezó a jadear, y cuando finalmente comenzó a succionarlo Eli enredó las manos en su cabello.

—¡Lara! —suspiró con voz ronca, mientras ella deslizaba una mano entre sus piernas para tocarlo y acariciarlo.

Lara pasó la lengua en torno a la punta de su miembro, y Eli se estremeció y le clavó los dedos en los hombros.

Con un gruñido se agachó y la hizo levantarse. Se apartó un momento de ella para recoger su pantalón del suelo y sacar del bolsillo un preservativo, antes de volver a su lado, alzarla en volandas y depositarla en la cama. Dejó el preservativo sobre la mesilla de noche, agarró los tobillos de Lara y tiró de ella hasta que quedó al borde de la cama, para luego arrodillarse entre sus piernas y comenzar a mordisquear suavemente la cara interna de sus muslos.

Con el corazón latiéndole con fuerza Lara peinó el cabello de Eli con sus dedos. Lo quería dentro de ella. El ansia de él que la había acompañado todo ese tiempo estaba desbordándose y no quería esperar más.

Eli le separó un poco más las piernas y comenzó a lamer los pliegues de la parte más íntima de su cuerpo.

—¡Eli! —jadeó ella cerrando los ojos y aferrándose a sus fuertes hombros.

El la empujó con suavidad para que volviera a tumbarse, le levantó las piernas para colocarlas sobre sus hombros y siguió lamiéndola. Lara empujó las caderas hacia delante y abrió más las piernas. Era suya, completamente suya.

—No pares, Eli —le susurró.

—No tengo intención de hacerlo. —le aseguró el incrementando su deseo con cada pasada de su lengua.

Le levantó las caderas, introdujo un dedo en su interior, y comenzó a tocarla por dentro, haciéndola gemir y suspirar. Lara estaba totalmente entregada a él, y sacudía las caderas en un intento febril por seguir el ritmo que él estaba marcando.

—¡Eli! —gritó extasiada. En ese momento para ella no existía nada más en el mundo aparte de aquel hombre que estaba haciéndole el

amor—. Eli, te necesito dentro de mí...

—Luego —contestó él—. Hay tiempo de sobra y quiero darte todo el placer que pueda antes de saciarme yo.

Se subió a la cama él también y la atrajo hacia sí para al instante comenzar a tocarla otra vez allí abajo mientras se inclinaba para besarla en el pecho.

Lara se sentía cada vez más al límite. Se incorporó un poco para besarlo en el cuello y tomó su miembro en la mano y empezó a acariciarlo, pero el dedo de Eli estaba introduciéndose de nuevo en ella y con un gemido cerró los ojos y comenzó a mover las caderas, ansiando alcanzar por fin el orgasmo.

El murmuró algo contra su garganta, pero el pulso le latía con tal fuerza en los oídos que no comprendió sus palabras.

—¡Eli! —jadeó rodeándole el cuello con los brazos y apretándolo contra sí.

De pronto Eli rodó sobre el costado llevándola con él y Lara quedó encima. Se estiró sobre su cuerpo desnudo, sintiendo su palpitante erección entre ellos mientras lo besaba con pasión. Las manos de Eli estaban acariciando sus nalgas y deslizándose entre sus piernas y, sin poder resistir más, Lara se colocó a horcajadas sobre él y asió su miembro.

Sin embargo él la detuvo. —Todavía no, cariño; luego, cuando te haya dado todo el placer que quiero darte.

Rodó de nuevo hacia un lado y después de bajarse de la cama le tendió una mano para indicarle que se levantara también. Cuando lo hizo, Eli tomó asiento en el borde de la cama con las piernas abiertas y a Lara la sentó entre ellas. Con una mano comenzó a acariciarle un pezón mientras la otra descendía a su pubis. Ella cerró los ojos, abandonándose a las sensaciones que la estaban invadiendo, pero entonces él le susurró al oído:

—Mira al frente, cariño; míranos. Lara abrió los ojos. Frente a ellos había un espejo de pie, pero ni siquiera había reparado en él, embriagada como estaba de deseo.

En él vio su reflejo, el contraste de su blanca piel con el cuerpo bronceado de Eli, sus fuertes brazos, una mano masajeándole un seno mientras le acariciaba el pezón con el pulgar, y la otra tocándola en la parte mas intima de su ser. Se sonrojo, y de sus labios escapo un gemido cuando su dedo comenzó a penetrarla de nuevo, haciéndole mover las caderas.

—Eli, por favor... —le rogó—. No puedo mas... te necesito...

Cuando ya creía que no resistiría más Eli sacó el dedo de su

interior y la volvió hacia sí para estrecharla contra su pecho y besarla. Lara, sin embargo, que estaba en llamas, lo empujó sobre el colchón, imprimiendo besos por todo su cuerpo y se deslizó hasta el suelo, arrodillándose entre sus piernas para lamer primero la cara interna de uno de sus muslos y luego la del otro. Después comenzó a dar rápidas pasadas con la lengua por toda la extensión de su miembro, lo tomó en su boca y se puso a lamerlo y succionarlo.

Eli emitió un intenso gemido, se bajó de la cama y la hizo levantarse, devorando a continuación sus labios en un apasionado beso. Lara le rodeó el cuello con los brazos respondiéndole afanosa y frotándose contra él. Eli extendió el brazo y alcanzó el preservativo que había dejado en la mesilla de noche.

Alzó en volandas a Lara y la volvió a depositar en la cama antes de colocarse entre sus piernas.

Ella lo observó ansiosa mientras se ponía el preservativo, deleitándose en la belleza de su cuerpo. Luego, Eli pasó un brazo por debajo de ella para sostenerla mientras la penetraba unos centímetros para después retirarse.

Lara gimió desesperada y le agarró las nalgas, atrayéndolo hacia ella y rodeándolo con las piernas.

—¡Eli, por favor, te necesito! —le suplicó.

—Es mejor así, despacio. —insistió—. Quiero volverte loca, Lara. —añadió besándola en la oreja mientras volvía a penetrarla antes de salir de ella otra vez.

Lara se arqueó debajo de él y frotó las palman por sus firmes nalgas intentando de nuevo atraerlo hacia ella.

—Lo sé, sé qué lo deseas. —le susurró él al oído—... pero aún no.

Lara estrechó sus piernas en torno a él soportando a duras penas aquella deliciosa tortura.

—¡Por favor, Eli, por favor....! —le rogó una vez más, acariciándole la espalda y masajeándole las nalgas.

Eli le mordisqueó la garganta al tiempo que seguía moviendo lentamente las caderas, embistiéndola y retrocediendo. Su frente estaba perlada de sudor y Lara no dejaba de moverse debajo de él, instándolo a darle más, hasta que Eli no pudo seguir manteniendo el control. Sus caderas empezaron a moverse más deprisa, y pronto Lara alcanzó la cumbre del placer. Él se unió a ella instantes después, estremeciéndose entre sus brazos y derrumbándose sobre ella.

—Te quiero, Lara —le dijo con solemnidad.

Levantó la cabeza para descargar una lluvia de dulces besos sobre su frente, sus párpados y sus mejillas, y finalmente devoró sus labios con pasión.

Saciado al fin, rodó sobre un costado y apoyo la cabeza en la mano para mirarla mientras sus dedos trazaban una senda desde su garganta hasta uno de sus senos, descendiendo después por su estomago y llegando hasta el muslo. El corazón le palpitaba con fuerza de pura dicha.

—Soy el hombre más afortunado de la tierra —murmuró—, y quiero casarme contigo cuanto antes. Fija tú la fecha.

Lara se frotó la frente y miró hacia el techo pensativa.

—Bueno, mi madre tiene unos primos que viven en la costa este y supongo que querrá que vengan a la boda, y yo empezaré las clases en octubre... No sé, Eli, además necesitamos un poco de tiempo para organizarlo todo. Claro que con todo el escándalo del asesinato de Spencer quizá lo mejor sería que hiciésemos una boda sencilla y discreta. Aunque si esperamos un poco tal vez den con el asesino y podremos celebrarla sin que eso tenga a todo el mundo preocupado.

—Lo que tú quieras, mi vida —murmuró Eli dibujando círculos con la lengua en torno a su pezón.

—¡Eli! —protestó ella levantándole la cabeza y tomando su rostro entre ambas manos para que la mirara—. No puedo pensar en nada cuando haces eso.

—¿De veras? —inquirió él divertido—. Está bien, lo entiendo; necesitas tiempo para planearlo todo, así que... ¿de qué mes estaríamos hablando más o menos? ¿Octubre?

—Bueno, yo estaba pensando más bien en enero.

Eli emitió un gemido de protesta. -Eso es muchísimo tiempo. ¿Qué tal en noviembre? —propuso como si estuviera pujando en una subasta mientras jugueteaba con su cabello.

—Puestos a celebrarla en noviembre yo preferiría diciembre. ¿Te imaginas, una boda en diciembre? -dijo ella entusiasmada con la idea —. ¿No te parece que sería precioso?

—Está bien, diciembre entonces. Pero no vamos a esperar a diciembre para irnos a vivir juntos, ¿verdad? —contestó Eli—. Buscaré un apartamento y nos mudaremos cuanto antes —le dijo mirándola a los ojos lleno de deseo, como si no acabasen de hacer el amor—. ¿Estás de acuerdo? Lara se rió y asintió con la cabeza. Eli le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí para besarla.

—Tendremos que decírselo a tu madre y a mi familia —murmuró —. Los otros Ashton pueden irse al infierno.

Lara se incorporó y negó con la cabeza. —Por supuesto que no. —le dijo muy seria—. Mi madre ha trabajado allí desde que yo era una

cría y los he tratado durante mucho tiempo. Puede que no te caigan simpáticos, y sé que hay resentimiento entre Trace y tú, pero…

—¿Sólo entre Trace y yo? —le espetó él enarcando una ceja—. ¿Y qué me dices de Walker, y de Lilah Ashton?

—Escúchame, Eli: yo los conozco desde hace mucho tiempo y Paige y Megan son muy buenas personas, y también lo es Simon Pearce, el marido de Megan; y también lo son Charlotte y Alexandre.

—Yo no estaba hablando de Charlotte y Alexandre.

—Lo se, pero quiero que vengan a nuestra boda, Eli —insistió ella —. Trace y Walker no son como Spencer.

Eli se quedó mirándola.

—¿Estamos teniendo nuestra primera pelea?

—No lo sé; ¿tú quieres que peleemos por esto? —le contestó ella.

Eli esbozó una sonrisa de rendición. Sería incapaz de negarle nada.

—Está bien, invita a toda la condenada familia, incluso a Trace… aunque dudo que quiera asistir a mi boda.

Lara lo abrazó y se rió.

—Vendrá porque será nuestra boda… —replicó—, y tienes que prometerme que intentarás que tu resentimiento hacia Spencer no condicione tu opinión de ellos. —le dijo mirándolo muy solemne.

Eli le acarició el cabello y sacudió la cabeza. —Dudo que pueda, pero por ti lo intentaré.

Epílogo

En la última noche del mes de junio la música y las risas llenaban el aire en el jardín de la casa de Las Viñas, y farolillos de colores iluminaban la fiesta que Lucas y Caroline Sheppard estaban celebrando en honor de Eli y Lara.

Eli se alejó del grupo de amigos con los que había estado charlando y fue en busca de su prometida, de la que se había separado hacia unos minutos. Vio a Grant hablando con Charlotte y Alexandre. Estaba preocupado por él y ansiaba que la policía encontrase al verdadero asesino de Spencer porque la prensa no dejaba de atosigarlo y de publicar absurdas historias sobre él y dando por hecho que era culpable.

Finalmente encontró a Lara en un grupo en el que estaban Franci, Anna, Jillian y Seth, y dos amigas de Jillian. Las mujeres estaban admirando su anillo de compromiso, una esmeralda tallada y engarzada en una montura de plata. Jack estaba ya en la cama hacía un rato y habían contratado a una niñera para que Anna pudiese asistir a la fiesta. Durante un instante Eli se quedó a unos pasos, admirando la belleza de Lara, que estaba preciosa con el vestido amarillo sin mangas que llevaba, y luego se acercó y tomándola por el brazo se disculpó con los demás por
privarlos de su compañía.

Tan pronto como se hubieron alejado le rodeó la cintura con los brazos y atrayéndola hacia sí susurró contra sus labios:

—Creo que ya hemos festejado bastante. Lo que quiero ahora es poder tenerte para mí solo y hacerte el amor apasionadamente durante toda la noche.

Lara le sonrió y le frotó los brazos con las manos.

—No es que la idea no me parezca maravillosa, pero somos los imitados de honor y se supone que tenemos que quedarnos hasta que la fiesta termine.

Eli gimió lleno de frustración.

—Temía que dirías eso.

—Bueno, no querrás que tu familia piense que desconozco las normas básicas de cortesía. Tendrás que aguantar un poco más, vaquero. De todos modos. Jillián me ha dicho hace un momento que Seth y ella pensaban marcharse pronto, y Mercedes y su novio Craig ya se han ido, así que supongo que pronto los demás irán yéndose también.

—¿Entonces no quieres venir a mi habitación para que te enseñe mi colección de sellos? -inquirió Eli con mucha guasa.

Lara se rió.

—Eres terrible, Eli —lo reprendió divertida—. Compórtate y disfruta de la velada. Yo lo estoy pasando muy bien y cada vez me gusta más tu familia.

—Me alegra oír eso —respondió Eli—. Tu madre es todo un personaje, por cierto.

Lara se rió.

—Lo sé. Charlotte y Alexandre han sido muy amables trayéndola en su coche —dijo—. Y hablando de Charlotte y Alexandre... ¿Sabes que por fin la policía va a dejarlos salir del país?

—Sí, me lo ha dicho Alexandre. Y me alegro por ellos, aunque me temo que por desgracia la razón es que ahora el principal sospechoso es Grant.

—Probablemente. —asintió ella—. Entiendo que tuvieran que retener a Charlotte en el país porque fue quien encontró el cadáver, pero no tenían pruebas contra ella y ha sido una suerte que hayan podido contar con los empleados del hotel donde estaban alojados para respaldar su coartada.

—Yo también me alegro de que ya no esté bajo sospecha, pero me preocupa Grant. Espero que la policía lo tache pronto también de su lista de sospechosos.

Su hermano Colé y su esposa Dixie se acercaron en ese momento a ellos.

-Nos vamos —les dijo Colé—. Felicidades de nuevo por vuestro compromiso. Nos alegramos mucho por vosotros... aunque vas a tener que desplegar mucha paciencia con mi hermano. —añadió malicioso, volviéndose hacia Lara.

Ella se rió. —Creo que podré sobrellevarlo. —contestó rodeando la cintura de Eli con un brazo.

—No le hagas caso a Colé. —dijo Dixie—. Le en canta picar a Eli.

—Bueno, vamos a buscar a papá y a mamá para despedirnos de ellos. —dijo su marido.

—Papá está allí, hablando con Grant. —le indicó Eli señalándolo.

Algo menos de una hora después la celebración había terminado y los únicos que quedaban eran los anfitriones, Caroline y Lucas.

—Gracias por organizar todo esto para nosotros. —les dijo Lara—. Ha sido una fiesta preciosa.

—No hay de qué, querida. Estoy encantada de que vayas a formar parte de la familia. —le contestó Caroline.

—Lara tiene razón, ha sido una fiesta fantástica. —intervino Eli, besando a su madre en la mejilla—. Gracias a los dos.

Lucas le puso una mano en el hombro. —Nos alegramos mucho por vosotros. —le dijo. Luego se volvió hacia Lara-. Creo que le hará mucho bien a Eli tenerte a su lado.

Lara sonrió. —Eso espero.

—Bueno, os vemos mañana. —se despidió Eli de su madre y su padrastro, rodeando los hombros de Lara con el brazo.

Eli había comprado una casa en Napa para ellos, una vivienda de dos plantas de estilo Victoriano de la que Lara se había quedado prendada.

—Todavía no puedo creer que la compraras; creía que tu idea era buscar un apartamento —le dijo minutos después, cuando aparcaban frente a ella.

—¿No te gusta nuestra casa?

—La adoro. A tu lado me siento como Cenicienta, y esta casa me parece un palacio. —respondió cuando hubieron salido del coche.

Eli se echó a reír.

—Pues me temo que yo no me veo en el papel de príncipe azul. Y tú como Cenicienta... ni hablar. Eres una mujer fuerte e independiente.

—Pero llevaba una vida monótona y gris hasta que llegaste tú y me conquistaste —respondió ella mientras cruzaban el arco de entrada de la verja, que estaba cubierto de rosas.

—También mi vida era gris y monótona hasta que te conocí. —contestó él—. Buscaremos una casa para tu madre aquí, en la ciudad, para que puedas tenerla cerca y cuidar de ella, como te prometí. De hecho, podría dejar su empleo ahora mismo si quisiera. No tiene por qué seguir trabajando.

Habían llegado a la puerta, y después de abrirla la sostuvo para que Lara pasara.

Entraron, y pasaron a la cocina para dejar unas cosas que habían comprado.

—He hablado con ella de eso… —le contestó Lara—, pero me ha dicho que tiene intención de seguir trabajando hasta nuestra boda en diciembre.

Eli le rodeó la cintura con los brazos. —Y para entonces ya le habremos encontrado una casa y podrá dejarlo. —concluyó.

Lara entrelazó los brazos en torno a su cuello y lo miró con ojos llenos de amor.

—Gracias, Eli —murmuró—. Te quiero.

—Y yo a ti. Me has hecho el hombre más feliz de la tierra. —respondió él con dulzura, antes de cubrir sus labios con los suyos en

un beso a la vez tierno y apasionado.

Lara se puso de puntillas y se apretó contra su cuerpo con el corazón latiéndole con fuerza por la emoción y la dicha que sentía. También ella se sentía la mujer más feliz de la tierra. Quería a Eli con toda su alma y sabía que lo seguiría queriendo durante el resto de su vida.

FIN

En el Deseo titulado: Historia de una traición de Sheri WhiteFeather podrás encontrar la siguiente novela de la interesante saga de LOS ASHTON